Salvaje y ardiente

Adam Deacon tenía su vida completamente planeada. Era un eminente cirujano con una prometida adecuada, a punto de asentarse en la vida familiar... O eso creía, hasta que conoció a Anna y descubrió el significado de la palabra tentación…

Anna era todo lo contrario que Adam. No era nada convencional, era imprevisible y, para él, increíblemente provocativa. Ella sacó el lado salvaje que Adam no sabía que poseía y, de repente, se encontró atormentado ante la idea de comportarse mal... por primera vez en su vida.

Capítulo 1

ADAM Deacon volvió al cabeza para contemplar el progreso de la joven en la pista de baile. Se consideraba a sí mismo demasiado mayor como para estar interesado por tal chiquilla, pero dudaba ser el único hombre presente incapaz de apartar los ojos de aquellas rítmicas contorsiones flexibles. Cada sinuoso movimiento sensual de aquella figura estilizada se acompasaba a la percusión de la popular melodía que estaba tocando la banda.

-¿Quieres bailar? -preguntó su compañera observando su concentración con una sonrisa especulativa.

-No es mi tipo de baile.

Desvió la atención hacia su compañera.

Rosalind era inteligente y bonita y no había escuchado una sola palabra de lo que había dicho en varios minutos. Ella era demasiado astuta como para no notarlo, pero demasiado educada como para mencionarlo.

-Es buena, ¿verdad?

Adam aparentó no haberla entendido.

-¿Conoces a la niña salvaje?

Deslizó la mirada hacia la pista de baile justo a tiempo de ver a la chica enlazar los brazos alrededor del cuello de su compañero para darle un beso en la boca.

-¡Niña salvaje! -Rosalind emitió una carcajada-. ¡Qué apropiado! Sí, podría decir que la conozco.

Esbozó una sonrisa misteriosa.

La música se había parado y Rosalind le hizo un gesto a la chica que se lo devolvió y empezó avanzar entre la multitud de bailarines.

-Te la presentaré.

A Adam no le gustó. Aunque le había divertido la actuación, su interés acababa

ahí. Nunca había entendido por qué a los hombres maduros les atraían las muchachas jóvenes con personalidades sin desarrollar. No tenía deseos de conocer a una adolescente con una vena exhibicionista. La idea de mantener una conversación le hizo fruncir el ceño mientras ponía una expresión impenetrable al acercarse la esbelta morena.

Más cerca ahora, pudo notar que no era preciosa. Sus facciones no estaban tan perfectamente proporcionadas como su cuerpo. La pronunciada nariz y jugosa boca eran demasiado grandes para su pequeña cara oval. Eran sus ojos los que capturaban la atención. Muy separados, de un cálido castaño y alargados como los de una gacela, estaban enmarcados por extravagantes pestañas. Pero no había nada de la timidez de aquella criatura en su mirada.

-¿Estás bien, Anna? -preguntó Rosalind con ansiedad.

Era raro notar cualquier evidencia externa de la antigua lesión de su hermana, una lesión que había interrumpido de forma trágica una prometedora carrera como bailarina de ballet.

Los agudos ojos profesionales de Adam se habían fijado en que la chica apoyaba la mayor parte de su peso en una sola pierna. Automáticamente bajó la mirada hacia sus piernas apenas ocultas por el corto vestido negro, era una diminuta franja de tela que se amoldaba a sus pequeños senos altos y ondeaba levemente en el dobladillo muy alto. No podía ver ninguna señal de lesiones en la fina línea de sus piernas. De hecho, parecían en perfecta forma.

-¡No te agites! -replicó Anna con impaciente buen humor.

Adam alzó la mirada para encontrarse con un notable par de ojos castaños todavía brillantes de la excitación de la actuación que lo miraban con diversión y sin pizca de vergüenza.

-Reconócelos otra vez -contestó estirando un elegante tobillo frente a ella.

-Estabas cojeando -acusó Adam con la cara seria para que no se hiciera ideas equivocadas acerca de su interés.

Su pose era precoz incluso en una época en que la infancia aún era más corta.

-Normalmente no se nota. Y antes de que lo digas tú, Lindy3 querida, ya sé que no debería bailar así, pero ha merecido la pena. Me encantaba esa canción. Lanzó un suspiro de placer.

-¿Has oído alguna vez la palabra moderación? -preguntó Rosalind a su hermana con evidente afecto.

Sabía que estaba perdiendo el aliento; Anna era una criatura de extremos. A veces envidiaba la falta de inhibición de su hermana, pero la mayoría de las veces le preocupaba que su espontaneidad pudiera ocultar a la gente su gran sensibilidad. La ausencia total de artificio la hacía parecer temerosamente vulnerable para una mujer cautelosa como Rosalind.

-¿Y has oído tú lo de aburrimiento mortal? -la atención de Anna se desvió hacia el hombre alto y silencioso al lado de Lindy-. O bien te has colado o te ha traído Lindy. Yo misma mandé las invitaciones -comentó mirándolo con cándido interés que provocó

un parpadeo de desaprobación en Adam.

-Anna, este es Adam Deacon. Esta es Anna, mi hermana.

-¿Quieres decir que todavía sois más? Hubiera creído que tus padres habrían desistido después de tener tres.

-¿No le gustan los niños, señor Deacon? -preguntó Anna.

-De forma moderada sí.

-Parece tu tipo de hombre, Lindy -se burló con delicadeza.

Rosalind, con sus ojos azules y pelo castaño, nunca perdía el control. Anna esperaba que su hermana conociera algún día a un hombre que sacudiera su equilibrio. ¿Sería aquél el apropiado? Si fuera así tendría que guardarse sus fantasías para sí.

Rosalind la miró con desaprobación. El sentido del humor de Anna podía llegar a ser provocativo cuando quería.

-Adam es el nuevo cirujano ortopédico en St. Jude - explicó-. Y no es mi pareja -añadió con una sonrisa de disculpa en dirección a Adam-. Pensé que estaría bien que conociera a gente de la localidad. Y sólo somos tres, Adam; Anna es la mayor, a pesar de las apariencias.

-Mis disculpas -dijo él asombrado por aquella información.

Sabía que Rosalind tenía veintiséis años, pero aquella provocativa criatura podría haber pasado por una adolescente.

-Yo era la enana.

-Ya lo veo.

-Eso no ha sido muy amable.

Para alguien que trabajaba de cara la público, aquel hombre tenía un aire distante que era bastante atractivo. ¿Se escondería un hombre cálido e interesante bajo la austera apariencia? ¿Sería de humor aquel brillo de sus ojos? Eso esperaba. Hubiera sentido mucho que se tratara de un estirado. Sin embargo era muy guapo, concedió.

Aquella mujer no tenía la apariencia distante de su hermana, que era una mujer muy serena. No había nada encubierto acerca de la sexualidad de la morena. Sin pretenderlo, sus ojos se deslizaron sobre su esbelta figura.

-Bailas bien.

Recordó las ondulaciones en la pista de baile y sintió una contracción en la garganta.

Anna se estremeció. Se había dado cuenta de que había estado observándola desde el extremo de la sala, pero aquel escrutinio más cercano le aceleró el pulso.

Había sido difícil no fijarse en él incluso en la sala atestada de gente. Era alto y esbelto con un pelo rubio que brillaba bajo los neones. Era el tipo de persona que causaba impacto desde que entraba en una habitación y los gráciles movimientos de sus largas extremidades habían capturado su imaginación.

Se había dicho a sí misma que probablemente sería un estrecho o un tímido, pero

al verlo más de cerca en ese momento, se dio cuenta de que no era ninguna de las dos cosas. De cerca, su aire de autoridad era más pronunciado, así como la forma fluida con que se movía. Sus ojos eran de un verde misterioso y su piel levemente bronceada. Si se le sumaba la boca firme y nariz aguileña resultaba, en resumen, perfecto. Si una era del tipo de persona que se dejaba impresionar por tales cosas.

Ella, por supuesto, no era tan superficial, pero era lo bastante humana como para sentir un mudo placer cuando su hermana había asegurado que aquel soberbio espécimen no era su pareja. Se preguntó si alguna vez sentiría lo suficiente por un hombre como para ponerlo por encima de su relación con sus hermanas. Lo dudaba.

-¿Sabes bailar? -bromeó.

-Con menos abandono que tú.

-Me puedo adaptar.

-¿Me estás pidiendo que baile?

-¿Debería esperar a que me lo pidieras tú?

Anna esbozó una leve sonrisa y ladeó la cabeza en un gesto que desveló su cuello de cisne que dejó el sano juicio de Adam desbordado. Él había dejado atrás la impulsividad juvenil hacía años, pero de alguna manera se encontró demasiado intrigado como para retroceder ante el reto de sus modales provocativos.

-¿Crees que lo haría?

La oleada de electricidad que pasó entre ellos fue casi física por su fuerza. El destello en los ojos abiertos de ella reveló que también había captado la sensación.

-Si la música que pusieran mantuviera tu dignidad, creo que te hubieras decidido a hacerlo.

-¿Crees que tengo dignidad?

Su boca se arqueó en una curva sarcástica y sus ojos sonrieron casi a regañadientes.

-Dios, ¿hace siempre tantas preguntas? -preguntó Anna a su silenciosa hermana-. Creo que tu dignidad es imponente. Estoy segura de que tienes a todas las enfermeras volando a cumplir el mínimo de tus deseos.

-Tienes una idea muy desfasada de la relación entre médicos y enfermeras.

Rosalind los contempló alejarse con gesto de preocupación. Ella también había notado la inexplicable electricidad que había flotado Adam Deacon y su hermana. Se había quedado sin aliento sólo de escuchar sus provocaciones, pero había sido la silenciosa comunicación de sus cuerpos lo que le había preocupado más. ¿Cómo podría advertirle a Anna sin hacer de hermana entrometida?

Él sabía bailar, lo que fue la primera sorpresa agradable para Anna. La segunda fue el efecto que su proximidad le causó en el sistema nervioso. Los estremecimientos que le sacudían todo el cuerpo le hacían olvidar la tirantez de la rodilla. Todas las parejas de la pista estaban bastante abrazadas, lo que le permitió apreciar la dureza del cuerpo de su compañero y su musculosa figura.

-Bailas muy bien, Adam.

Alzó la cabeza para mirarlo. Estaba intrigada por los ángulos planos de su cara y su expresión sardónica que caía casi en la desaprobación.

-¿Eres siempre tan amistosa, señorita Lacey?

Su tono consiguió que la palabra amistosa tuviera una connotación desagradable. Bailar podría ser un entretenimiento inocente, pero Adam había descubierto que no lo era tanto cuando su pareja era aquella inquietante joven.

«¿Qué diablos estoy haciendo?», se preguntó enfadado.

-Estás aquí para conocer a la gente de la localidad -señaló Anna contestando a su muda pregunta.

Reconocer la repentina hostilidad en el tono de voz hizo que la sonrisa se desvaneciera de su cara y la sensación embriagadora se disipara. No había nada agradable en su repentino cambio de humor. Anna había experimentado la extraña sensación de haberse embarcado en una de las mayores aventuras de su vida y normalmente tenía mucha intuición. Pero parecía que se había equivocado.

-Yo soy de aquí, pero si has bailado conmigo sólo por educación, será mejor que lo dejemos. Creía que te apetecía bailar.

Empezó a separar las manos de su torso, pero él le soltó la cintura para retenérselas con una mano.

-Y me apetecía. Pero no estoy acostumbrado a que las mujeres tomen la iniciativa. Me gusta pedirlo a mí.

Su voz era como el rico y amargo chocolate y le hizo lanzar a Anna un leve suspiro de aprecio. Un estirado con inclinaciones machistas. ¡Vaya desperdicio!

-Creo que es un alivio que no seas el novio de mi hermana.

-¿Sueles intentar seducir a los amantes de tus hermanas? Creo que debería dejarte claro que no hace falta que pierdas el tiempo. No estoy interesado en aventuras de una noche.

¡Seducir! Su arrogancia condescendiente hizo que Anna alzara la barbilla con agresividad y que se sonrojara con violencia. Si él no entendía la sinceridad y el candor, eso era su problema. Ella lo encontraba atractivo y no entendía por qué debía ocultarlo. Había creído que sería interesante conocerlo, pero eso no quería decir que pretendiera meterse en la cama con él.

-Lo cierto es que creo que Lindy necesita a alguien que le saque su cara más relajada y menos seria. Tú eres demasiado reprimido y sombrío para ella... probablemente para cualquiera -murmuró con voz sedosa mirando fijamente sus largos dedos alrededor de sus muñecas.

Adam Deacon pareció asombrado y después enfadado como si el gatito ronroneante que tenía entre las manos se hubiera convertido en un gato furioso. Sólo había pretendido anular las ondas de sofocante incitación que ella estaba emanando, por su bien y por el de ella, no enfadarla.

-Un poco de represión, por no decir discriminación, puede ser bueno. Tu hermana es una doctora estupenda con un excelente futuro. Quizá deberías imitar su decoro.

¡El muy pomposo!

-¡Decoro! -explotó-. Me gustan las doncellas medievales como me puede gustar cualquier cosa, pero prefiero vivir en este siglo en que las mujeres no dependen de los hombres. Las primeras impresiones me suelen producir bastantes decepciones.

La primera impresión que debía haberle causado era la de un cierto tipo de ramera promiscua, y su ansiedad por que no le contaminara era demasiado evidente.

-Dime, doctor, ¿ha sufrido tu personalidad alguna operación quirúrgica o es congénita? ¿No encuentras un poco hipócrita venir ahora con esas dosis de moral cuando te he hecho sentir deseo desde que has entrado en esta sala?

-Creo que eres el tipo de mujer que sólo es feliz cuando excita a todos los hombres a su alrededor. Todo lo que haces emana sexualidad a gritos.

-¡Eso es ridículo!

Ella siempre había creído que lo que la gente veía en ella era todo lo que había, pero nunca se le había ocurrido que alguien pudiera verla así.

-El vestido -Adam deslizó la mirada por el tirante estrecho de su hombro-. La forma en que te mueves... Es todo una invitación… y no muy sutil.

-Esto es una fiesta. He venido dispuesta a divertirme.

-Ya me he dado cuenta.

-La música se ha parado. De eso no te has dado cuenta -dijo ella con una falsa sonrisa dulce.

Adam le dirigió una mirada de disgusto y farfulló algo rudo entre dientes.

Cuando Anna se dio la vuelta para irse, él siguió a su lado.

-¿Sientes la atracción magnética de mi personalidad? – le preguntó dirigiéndose a la puerta de la terraza.

¡Necesitaba con urgencia aire fresco! Dios, qué decepción había sido aquel hombre, pensó furiosa por haber dejado volar la imaginación y haber creído que el cuerpo perfecto contendría la personalidad perfecta.

-Separarnos en direcciones opuestas llamaría más la atención de todo el mundo-masculló él con sarcasmo.

-Pero a mí me encanta la notoriedad.

-Los doctores notorios raramente avanzan profesionalmente.

-Pues tú no parecías interesado en que te catalogaran como notorio, sólo tonto.

-Soy reprimido y tonto, ¿verdad?

Cuando ella se encogió de hombros, él la asió por la espalda para volverla hacia sí.

-Probablemente seas demasiado mayor como para cambiar ya - ella observó con simpatía-. Pero a algunas mujeres les gustan los hombres aburridos y previsibles.

-¡De verdad que eres...!

Con un rugido de rabia le tomó la cara entre las manos y se sumergió en la dulce humedad de su boca. Después tendría tiempo de arrepentirse, pero en ese momento, sólo era consciente de su intenso deseo.

Sorprendida ante aquella reacción, Anna se quedó completamente inmóvil por un momento. Él estaba exigiendo una respuesta por su parte y, aunque debería haberse sentido repelida por su violento asalto, sólo sintió el urgente deseo de darle todo lo

que le pedía.

Con los sentidos más despiertos que en toda su vida, se sintió bombardeada por una miríada de sensaciones: el sabor de su boca, cálida y fragante, los fuertes latidos de su corazón y la impresión de algo duro entre sus piernas. Se agarró a él porque las rodillas le temblaron. Y no sólo las rodillas; todo su cuerpo estaba vibrante y ardiente. De puntillas, con el cuerpo arqueado, lo único que pudo hacer fue rodearle el cuello con los brazos.

Con un gemido gutural, Adam le rodeó la cintura con las dos manos y la apartó físicamente de él. Anna tuvo que inspirar varias veces para calmarse. Él la estaba mirando como si tuviera dos cabezas. Sus ojos entrecerrados brillaban con una desagradable mezcla de horror y disgusto.

—Y tú me acusas a mí de ser poco sutil —se quejó Anna con voz ronca para ocultar su confusión.

El beso que le había dado, sólo para calmar su frustración, la había conmovido hasta el alma.

Anna se pasó una mano por el pelo corto recordando la forma en que sus dedos le habían acariciado la nuca y sin querer dirigió la mirada hacia ellos. Con los nudillos blancos, los tenía apretados a ambos lados de su cuerpo.

-Tú das los besos con mucha ligereza. Pensé que uno más no importaría.

-Me gusta decidir a quién se los doy.

Se alegró de ver el leve sonrojo en los duros ángulos de sus pómulos.

-Ha sido un error -¿Cómo habría cometido aquella estupidez?, se preguntó Adam irritado-. Pero no noté que me rechazaras. Más bien al contrario.

-¡Qué típico de los hombres culpar a la mujer! -dijo Anna ignorando la verdad de su acusación-. Y no me gusta que me mires así. Estoy segura de que habrás pasado años perfeccionando esa mirada y puedo apreciar lo bonito del arqueo de tus labios, pero hace falta mucho más para dejarme impresionada. Y en cuanto a lo de no rechazarte, no quería inflamarte. A algunos hombres les excita ese tipo de cosas.

-Espero que no tengamos que profundizar en la sordidez de tus conocimientos carnales. Los recuerdos baratos y horteras no son de mi gusto.

-¡Baratos y horteras! -se le inflamó el pecho de indignación-. Al menos no soy una pretenciosa, creída y puritana aburrida -gritó en alto.

-¡Anna!

El sonido de su nombre hizo que Anna se diera la vuelta para encontrase a sus dos hermanas a pocos pasos de distancia.

-Adam, yo... -se acercó apresurada a disculparse Rosalind seguida de Hope.

-No te atrevas a disculparte por mí -dijo Anna furiosa.

-Adam es nuestro invitado.

-Pero no el mío. Yo sólo invito a la gente que me gusta -respondió de forma infantil.

-¿Y la tía Eddie? -le recordó Hope.

-La familia no cuenta. Tiene que venir; es el aniversario de bodas de mamá y

papá.

-Adam, esta es Hope -interrumpió Rosalind la discusión de sus hermanas con una mirada de reprobación. Anna observó con cinismo cómo él reconocía a su famosa hermana. Hope, conocida como Lacey en el mundo profesional, había conseguido fama y dinero como súper modelo. Le sacaba bastantes centímetros a Rosalind y sus largas extremidades eran bastante atléticas.

Hope tenía los rasgos básicos de cualquier mujer atractiva con algo más indefinible. Su pelo color castaño estaba aclarado con mechas rubias y tenía las pestañas teñidas, pero la belleza del resto de sus rasgos era completamente natural.

Los hombres la piropeaban cuando la veían en la televisión y en las portadas de las revistas, pero Anna había comprobado que a la mayoría los intimidaba enfrentarse a ella en la realidad.

-Es un auténtico placer.

Adam Deacon no era de aquel tipo, notó al ver la mirada de interés en los ojos de su hermana cuando la estrechó la mano. Anna entrecerró los ojos. ¡Qué simple! El hecho de que su hermana le pudiera mirar directamente a los ojos jugaba en favor de él pues Hope solía tener complejo de alta.

-Lindy me ha dicho que también eres médico -aquella sonrisa había lanzado cientos de productos al mercado-. ¿Qué le has estado haciendo a Anna para sacarla de sus casillas? -no pudo evitar preguntar.

-Me ha besado – contesto Anna

-Eso ha sido muy atrevido por tu parte.

La mirada que Lindy intercambió con Adam estaba cargada de censura.

-Nadie le ha contado lo del gancho izquierdo -dijo Hope con una carcajada.

-Ya está bien de solidaridad fraternal -murmuró Anna-. En cuanto a ti, Hope, pensé que te ibas pasar toda la tarde hablando por teléfono con Nueva York.

-¿No estarás intentando cambiar de tema por casualidad, ¿verdad, Anna?

-Tengo cosas que hacer -respondió ella con sequedad antes de darse la vuelta apresurada.

Sus hermanas podían quedarse con Adam Deacon.

Organizar una fiesta sorpresa para sus padres había sido un trabajo de titanes. Al menos mantener el secreto en una comunidad tan pequeña donde todo el mundo los conocía, pero Anna se había visto recompensada con creces al ver las caras de sus padres cuando se habían sentado a una mesa de dos iluminada con velas y habían descubierto que todo el hotel estaba reservado para la ocasión.

A Anna no le importaba que se sintieran extasiados de ver a sus hermanas. Al fin y al cabo, ella siempre estaba con ellos, pero era una heroicidad ver a Lindy, que trabajaba en un hospital de Londres y a Hope que a veces viajaba a varios países diferentes en la misma semana. Y sus visitas habían sido cada vez menos frecuentes desde que se había ido a vivir a Nueva York.

Ahora Anna se aseguró de que todo el mundo tuviera una copa para brindar por la pareja antes de reunirse en el podium con sus hermanas para decir unas palabras.

Charlie Lacey respondió con lágrimas de emoción rodeando a su mujer con el brazo.

-¿Qué puedo decir? ¡Anna ha guardado un secreto por primera vez en su vida! -extendió la mano para que se aplacaran las risas-. Soy un hombre afortunado -dijo simplemente mirando a las cuatro mujeres de su vida.

Anna sonrió con falsedad cuando más tarde su madre le presentó a un agradable doctor amigo de Lindy que iba a vivir en la localidad.

-Ya nos conocemos -dijo Anna frunciendo el ceño.

-¡Tenéis tanto en común!

Beth Lacey esbozó una sonrisa de satisfacción.

-¿De verdad?

Hablaron los dos al mismo tiempo y Anna tuvo que contener una sonrisa.

-Por supuesto que lo tenéis, los dos os dedicáis a la medicina.

-¿Eres también médico?

-Lo hubiera sido si no se hubiera interesado por otras cosas -le informó su orgullosa madre-. Estudió para enfermera y después...

-No ejerzo -cortó en seco Anna-. Encuentro ese sistema jerárquico un poco agobiante para mi gusto. Me he especializado en otra cosa.

-En qué?

-Masaje terapéutico y aromaterapia.

-¿Qué... emprendedor!

«Sucio, estrecho de mente y paternalista bastardo», pensó al ver su sonrisa desdeñosa.

-Supongo que no serás una defensora de los tratamientos alternativos.

Anna estaba muerta de indignación.

-¿Un tratamiento... que implica que se obtiene algún beneficio?

-Os dije que tenias mucho en común -Beth resplandeció de placer-. Os dejaré solos para que podáis hablar.

Anna observó como la asombrada mirada de Adam seguía a su madre.

-No, no es una estúpida -le informó-. Es sólo que sigue queriendo ligarme con todos los hombres libres que encuentra y supongo que te habrá clasificado en esa categoría. Ya le he dicho que si está tan desesperada por mi habitación, me iré de la casa, pero nada le hace desistir de intentar casarme. Es injusto, ella no interfiere en la vida de Lindy o en la de Hope, aunque quizá sea porque no las tiene al lado.

-¿Vives en casa de tus padres? -Adam sonaba incrédulo.

-Cuando no estoy haciendo el amor con cualquier hombre en un radio de cincuenta kilómetros a la redonda, sí. Te recuerdo que viví un par de años en Londres antes de empezar enfermería. No llegué a sacar el título.

-A algunas personas les cuesta terminar cualquier cosa que empiezan.

Su expresión neutral no la engañó.

-Nosotras no tenemos tu respetabilidad sólida como una roca, querido -murmuró Anna con ganas de abofetearle.

-No era una crítica, era sólo una observación.

-¡Todo lo que dices tú es una crítica!

-Es una fiesta estupenda. Ya está. ¿Te parece bastante halagador? Creo que la has organizado tú.

En ese momento un joven de la pista de baile chocó con la espalda de Anna empujándola contra Adam. La bebida que tenía en la mano se derramó por la camisa de él al mismo tiempo que su mejilla chocaba contra la tela mojada y él estiraba los brazos para sujetarla.

El masculino aroma especioso, los fuertes latidos de su corazón y la tensión que contenían aquellos músculos duros de su torso hicieron que la cabeza le diera vueltas.

-Es sólo limonada -balbuceó-. No te quedará mancha -alzó la vista para encontrarse con la serena y fría mirada de él-. ¡Por Dios bendito! No lo he hecho a propósito. No ha sido un truco planeado para abalanzarme sobre tu cuerpo, así que relájate.

Anna todavía tenía la respiración jadeante mientras intentaba calmarse.

Adam hubiera deseado poder seguir su consejo y relajarse, pero la tensión le tenía contraída la columna vertebral y todos sus conocimientos de anatomía no iban a servir para solucionarlo. Sólo aspirar el femenino y cálido aroma de ella podría ayudarle.

-¿He hecho algo para molestarte? -preguntó al ver aparecer y desaparecer el color en la vivida cara de la mujer que tenía delante.

Se sentía fascinado de que alguien tuviera las emociones tan a flor de piel. ¿Sería de verdad tan transparente?, se preguntó.

-¿Aparte de atacarme cuando estaba desprevenida?

Anna estaba intentando analizar qué era lo que tenía aquel hombre para conseguir inquietarla tanto.

-Ha sido un accidente.

Su cara se contrajo de enfado hacia sí mismo al recordarlo. ¡Pero otras partes de su cuerpo respondieron también al recuerdo!

-Pero lo disfrutaste.

-¡Sí!

Parecía que le habían arrancado la admisión con tenazas.

-Si te consuela saberlo, yo también.

Los ojos de él brillaron momentáneamente con una emoción muy básica que le hizo desear haber contenido la lengua.

-No, Anna. No me sirve de consuelo en absoluto. Tú eres una mujer muy atractiva y cualquier hombre se sentiría halagado...

Pero él no, pensó ella esbozando una sonrisa para ocultar la humillación que estaba sintiendo.

«¡Por Dios bendito, Anna! ¡Si ni siquiera te gusta!».

-El asunto es que estoy buscando una casa para venirme a vivir aquí con mi mujer. Al menos ella estará...

Era como haber recibido una bofetada en la cara. Por un momento no supo con quien estaba más furiosa, si con él por dejarle entrever un atisbo del paraíso o consigo misma por ignorar todas las señales. ¡El muy bastardo, tenía mujer!

-Yo no soy lo bastante discreta para un hombre casado -de nuevo la brillante carcajada-. Puedo presentarte a un agente inmobiliario si estás interesado. Hay dos por lo menos en la fiesta. Déjame buscarlos.

Sin mirarlo, se alejó decidida. El problema de ser abierta, reconoció tragándose unas lágrimas inexplicables, era que te dejabas a ti misma abierta a la humillación y al daño. Su corazón eternamente optimista le decía que algún día conocería a alguien que merecería la pena el riesgo.

Cuando uno de los agentes inmobiliarios que le había enviado a Adam se acercó a ella después a darle las gracias, su optimismo decayó aún más.

-Creo que voy a deshacerme por fin del antiguo Rectorado, Anna -comentó frotándose las manos-. Los sitios de ese tamaño y precio son muy difíciles de vender.

-¿No es un poco grande? -preguntó ella con envidia por la vieja casa victoriana que siempre le había encantado.

-No para una familia de cuatro. ¿O eran cinco? De todas formas, él quiere un montón de espacio.

Anna lo contempló alejarse radiante por la venta que pensaba hacer. Una oleada de pura rabia la asaltó. ¡Qué hombre tan patético, infiel y sin escrúpulos! Esperaba no volverse a cruzar con Adam Deacon porque no podría contenerse. Los hombres casados que iban por ahí besando a otras que no eran sus mujeres eran despreciables para ella.

«¡Vaya con tu instinto!», pensó con disgusto. «Sólo estabas respondiendo a la lascivia y apuesto a que él se ha estado riendo todo el tiempo. ¡El muy canalla!».

Capítulo 2

LA LLUVIA había estado cayendo sin cesar toda la mañana. El pequeño grupo de manifestantes se había ido dispersando y sólo quedaban una pareja de ancianos y Anna. Le dolían los brazos de sujetar la pancarta y al mirar a las caras de la pareja, vio que ellos también estaban cansados.

-¿Lo dejamos por hoy? -preguntó la mujer de pelo blanco.

-Gracias por tu entusiasmo, Ruth -dijo Anna con una sonrisa-. Pero no tiene mucho sentido seguir aquí si nadie nos ve. No ha salido ni entrado nadie del edificio

desde hace una hora. Volveremos a organizar otra estrategia la semana que viene.

Algo más espectacular, pensó Anna con obstinación. Algo para hacer que aquellos farsantes de las oficinas los escucharan. Que tiraran una manzana de casas victorianas para hacer un aparcamiento y otro supermercado le hacía hervir la sangre.

-Si piensas eso, Anna, querida -dijo George Thompson con alivio-, creo que nos iremos a casa. ¿Quieres que te llevemos?

-No, gracias. Tomaré un atajo por el parque.

Los Thompson vivían en el extremo opuesto del pueblo y el ejercicio le ayudaría a aliviar un poco la frustración.

Se caló un poco más la capucha, agachó la cabeza contra la lluvia y apretó el paso por el camino de tierra. Ella pertenecía a la asociación de senderistas locales y conocía todos los caminos de tierra de memoria; ella misma había contribuido a mantener muchos de ellos abiertos.

La ruta que había elegido para llegar a la granja de sus padres pasaba por el viejo Rectorado.

Moviéndose con cautela por el camino que bordeaba el jardín abandonado, notó con alivio que no había señales de ocupación en la larga fachada victoriana. Con sus ventanas desconchadas y la invasión de hiedra por sus paredes, la casa parecía desierta.

Se relajó un poco, pero siguió avanzando de forma furtiva por el camino cubierto de musgo. Su encuentro con Adam Deacon había sacudido su impenitente optimismo más de lo que estaba dispuesta a admitir, por no mencionar la confianza en su propio juicio.

Cuando Lindy había mencionado de forma casual sus responsabilidades familiares de Adam, Anna no se había dejado engañar y se había mantenido muy fría.

-¿Te refieres a su familia?

Por una vez, Anna no se sintió preparada para hablar de sus errores delante de sus hermanas. Ya no le extrañaba que Lindy se hubiera sentido preocupada si había sabido que Adam era un hombre casado y con familia. Ahora tendría que soportar la humillación de haberse acercado a él con la sutileza de un martillo eléctrico.

Adam probablemente habría imaginado que ella se comportaba así con todos los hombres con los que se cruzaba. Lo que no iba a saber era que nunca le había atraído ninguno, al menos desde hacía mucho tiempo, se corrigió a sí misma.

-¡Te pillé! -el gruñido de triunfo junto con el brazo que la asió por la garganta la hicieron encogerse del susto antes de verse levantada del suelo-. No forcejees o lo sentirás.

Ella ignoró el siniestro consejo. Sin esperar a escuchar más amenazas, blandió la pancarta contra él con ludas sus fuerzas y perdió pie al instante. Escuchó el gemido de dolor de su asaltante al caer con ella por la colina rodando hacia el arroyo.

Escupiendo y jadeando, Anna salió del agua glacial agarrándose a lo primero que encontró a mano.

Se apartó de la figura oscura tendida buscando con frenesí el camino más rápido

para escapar de allí. Se estremeció al ver que el nombre se movía y blandió la roca que tenía en la mano con gesto amenazador.

-Te advierto que soy cinturón negro de karate -aseguró retrocediendo.

-¿Tú? ¡No te creo!

La amenazadora figura se levantó y Anna vio las inconfundibles facciones de Adam Deacon reconocibles a pesar del velo de fango. Adam gimió y se llevó una mano a la mejilla.

El miedo que le había disparado la adrenalina se evaporó y se sintió débil de alivio. Al menos no era un sádico perturbado.

-¿No te crees que soy cinturón negro? Bueno, he exagerado un poco. Pero he tomado clases de defensa personal.

-Especializándote en trucos sucios, no lo dudo. Deberías llevar luces de emergencia -se puso en pie despacio-. Al menos no tengo nada roto. O todavía -añadió al ver la piedra que ella tenía en la mano-. Si no vas a usar eso, ¿te importaría dejarlo en el suelo? Me estás poniendo nervioso. Tengo la sensación de que me ha pasado por encima un tanque.

Con una sonrisa, ella hizo lo que le pedía.

-Bueno, ¿y qué esperabas si vas por ahí atacando a la gente por la espalda? Y sólo peso cincuenta y tres kilos, así que no seas tan quejica.

-Habías traspasado una propiedad privada -dijo él quitándose una brizna de encima del ojo.

-Estaba utilizando un paso vecinal autorizado y si consultas tus escrituras, descubrirás que tengo razón.

-¿Me estás diciendo que pasa un camino público por mi jardín?

-No se utiliza casi nunca -estaba empezando a temblar—, pero te recomendaría que dejaras a la gente usarlo. Es la forma en que hacemos las cosas en el campo.

-Sí, un sitio muy amistoso, el campo -dijo él con sarcasmo-. Estoy aquí porque alguien ha entrado a robar a la casa. Las molduras de la sala de dibujo han desaparecido por completo y si no hubiera interrumpido a los culpables anoche, ya se habrían llevado la chimenea

-¿No será la preciosa chimenea de piedra? -gimió Anna francamente alterada por al noticia.

-Parece que conoces la casa -enarcó las cejas ante la mirada de horror de Anna-. Si no hubieras entrado furtivamente anoche, no te hubiera detenido. Pero parecías más culpable que un pecado.

Anna sintió que un sonrojo de culpabilidad le inflamaba la cara. Culpable era como se sentía exactamente. Culpable de haber besado a un hombre casado y de haber fantaseado con mucho más.

-Vamos -dijo él con impaciencia-. No puedes quedarte ahí tiritando. Ven adentro a secarte.

No era exactamente amable, pero era la mejor oferta que había recibido. La idea de caminar casi una milla helada hasta los huesos no era precisamente seductora.

¿Por qué le fascinaba todo de aquel hombre?, se preguntó enfadada mientras le seguía.

Probablemente se sentiría avergonzado de que ella fuera testigo de su lapsus de infidelidad. Quizá lo hubiera presenciado un poco demasiado de cerca, pensó con disgusto al entrar en la cocina.

-La cocina es el único sitio que está caliente. He dormido aquí anoche.

Hizo un gesto hacia un saco de dormir doblado sobre un viejo sofá y cerró la puerta tras ellos. No había ningún electrodoméstico, sólo una cocina de carbón encendida y una antigua mesa de madera.

Anna se quitó la capucha con los dedos helados y se tocó el pelo un poco avergonzada. Sabía que debía parecer un conejo mojado con el pelo pegado a la cabeza. Lo que no sabía era lo bien parada que salía su figura ante un escrutinio atento.

-Pensé que eras un chico.

-¿Prefieres a los chicos? Tu secreto está a salvo conmigo.

-¿Eres siempre tan insoportable?

Anna no podía decirle que sólo con él. Aquel hombre le ponía tan a la defensiva que no podía evitar hacer comentarios dañinos.

-Gracias, no estoy herida -dijo con sarcasmo.

Adam la miró con furia y se quitó el impermeable que llevaba puesto. Bajo él, no tenía ninguna camisa, sólo unos vaqueros desteñidos. Los pies los llevaba calzados en unas deportivas que no volverían a ser las mismas después de la inmersión. Ni tampoco ella después de haber visto su torso, pensó intentando no mirar.

El serio doctor con aquel distante aire de misterio estaba a miles de millas de aquella masculina criatura cuyos impresionantes músculos resaltaban con suavidad bajo la piel un poco bronceada. Anna sintió que el pulso se le desbocaría al mirar con disimulo a su estómago plano. Tragó saliva y alzó la mirada.

Los ojos de él brillaban con una fuerte emoción indefinida que le aceleraron la respiración.

-Estaba preparando una tetera cuando vi a una figura muy sospechosa llegar al cruce. ¿Qué diablos estabas haciendo si no...? ¡Oh! -gritó al tocar la tetera con los dedos y cuando se dio la vuelta la sorprendió sonriendo-, si no eras de la banda que ha estado atracando este sitio.

-Estaba tomando un atajo a casa.

Desde sus anchos hombros, hasta las estrechas caderas resaltadas de forma espectacular por la tela vaquera mojada, no tenía desperdicio, pensó distraída.

-Bonito tiempo para eso. ¿Y siempre te aventuras completamente armada? ¿Podría haber algo que el de la inmobiliaria no me contara de este pacífico oasis rural? ¿Patrullan este vecindario bandas armadas? Hasta ahora me han asaltado la casa sin haber llegado a vivir y me han agredido en mi propia tierra.

-¿Agredido? ¿Por sólo ese arañazo? -Lo miró con desdén. -Desde luego eres increíble

-¿Qué diablos llevabas si no era equipo de asalto último modelo?

-Una pancarta.

-¡Debería haberlo imaginado! Eres una de esas mujeres que protestan por todo.

Una expresión truculenta surcó la cara de Anna, que alzó la barbilla con desafío. Adam lanzó una carcajada.

-Algo que tendrá que ver con la medicina alternativa, supongo -esbozó una sonrisa desdeñosa-. ¿Te sientas también en una pirámide y meditas? ¿O no te aventuras a salir si Plutón está en tu ascendente?

-Se llama tener conciencia social -explotó ella enfurecida por su sonrisa desdeñosa y su convencionalismo-. Creo en hacer algo para defender mis convicciones; eso no me convierte en una esotérica. ¡Y desde luego, no espero que lo comprenda un cirujano cuya única solución es el bisturí!

—Si tuvieras un hueso destrozado, ¿qué preferirías, mi bisturí o tus ungüentos? Siempre he creído que los profesionales metidos en todo tipo de campañas deben tener grandes lagunas en su vida personal.

-¿Porque no estén dispuestos a que los anónimos burócratas gobiernen el mundo? Supongo que un individuo relamido, estrecho de mente y completamente egoísta podría pensar que...

-¡Por Dios bendito, mujer -interrumpió él su apasionada defensa-. No te quedes ahí sermoneando. Vas a pillar una gripe. ¡Quítate esa ropa!

-Yo no sermoneo -alzó la nariz sonrosada con gesto de desdén-. Y no me gusta que me den órdenes. Además, pensé que una gripe era un virus. No se pillan virus por una ropa mojada.

-Hablas como una niña consentida de cuatro años. ¡Haz lo que te he dicho!

-¿Y si no lo hago?

-¿Eres siempre tan guerrera? Sólo para que te enteres, si no te quitas esa ropa, lo haré yo mismo.

Ella lanzó un gemido de asombro y tuvo que apartar una imagen muy vivida de sus preciosos dedos moviéndose despacio sobre su piel, deslizándose bajo su camiseta mojada para abarcar un seno vergonzosamente inflamado.

-En interés de mi salud, supongo.- Lo dijo con un tono ronco que Adam no pudo dejar de apreciar.

El cosquilleo que sentía en la espalda le erizó el vello. Se preguntó con mortificación si él habría adivinado los pecaminosos pensamientos que habían asaltado su cabeza.

-Bueno, desde luego no sería para satisfacer mi curiosidad. Ese vestido que llevabas la otra noche dejaba poco a la imaginación. Personalmente me seduce más el misterio.

-Por lo que yo recuerdo, el descarado vestido no le hizo mucho daño a tu ardor -se defendió ella incinerada por su crítica.

La oleada de sonrojo en los pómulos de él fue síntoma de que había dado en el blanco.

-Creo que seré capaz de contener mis instintos más básicos, si eso es lo que te preocupa. Hay algo de ropa en esa bolsa. Encontrarás algo para cubrirte lo esencial mientras se seca tu ropa. Me daré la vuelta por respeto a tu modestia.

¿Por qué le parecía tan divertida la idea de que ella tuviera modestia?, pensó Anna indignada.

-Usaré el cuarto de baño si no te importa. Su frío tono digno le hizo sonreír y le recordó a Anna que ella no estaba en posición de mantener ninguna dignidad.

Revolvió en la bolsa intentando no fijarse en las prendas personales y eligió una camisa vaquera azul pálida que podría pasar por un vestido en ella. Alzando la cabeza, salió de la habitación.

Después de quitarse la ropa en el baño y peinarse el pelo con los dedos, se abrochó la camisa que le llegaba hasta las rodillas y bajó descalza. Había intentado quitarse las manchas de barro con el agua, pero estaba gélida y un poco turbia.

-Cuelga tu ropa ahí -señaló el antiguo tendedero sobre la cocina de carbón. Los vaqueros mojados de él ya estaban colgados. En su ausencia, Adam se había puesto otros secos y más desgastados. Anna intentó no fijarse en un estratégico desgarrón en el trasero. Con las manos llenas de ropa mojada, miró el sistema de alambres.

-Espera, déjame.

Adam le quitó la ropa mojada de las manos antes de que pudiera poner objeciones y empezó a extenderla en el tendedero sin tener que bajarlo gracias a su altura.

Anna intentó ocultar la vergüenza cuando le vio colgar sus prendas más íntimas, un frívolo juego de braga y sujetador de satén de color melocotón pálido.

-Te pega mucho.

Su larga mano acarició la tira del sujetador.

-¡Qué típico! -exclamó ella con disgusto deseando con desesperación no sonrojarse-. Los hombres no sois más que niños grandes; sólo la mención de unas bragas os produce paroxismo.

Adam enarcó las cejas ante su acalorada reacción.

-Yo sólo creo que tu ropa interior refleja tu personalidad.

-Déjame adivinar... Descarada.

-Erótica -corrigió él con firmeza y un extraño brillo en los ojos que le produjo temblores en las rodillas-. ¿Una taza de té?

Distraída por su comentario casual, tuvo problemas para replicar a aquella pregunta inocente, así que aceptó la taza en silencio.

-Está ardiendo -gimió al abrasarse la lengua antes de sentarse en una caja embalada junto a la mesa. Adam se sentó en otra igual y estiró las largas piernas.

-Pareces conocer muy bien la distribución de esta casa. Sabías donde estaba el baño.

-La casa ha estado vacía una larga temporada. Eché un vistazo con el agente inmobiliario, así que deja de mirarme con tanta sospecha. Siempre me ha gustado esta casa y los anteriores propietarios no se relacionaban mucho con la gente, así que quise

satisfacer mi curiosidad.

-¿Novio actual o antiguo novio? -preguntó él con sequedad-. ¿O no los diferencias? El agente inmobiliario -aclaró al ver la cara de confusión de ella.

-Me gusta mantener buenas relaciones con todos mis viejos amigos.

-Eso imaginaba.

-Si eso ilumina tu aburrida existencia, me alegro de serte útil. Personalmente no me gusta vivir como un vicario, pero tampoco estoy atada a nadie.

Él sí parecía necesitar que le recordaran a menudo que sí lo estaba, pensó ella mirando con desaprobación su atractiva cara.

-Un espíritu libre.

-No tengo ataduras. Tengo derecho a ser libre.

-¿Por qué me ha dado la impresión de que has dejado esa frase incompleta?

-Los hombres casados que van por ahí besando a otras mujeres, no deberían intentar parecer unos puritanos.

-Yo no estoy casado.

La descarada mentira le puso furiosa. Posó de golpe la taza en la mesa derramando el líquido.

-¿Y esperas que me crea eso?

-Cree lo que quieras. Como se suele decir, me importa un comino.

-Entonces compraste esta casa para llenar las habitaciones con unos hijos inexistentes, supongo.

-Hay niños, pero los he heredado más que participar en su concepción. Y para tu conocimiento, estoy prometido, no casado.

Ella se sintió un poco defraudada por aquella información.

-¿Cómo se pueden heredar niños? -añadió consumida de curiosidad.

-Mi hermano y su mujer murieron en un accidente de escalada.

-Lo siento.

Su tierno corazón se conmovía por la pérdida, pero sabía que él no aceptaba la compasión. Adam Deacon era uno de esos seres contenidos que no querían la simpatía de nadie. Debía ser terrible amar a alguien así, reflexionó Anna. Amar consistía en dar tanto como en recibir.

-No tanto como los niños -dijo él sombrío.

-¿Cuántos?

-Cuatro.

-Eso debió causar una gran conmoción a tu prometida.

Anna abrió mucho los ojos. Una familia numerosa instantánea debía ser una perspectiva temerosa para cualquier mujer.

-Entonces no era mi prometida. ¿Hay algún detalle personal más que quieras saber? Siéntete libre, aunque estoy seguro de que así será.

O sea que se habían prometido después de que él heredara la familia. Con el ceño fruncido dio un sorbo a la infusión caliente.

-Empezar un matrimonio con cuatro hijos supondrá hacer grandes ajustes.

-Empezar un matrimonio los requiere de cualquier manera.

Anna le miró con gesto sombrío.

-Espero que lo hagas con más entusiasmo, por el bien de tu prometida.

-No daría este paso si no fuera por los niños.

-¿Y sabe la dama en cuestión eso?

-Jessica se conformó con las cosas tal y como surgieron. Ha estado a la altura de las circunstancias de forma magnífica.

-Me alegra que reconozcas su sacrifico -le parecía que trataba de forma muy impersonal todo el asunto-. ¿Lleváis... Jessica y tú viviendo juntos desde hace mucho?

-¿Has escuchado alguna vez la palabra tacto?

Anna cruzó sus torneados tobillos sin pizca de arrepentimiento.

-Si hubiera sabido que podía herir tus sentimientos, habría sido más discreta, pero... -su sonrisa confirmaba que no creía que los tuviera-. Podría haber esperado a los cotilleos locales para que me dieran los detalles escabrosos. No creo que tarden más de dos semanas en empezar a correr, aunque hay que admitir que la exactitud se sacrifica en aras del entusiasmo.

-Jessica y yo no hemos vivido nunca juntos. ¿Satisfecha?

-¿Nunca?

-Preferimos tener cada uno nuestro espacio.

La paciencia parecía estar abandonándole.

Aquella Jessica debía ser una santa... Pero Anna tenía profundas sospechas de una mujer que no quisiera un compromiso y sin embargo se sintiera feliz aceptando una familia numerosa ajena.

Silbó con suavidad y esbozó una leve sonrisa.

-Bueno, pues ahora no tendrás mucho espacio, ¿verdad? ¿Cuánto lleváis saliendo, un año o dos?

-Lo cierto es que tres. He sido amigo de su familia durante años.

Anna lanzó un sonido de desdén.

-¡Qué apasionado! Desde luego la has enloquecido.

-¿Quieres decir que he presionado a Jessica?

¡Dios bendito! Aquel hombre tenía un inesperado toque de ingenuidad. ¿No comprendía que aquella mujer podía haber visto la oportunidad de atar los lazos que los unían ante la inesperada situación?

«Pero quizá esté siendo poco generosa», pensó con culpabilidad. «Desde luego no estoy celosa. Este hombre es un monstruo y cualquier mujer que se case con él merece simpatía y puede que hasta terapia también».

-Estoy segura de que es maravillosa. Puede que hasta haya sugerido la solución ella misma -Adam observó la sonrisa inocente de Anna con gran sospecha-. Personalmente no me sentiría halagada de que alguien me pidiera que me casara con él sólo para ser la madre de cuatro niños.

-Dudo seriamente que te encuentres nunca en esa situación.

-¿Y sabe ella que sientes inclinación a ir tentando a mujeres extraviadas?

-preguntó Anna cada vez más incinerada por su desdeñosa observación.

-Me recuerdas más a un gato extraviado. Hay algo muy... muy felino en ti -dijo despacio deslizando la mirada por su esbelta figura como si hubiera perdido el hilo de sus pensamientos-. Admito que me dejé llevar por un momento, pero tampoco tengo mucha experiencia en estar prometido.

-¿No son tres años suficiente?

Anna no pudo contener la mórbida curiosidad que le provocaba su vida personal. Y eso que nada de lo que había oído le había dado ningún placer.

-He dicho, Anna, que Jessica y yo llevamos saliendo tres años, no que esa relación nos diera derechos de exclusividad.

-¡Eres de los que se van acostando por ahí! -le acusó con irracional irritación.

-No soy promiscuo, si eso es lo que quieres decir.

-¿Y no te importaba que ella se acostara con otros hombres? -preguntó Anna con incredulidad.

-Jessica tiene demasiado tacto como para sacar el asunto y yo no le he preguntado nunca.

Anna lanzó un sonido estrangulado de disgusto.

-¡Muy civilizados!

-Hubiera creído que un espíritu libre como el tuyo encontraría bien un acuerdo como ése.

-¡Pues te has equivocado! Si descubriera que el hombre al que amaba me hubiera sido infiel, no eludiría el asunto con tacto. Yo... yo le...

Adam la miró con expresión de fascinación cuando se levantó. Tenía los puños apretados a ambos lados del cuerpo y su vivida cara era la máscara de la pasión. Su pecho agitado con dramatismo era difícil de ignorar.

-Habiendo visto un ejemplo de tus tácticas de defensa me puedo imaginar muy bien lo que harías. Nunca hubiera pensado que fueras posesiva.

-Si yo estuviera preparada para entregarme a mí misma de forma incondicional, esperaría que la otra persona hiciera lo mismo a cambio. Odio los engaños.

-¿Incondicional?

El tono ronco de su voz y el brillo de interés de sus ojos hicieron que Anna volviera a sentarse en la caja. Deseó con fervor haber escogido a otra persona para haber hecho aquella confesión.

-Digamos simplemente que tú y yo tenemos una actitud diferente ante el amor y el matrimonio -dijo Anna con tono desenfadado para aliviar la tensión entre ellos.

No quería tratar asuntos importantes para ella con aquel hombre que sin duda encontraría poco práctico su sueño de un matrimonio de alma y corazón. Su descarada razón práctica para casarse le parecía repelente.

-¿Crees que el tipo de pasión con la que pareces fantasear tú puede soportar la prueba del tiempo? -sacudió la cabeza y sonrió con cinismo-. La pasión, aunque puede ser satisfactoria a corto plazo, no es la base de un buen matrimonio. El respeto y el interés mutuo son cimientos mucho más sólidos.

-Me da pena esa Jessica si lo único que quiere de ti es respeto.

-Tiene más sentido común que basar un compromiso de por vida en una atracción física -respondió él dolido por su acusación-. Quiero decir, míranos a nosotros dos... los dos quisimos desnudarnos el uno al otro desde el instante en que nos vimos, pero preferiría pasar el resto de mi vida con un tornado. Tú eres tan pacífica como un huracán furioso.

-¡Al menos no soy aburrida!

Su comentario casual acerca de su atracción física le hizo sonrojarse, pero era lo bastante sincera como para contener más comentarios desdeñosos porque aunque exagerado, su juicio era cierto.

Había decidido evitar a Adam como a la peste, pero, ¿qué había hecho en cuanto se le había presentado la oportunidad? ¿Había salido corriendo en dirección contraria? No, como una idiota había acabado en una situación bastante íntima con él.

-¿Qué quieres decir? -preguntó él con un peligroso tono de inflexión en la voz.

-Quiero decir que no estoy de acuerdo contigo. ¿Cuántos años tienes? ¿Treinta y seis? Hablas como si hubieras programado tu vida con un ordenador -su falta de simpatía por aquella actitud brillaba en sus ojos-. Estoy segura de que tienes buenas intenciones, pero si los hijos de tu hermano se han criado en un ambiente de amor y cariño, ¿crees que los vas a engañar ni por un sólo minuto con ese aséptico acuerdo? -deslizó la vista hacia los dibujos infantiles clavados en la escayola-. ¿Lo han dibujado ellos?

Adam siguió la dirección de su mirada.

-Lo hicieron Sam y Nathan -confirmó con voz más suave al hablar de los niños-. Son los más pequeños... los dos más pequeños.

-¿Gemelos?

Adam asintió.

-Los colores indican que han mejorado. Hasta hace poco usaban sólo negro. Todavía tienen terribles pesadillas y, de momento, mi madre los está cuidando. Necesitan estabilidad.

-Pensar que les puedes crear seguridad por el hecho de casarte y venirte a vivir al campo es patético -dijo con ansiedad y compasión por ellos y por él-. El matrimonio no debería ser una necesidad impuesta, Adam. Es calidez, generosidad y sobre todo amor.

Era lo que sus padres habían tenido en abundancia y lo que ella deseaba obtener algún día.

-Despierta al mundo real, Anna. Estás acostumbrada a conseguir lo que quieres, pero las cosas no funcionan así. En el mundo real la gente se compromete a menos que sea terminalmente egoísta.

-Entonces quizá yo sea egoísta porque no estoy preparada para comprometerme. Y eso no quiere decir que no entienda la realidad. Eres tú quien tiene problemas con eso. ¡Lo que vas a hacer no es real! Es todo una falsedad, una mentira. No puedes crear un hogar como si hicieras una película. Señor especialista, ¿es que nunca sigues tus

instintos? - Era un desperdicio, un horrible desperdicio, pensó apesadumbrada.

-Es una suerte para ti que no siga mis instintos -bramó él enfadado con la respiración agitada.

Tenía los puños apretados y los nudillos blancos.

-¿Y si estuviera dispuesta a correr el riesgo?

¿Cómo se le habría ocurrido aquello?, se preguntó apretando los labios antes de decir más barbaridades.

-Olvídalo. No he dicho nada.

-No alegues ahora amnesia selectiva. He oído muy bien lo que has dicho.

Su voz tenía una cualidad contenida y ronca y sus ojos eran despiadados mientras la contemplaba sin pestañear.

Anna lanzó una carcajada temblorosa intentando sin éxito descifrar sus intenciones. ¿No le había acusado de reprimido y aburrido? Pues en ese momento parecía cualquier cosa menos eso. Parecía imprevisible y peligroso.

La curva de sus labios sensuales le contrajo el estómago. Se humedeció los labios resecos e intentó ocultar la creciente sensación de nerviosismo.

-Soy conocida por decir estupideces.

-Pero lo decías en serio -la acusó él con la misma táctica que ella empleaba para desarmarlo.

Atrapada por su astucia, Anna lo miró con la misma sensación de impotencia que una polilla atraída hacia la llama. En cuanto la analogía penetró en su cerebro le produjo una sensación de irritación. Aquello quería decir que se sentía impotente cuando lo único que tenía que hacer era salir de allí corriendo. Pero la comunicación entre su cerebro y sus extremidades parecía haberse cortado y permaneció inmóvil.

-Ven aquí, Anna.

La ronca orden le erizó el vello de la nuca. Sólo un tonto obedecería a una orden así. «¿Por qué estoy haciendo esto?», se preguntó mientras avanzaba con firmeza hacia él.

Adam no pareció sorprendido ante su sumisa obediencia. Los ojos le brillaron con primitiva satisfacción deslizando la mirada por su esbelta figura. Entonces alargó la mano y le rozó el hombro deslizando los dedos por la curva de su brazo. Fue una caricia leve e impersonal, pero la hizo temblar. Él estaba temblando también, notó Anna con sorpresa cuando apoyó las dos manos en sus hombros y la atrajo hacia abajo para sentarla en sus rodillas. Un puro y primitivo deseo borró todo pensamiento racional de la mente de Adam.

Apartando lentamente los mechones sedosos de su frente, tomó la fina cara entre sus dos manos.

Anna se concentró en respirar. Estaba sin aliento y con el corazón desbocado y creyó que hasta él lo oiría.

-¿Y si mis instintos me dicen que haga esto...? ¿Y esto?

Puntuó sus palabras con una serie de besos lentos, con labios entreabiertos y devastadores.

-Eres la mujer más embrujadora que he conocido en mi vida -susurró con voz ronca cuando ella arqueó el cuello con gesto incitador. Las manos de Adam le sujetaron la cabeza, que cayó hacia atrás con impotencia.

El primitivo bramido cuando ella posó las manos en su plano estómago le produjo un estremecimiento. El calor de su piel traspasaba la tela bajo sus dedos y le devolvió un vago sentido de la realidad. Anna abrió los ojos para encontrarse con los de él clavados en ella.

-No puedo hacer esto -gimió ella jadeante. Pero todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo le gritaban lo contrario. Se estaba ahogando en el sabor de sus labios, en el masculino aroma y las calientes caricias de sus dedos.

-¿Por qué no? -preguntó él con ronco abandono. La fricción de sus manos se deslizó hacia sus nalgas y cuando la levantó con firmeza para introducirlas en el vértice entre sus piernas, Anna sintió una oleada de pánico. La urgencia de él, el desnudo deseo animal, estaban fuera del alcance de su experiencia. Adam le alzó las rodillas para posarlas en la caja a ambos lados de sus estrechas caderas. La posición le hizo íntimamente consciente de la dureza de la excitación masculina y se sonrojó con violencia.

¿Por qué no? ¿Por qué no? Anna gimió cuando él deslizó las manos bajo su camisa con suaves y lentos movimientos sobre la curva de sus nalgas y la hondonada de su cintura hasta llegar a los senos y abarcarlos uno en cada mano. Sus pulgares encontraron los duros pezones y, con delicadeza, le hizo perder los últimos atisbos de cordura.

-¡Rata infiel!

Él no pareció haber escuchado su ronco grito así que Anna lo repitió con más fuerza para conseguir recuperar algo de su fuerza de voluntad y agitarse en su regazo.

-No deberías haber preguntado que por qué no.

-Es mejor una rata que una vampiresa que dice manos fuera en el momento crucial.

La frustración y la furia reemplazaron al deseo en su cara, pero no intentó retenerla.

-¡Vampiresa! -repitió ella con un grito agudo y el cuerpo tembloroso del contraste entre la experiencia sensual y la desagradable realidad-. ¡Dios bendito! -Estás tan atado con tus represiones que no reconoces la auténtica sinceridad. Al contrario de lo que crees, yo no busco sexo pasajero ni tampoco entiendo la necesidad de ocultar que encuentro a alguien atractivo. Como a ti, hasta que he descubierto la doble cara que tienes. Para tu información no soy una muñeca hambrienta de sexo.

-Deja que tu mente vuelva atrás veinte segundos, dulzura -masculló Adam.

La rabia había sido sustituida por una expresión fría y especulativa que ella encontraba mucho más preocupante.

-Me desprecio a mí misma por eso -dijo Anna apretando los labios con firmeza. -¡Creo que sí!

-Necesito mi ropa.

-Eso no es lo que necesitas.

Adam observó el inesperado velo de lágrimas en sus ojos y se sintió avergonzado.

Ella lo deseaba tanto como él a ella. Pero al menos ella no lo ocultaba. Él estaba convencido de que su comportamiento tan poco convencional de la semana anterior había sido una aberración y le habían bastado sólo unos segundos en compañía de Anna Lacey para explotar aquel mito. Le fascinaba de manera que le hacía olvidar sus responsabilidades y actuar como un adolescente con las hormonas desatadas.

Sabía que su futuro matrimonio era un compromiso para él y para Jessica, pero hasta ese momento no le había cabido ninguna duda de que él cumpliría con su parte del trato. Ahora, el hombre de hierro parecía haberse derretido, pensó disgustado y avergonzado. Y Anna, que leyó ambas emociones en sus ojos, se sintió enferma.

-No necesito nada de esto, Adam.

-¿Entonces, ¿por qué me incitaste? -preguntó con dureza y amargura.

Anna reconoció que quería culparla a ella por su propio comportamiento y tampoco podía negar que ella había actuado con inocencia.

-Parece que no lo puedo evitar contigo -admitió antes de que la frustración y la rabia acudieran en su rescate-. ¡No creas que me siento feliz por perder mi sentido de la discriminación y del buen gusto!

Entonces cerró los jugosos labios.

«Va a casarse con otra mujer, Anna. Y tú sigues ofreciéndote a él», se dijo con furia ante su extraño comportamiento.

-Creo que será mejor que nos mantengamos apartados del camino del otro. No me gustaría estropear tus cuidados planes.

-No hay posibilidad de eso -dijo Adam con una sonrisa helada.

-Me encanta oírlo -mintió ella.

Adam se llevó la mano a la mandíbula.

-No actúes como si tú no fueras tan culpable como yo -dijo él con dureza- ¿Qué es lo que te pasa? ¿Estás tan acostumbrada a tener a todos los hombres que quieras que no puedes dejar escapar a uno? ¿Es esa tu venganza por lo de la otra noche?

-¿Cómo te atreves? – siseo ella con furia-. ¡No me culpes a mi si tu eres un infiel! No pienso ser el chivo expiatorio porque tu perfecta relación este llena de agujeros-

-La ropa. Póntela. Te llevaré a casa

La cara de Adam estaba tensa y tenía el pulso acelerado-

- Iré caminando

No esperaba que se lo discutiera y no lo hizo. Alivio...Arrepentimiento. Anna no estaba segura de que le pesaba más.

Capítulo 3

A ANNA le despertó el teléfono. Ella, que no se había puesto nunca enferma, había pillado una buena gripe y había tenido que pasarse la semana siguiente encerrada en casa. Físicamente estaba empezando a sentirse mejor, pero la agitación que estaba experimentando era tan debilitante como la enfermedad.

-Hola, Anna.

Era la voz de Rosalind.

-¿Cómo estás, Lindy?

-Eso es lo que quería preguntarte a ti.

-Sobreviviré -la pausa al otro lado de la línea la hizo fruncir el ceño-. ¿Estás bien?

-¿Has visto a Adam?

Su tono casual sonó completamente falso.

-No, si puedo evitarlo.

Escuchó un suspiro al otro lado de la línea.

-Por supuesto que no. Sólo me preguntaba si debería... No, ha sido una mala idea. Solucionaré las cosas por mí misma. Sólo creí que podrías aconsejarme, pero tienes razón. Arreglaré esto sola. Gracias, Anna.

-¿No puedes decirme qué es lo que va mal?

Raramente había escuchado a su calmada hermana tan confusa y agitada. Algo iba muy mal.

-No es nada -contestó Rosalind más animada-. Tengo algunos problemas con el nuevo jefe de departamento. Nada que el tiempo no pueda arreglar. Adam nos tenía muy mal acostumbrados; es tan maravilloso. No tienes idea de cuánto lo echo de menos.

Anna gimió para sus adentros con la mente en un remolino. ¿Cómo podía haber estado tan ciega? Ella no era la única Lacey que había sucumbido a sus encantos. Lindy lo conocía mucho mejor que ella. Había trabajado con él durante casi un año. ¡Un año tan cerca de Adam Deacon a ella la volvería loca!

-Dale mi cariño a mamá y papá y cuídate. Te llamaré pronto.

Aturdida, Anna colgó el teléfono y se maldijo a sí misma por haber sido tan estúpida y ciega. Ni siquiera había pensado por un momento lo que su hermana podía haber sentido por Adam. Al fin y al cabo, él había ido a la fiesta con Rosalind. Eso debería haberle dado alguna pista.

Para cuando se puso las zapatillas y la bata y se miró al espejo, estaba completamente convencida de que su hermana estaba profundamente enamorada de

Adam. La única cuestión que permanecía en su mente era hasta dónde habría llegado su relación.

Se preparó una taza de té para subirla a la habitación. ¿Dónde estaba su madre? Debería haber vuelto hacía una hora. Entonces la oyó en la sala.

-No sabía que ya...

Se detuvo con la boca abierta en el umbral de la puerta.

-Ya estás despierta, cariño. Dios, tienes un aspecto horrible, ¿verdad, Adam?

-Lo cierto es que sí.

Anna tenía profundas ojeras y los pómulos parecían mas pronunciados en la palidez de su fina cara.

Al ver la vulnerabilidad de su cara enferma, Adam sintió un inexplicable impulso de protegerla. Se estaba buscando problemas al haber ido allí, lo sabía.

-Ese maldito coche mío se ha vuelto a estropear y Adam ha tenido la amabilidad de traerme. Pasa a saludarle.

-No puedo -era consciente de que su aguda mirada no perdía detalle de su aspecto desastrado y había querido estar digna y fría la siguiente vez que lo viera-. No quiero contagiar mis virus al señor Deacon.

Lo cierto era, pensó con disgusto, que hubiera preferido que su piel morena no brillara de salud.

-¡Bobadas! ya no eres contagiosa ahora, sólo sientes lástima de ti misma. Le estaba enseñando a Adam la...

Anna avanzó horrorizada al ver lo que su madre tenía en las rodillas

-¡No, no lo hagas! Estoy segura de que al señor Deacon no le apetecerá ver los viejos recortes.

Le ponía nerviosa la idea de que Adam viera las fotografías antiguas antes de que la lesión en la rodilla le hubiera cambiado la vida por completo. Moderó el tono para decir:

-No debemos aburrirle.

-No estoy aburrido.

Anna le dirigió una mirada fulminante.

-No sabía lo de tu carrera de bailarina -explicó su madre.

-¿Y por qué debería saberlo?

A Anna le tembló la mano cuando posó la taza en la mesa.

Se sentía impaciente consigo misma. Adam Deacon estaba convirtiéndola en una de esas débiles criaturas temblorosas que tanto despreciaba.

-Has preparado una tetera. Bien. Adam, ¿te apetece una taza?

Sin esperar a su respuesta, Beth salió hacia la cocina.

-¿Cuál fue tu lesión?

-Tendón seccionado -se acercó y le quitó el pesado álbum de las manos para apretarlo contra el pecho.

-¿Y quién te operó? -insistió él.

-Sir James Kennedy.

-El mejor.

-¿No lo eras tú? -preguntó con sarcasmo-. Lindy parece creerlo. Me lo acaba de decir hace un rato.

¡Él ni siquiera tenía expresión de culpabilidad!

-¿Cómo está Lindy? -preguntó él con tranquilidad.

-¡Como si tú no lo supieras!

-Si lo supiera, no te lo habría preguntado -dijo frunciendo el ceño.

-Está echando de menos tu divina presencia.

-Puedo entender el antagonismo que sientes hacia la medicina después de tu mala experiencia, pero James Kennedy es el mejor cirujano de rodilla. ¿No tuvo éxito la operación?

-No tengo ningún antagonismo hacia la medicina. ¿Qué es esto? ¿Interés profesional? -emitió una carcajada demasiado aguda-. Lo cierto es que según tu punto de vista habría sido un éxito y si hubiera escogido otra carrera que no hubiera sido la de bailarina no hubiera importado, pero...

-Una tragedia. ¿No es eso lo que dicen los críticos? Una joven y prometedora carrera truncada.

Acababa de leer aquel titular.

-Lo de trágico lo reservo para la muerte, las hambrunas y los desastres -le aseguró ella con estoicismo-. No creo que bailar sea tan importante. Los críticos tienden a la exageración.

-¿Cuando te alaban?

-Yo era buena, pero nunca sabré lo buena que podría haber llegado a ser. Mucha gente que promete, luego no lo consigue. Es irónico que cuanto más entrenado tienes el cuerpo, más vulnerable se vuelve.

-¿No te ha dejado eso algo de amargura?

La miró como si no pudiera creer que se hubiera resignado tanto a su tragedia.

-Podría.

-¿Estás intentando decir que te lo tomaste con filosofía? ¿No te sentiste estafada por la vida?

¿Es que aquel hombre no captaba ninguna indirecta? Se encogió levemente de hombros con un aspecto absurdamente frágil dentro de aquella enorme bata. Pero ella no era frágil. Los años de disciplina habían conseguido que su cuerpo fuera fuerte y grácil; eso no lo había perdido.

-Sentí mis dosis de rabia y lástima por mí misma, pero se pasó. Decidí seguir con la vida. Odio perder el tiempo. Y no tengo intención de ser de esa gente patética que sólo habla de sus años dorados cuando tiene toda la vida por delante. El hecho es que ya no puedo bailar profesionalmente o al menos al nivel que quería hacerlo, pero eso no impide que disfrute de la música.

-Ya lo recuerdo.

El brillo de reminiscencia de sus ojos la hizo agitarse con incomodidad.

-Tú lo desapruebas.

-Desde la distancia lo disfruté.

Esbozó una sonrisa.

-¿Por qué desde la distancia?

Anna estaba excitada por su confesión y fascinada por su sonrisa. Por un momento se olvidó de los sentimientos de su hermana.

-Eres demasiado... inquietante de cerca -admitió con voz ronca casi contra su voluntad.

-Quizá necesites un reto.

Estaba encantada de que la considerara inquietante. Dado el traumático efecto de su intrusión en su vida, le parecía justo que él sufriera alguna incomodidad.

Y no es que se engañara a sí misma con que él se sintiera tan confuso y miserable como ella. Adam tenía su vida limpiamente planeada y en sus planes no había sitio para ella. Eso lo había dejado muy claro.

-¿Qué estás intentando incitarme a que haga?

Su mirada de desdén le produjo un estremecimiento. Adam debía pensar que era una desvergonzada. Y lo era con él, admitió.

-Hablaba por hablar.

-Pues no me parece que estés vestida para la seducción.

-¡Muchas gracias! No hace falta que me recuerden que tengo un aspecto horrible.

-No puedo pelear contigo estando en las condiciones en que estás. Sería como dar una patada a un gatito.

-¡Oh, doctor! Es usted todo consideración. Estoy segura de que Freud podría haber hecho un ensayo entero con tus referencias felinas, pero no tienes que preocuparte por mí. Soy muy capaz de cuidar de mí misma.

-Nunca lo he dudado.

Beth Lacey entró en ese momento con su bonachona sonrisa y dejó la bandeja del té.

-Es tan agradable para Anna tener algo de compañía. Es una enferma muy impaciente.

Anna se puso furiosa cuando vio que Adam intercambiaba una sonrisa de acuerdo con su madre.

-El no ha venido a verme -corrigió a su madre.

-Sólo lo tenías que haber pedido -dijo Adam con otra sonrisa de simpatía.

Anna apretó los labios y le miró con furia.

-Si hubiera querido compañía tengo un montón de amigos para buscarla.

Se sonrojó al comprender lo grosera que había sido.

-¿Te ha contado Adam lo de los ladrones? -preguntó Beth -. Los pilló con las manos en la masa. Era una banda de fuera del pueblo ¿Te hicieron ellos eso en la cara?

Beth miró con preocupación la tirita en un lado de la cara de Adam.

-No, eso fue un gato callejero.

Adam dirigió la vista con malicia hacia Anna y se tocó la piel. Anna tuvo la imagen mental de deslizar la lengua por donde él había deslizado los dedos y tembló con el

esfuerzo por borrar aquella imagen.

-Bueno, creo que fuiste muy valiente al enfrentarte a los asesinos.

Asesinos... Anna tragó saliva al comprender por primera vez que podría haber salido herido. El deseo de protegerle la asaltó con una fuerza sorprendente.

-Más bien estúpido -intervino con acidez-. ¿No hubiera sido más sensato llamar a la policía en vez de actuar de valiente vigilante?

-Tu preocupación por mi bienestar es muy conmovedora. Y sería muy poco realista pretender que una policía saturada de trabajo pudiera vigilar una casa vacía las veinticuatro horas del día. Yo no soy un héroe, Anna.

-¡Qué cruel por tu parte defraudar mis ilusiones! -gimió ella con gesto teatral.

-Anna, si no puedes ser civilizada... -empezó su madre con tono severo-. Ah, sé algo que te animará. ¿A que no sabes a quién encontré en el pueblo?

-Mi madre es una cotilla terrible.

-¡Bobadas! Sólo siento interés, eso es todo -dijo Beth con tono dolido-. Pero si a ti no te interesa...

Anna se dirigió hacia la puerta consciente de la mirada de Adam clavada en ella. ¿Es que él tenía que tener siempre un aspecto perfecto?, pensó resentida.

El sonido del teléfono móvil de Adam le hizo dar un respingo.

-Perdonad -dijo él mientras sacaba el aparato del bolsillo-. Hola. Deacon al habla.

Anna intentó aparentar que no estaba escuchando, pero abandonó las apariencias cuando Adam explotó a los pocos segundos.

-¿Que... han hecho qué? ¿Y para qué diablos iban a hacer eso?

Cerró los ojos y lanzó un gemido mientras Anna miraba a su madre, que estaba tan fascinada como ella.

-No te asustes -Adam tapó el teléfono con la mano y miró a Beth y a Anna-. Nathan y Sam se han encerrado en el cuarto de baño y han inundado la casa.

La expresión de auténtico horror en los ojos de Adam hizo a Anna apretar los labios. Era evidente que no tenía ninguna experiencia con las crisis domésticas. Pero se le escapó una carcajada sorda y Adam la miró con furia.

-Me alegro de que lo encuentres tan divertido -dijo con sarcasmo-. Dos niños medios histéricos encerrados en un baño no son mi idea de una broma divertida -alzó la mano para responder a la persona del otro lado de la línea-. Sí, Kate, ya me has dicho que están llorando.

-Tienes que sacarlos de ahí -comentó Anna.

-Gracias por esa perla de sabiduría.

Anna esperaba que su madre notara lo desagradable que era Adam Deacon. Dirigió una mirada a Beth, pero su madre parecía fascinada con la portada de una revista del corazón.

-¿No pueden llegar al pestillo? De acuerdo, Kate, no hace falta que grites -parpadeó y alejó el receptor un poco-. Parece que al taburete se le ha roto una pata -volvió a hablar por teléfono-. Dile a la abuela que le pagaré la limpieza de la alfombra persa o le compraré una nueva -dijo con tono cada vez más impaciente antes de

volverse hacia Anna-. No pueden cerrar los grifos y la escayola se está cayendo ya del techo.

La mirada de vulnerabilidad que le dirigió le conmovió más que el Adam dominante y capaz al que estaba acostumbrada.

-Diles que quiten el tapón -sugirió ella con pragmatismo.

El sentido común a veces les fallaba a los intelectuales y aquello era un ejemplo perfecto.

Adam se dio una palmada en la frente.

-¿Cómo no se me había ocurrido eso? Ya lo han hecho. Ahora sólo tenemos que sacarlos. Hola, Jake, ¿qué tipo de cierre tiene? Entonces podrías destornillar la cernidura desde fuera. Buen hombre -lanzó un suspiro de alivio mientras escuchaba-. Diles que se calmen. ¿Cómo?

-Hazles que se impliquen -sugirió Anna.

Adam entrecerró los ojos al mirarla y asintió.

-Toma, díselo tú.

De dos pasos se acercó a ella y le pasó el teléfono.

Anna le miró con enfado. ¡Qué típico de los hombres eludir las crisis!

-Hola, soy Anna.

El enfado se le pasó en cuanto escuchó la voz de pánico de la niña al otro lado de la línea. Anna le habló con suavidad a Kate, que empezó a calmarse poco a poco

-Explícales que pronto estarán fuera y cuéntales lo que está haciendo Jake. ¿Les gustaría ayudarle? Bien. Entonces hazles creer que eso es lo que están haciendo. Improvisa un poco. Diles que usen los cepillos de dientes como destornilladores para ayudar a Jake. Sigue hablando con ellos. Bien. Te paso con tu tío.

Estirando el codo, le dio con el instrumento en la boca del estómago.

Adam parpadeó y esbozó una sonrisa ante la mirada de censura de Anna.

-Hola, Kate -asintió varias veces y miró hacia Anna-. Gracias, Anna.

El placer que sintió ella fue desproporcionado. Intentando disimular las mejillas sonrojadas, esperó a que Adam se moviera. Pero no lo hizo. La tenía prácticamente acorralada en una esquina y su cercanía la inquietaba.

Anna perdió el hilo de la conversación. No pudo concentrarse en nada hasta que Adam colgó, se estiró y bajó la vista hacia su cara sofocada y agitada.

-La heroína del momento.

Anna lo miró esperando ver alguna mueca de burla, pero no encontró ninguna.

-Tengo una mente práctica, eso es todo.

-Y un corazón generoso -murmuró él como si acabara de descubrirlo-. Kate te da las gracias.

-Vas a hacer que me sonroje -replicó ella con inseguridad.

-Ya lo estás.

-Pensé que podría enfrentarme a crisis de cualquier tipo -dijo Adam con una mueca de disgusto hacia sí mismo-, pero las de paternidad...

-Has mostrado gran potencial -dijo Anna con tanta intensidad que se ganó una

mirada interrogante.

Su lenta y fija mirada era difícil de soportar. Cuando su madre habló, Anna se dio cuenta de que se había olvidado de que no estaban solos, cosa que agradeció porque estaba más temblorosa que un terremoto.

-Anna es una de esas raras personas que no se ha olvidado de lo que se siente de niño. Ese tipo de empatia es rara.

-Anna es rara.

Por la forma en que la miraba, era como si Adam también se hubiera olvidado de que no estaban solos, pensó Anna con un nudo de emoción en la garganta. Entonces sintió una repentina oleada de debilidad que no tenía nada que ver con la gripe.

-Me alegro de que todo saliera bien -dijo inspirando con fuerza-. Sigue madre. Te estabas muriendo por extender una noticia.

Mirar a su madre evitó que fijara la vista en la forma ni que a Adam se le rizaba suavemente el pelo rubio en la base del cuello. Mala medicina, eso era Adam Deacon.

-¡Simón Morgan ha vuelto!

Anna supo que había puesto cara de caricatura durante casi veinte segundos hasta que se recuperó de la noticia. Miró a Adam con gesto defensivo, pero él le dirigió una sonrisa radiante.

-Me alegro.

-Sabía que te alegrarías -continuó Beth contenta-. Anna y Simón estaban muy unidos en el colegio -le explicó a Adam-. Yo siempre animé a las niñas a tener diferentes amigos e intereses. Mucha gente trata a los gemelos y trillizos como si fueran una sola entidad. Simón se fue a Canadá hace ya cuatro años. ¡Cómo pasa el tiempo!

-¿Ha vuelto toda la familia? -preguntó Anna. Toda la familia... eso significaba Simón, Rachel y el bebé, que ya no sería un bebé.

-Se han separado.

Anna tragó saliva. Podía aceptar que Simón estuviera casado y no disponible, pero saber que la situación era diferente y que estaba en el mismo pueblo requería algún tiempo para la reflexión. ¿Qué sentía ella al respecto?

-Estoy un poco cansada. Creo que me iré a la cama -murmuró sin considerar lo que podrían pensar de su rápida retirada.

Subió las escaleras sin aliento de dos en dos, se arrojó en la cama e inhaló con fuerza mirando al techo. Después de todos aquellos años, Simón había vuelto y sin Rachel.

Simón había sido su mejor amigo desde los ocho años y Anna había creído que lo conocía mejor que nadie, pero no había podido estar más equivocada.

Todavía podía ver su cara sonriente cuando le había confesado la pasión que había sentido por ella durante años. Y para que la injuria fuera más insultante, le había hecho la confesión el mismo día de su boda.

-Sólo que no quise arruinar una preciosa amistad, Anna. Tú no parecías estar nada interesada en mí. Ahora me parece ridículo. Siempre supe que no tenías mucho

tiempo para los amigos con tu dedicación a la danza.

La ironía de la situación había impedido que Anna replicara para no ponerse totalmente en ridículo. ¡Ella había estado loca por él desde hacía años! En ese mismo instante se había jurado no volver a esconder nunca más sus sentimientos para no perder de nuevo la oportunidad de la felicidad. La vida estaba cargada de deseos no contados. Pero a veces se había preguntado... Ahora él había vuelto... ¡Y solo!

Capítulo 4

QUÉ estás haciendo tú aquí? -preguntó Anna con hostilidad ante la invasión de su santuario privado.

-Tu madre me ha mandado con tu té. Te lo olvidaste -dijo Adam con calma dejando la taza en la mesilla antes de mirar a su alrededor con interés.

-No dejes que te entretenga.

-No eres muy ordenada, ¿verdad?

Recogió un delicado sujetador del suelo y lo agitó en su dedo.

-Devuélveme eso -gritó ella intentando alcanzarlo desde la cama.

Adam dio un paso atrás sujetando la tela de encaje fuera de su alcance.

-Se dice por favor.

-¡Vete al infierno!

-Muy poco educada.

-¿Qué te crees...? -empezó a decir con furia cuando Adam se sentó al borde de la cama.

¡Qué descaro tenía aquel hombre! Sintió una oleada de alarma cuando el colchón crujió bajo su peso. La cama y su peso se aliaron en su subconsciente para dar nacimiento a una serie de imágenes conectadas que esperó con ansiedad que no se reflejaran en su cara.

-Cuéntame lo de Simón -dijo Adam de repente enojado por haber fijado la atención en sus labios.

Adam no podía explicarse la animosidad que sentía por aquel hombre al que no conocía. Los amantes de aquella mujer no tenían nada que ver con él.

-No hay nada que contar -dijo ella con frialdad-. ¡Eres un lascivo!

-Seguro -exclamó Adam con gesto irónico-. Deberías haber visto la cara que pusiste ahí abajo. ¿Te dejó él? ¿O no tienes capacidad de durar?

-Para tu información, Simón y yo sólo éramos...

-Buenos amigos -terminó él con sorna-. Nadie sufre tal conmoción al enterarse de que un amigo ha vuelto al país. Si en aquella época mostrabas las emociones tan desnudas ese Simón debió ser muy torpe para no notarlo.

-¡Simón no es torpe! —respondió enfadada ante su aire de superioridad.

-Sólo disponible.

Adam no sintió ningún consuelo ante el sonrojo de culpabilidad de la cara de Anna. ¿Por qué diablos no podía apartarse de Anna Lacey?, se preguntó con enfado. No tenía derecho a estar pensando en ella.

-Siento que tenga dificultades matrimoniales, pero seguro que las resolverán.

Cuando Adam deslizó su dedo por el empeine de su pie, Anna retrocedió con un respingo.

-¡Qué generoso por tu parte!

-No sé a donde quieres llegar preguntándome por mis relaciones.

-Pensé que se trataba sólo de una pura y platónica amistad no contaminada por el espectro del sexo.

-¡No seas infantil!

-Entonces en eso se quedó, ¿verdad? -se burló él recogiendo una muñeca de trapo del pie de la cama-. Sólo te devuelvo el cumplido. Tú mostraste mucho interés por mi vida personal y me parece educado demostrar el mismo por la tuya. Tengo que admitir que te había imaginado con sábanas de seda y lencería transparente, no con una colcha hecha a mano y pijama de franela.

Emitió una grave carcajada.

-¡Es de algodón! -protestó ella herida en su orgullo.

Por mucho que le molestara que la considerara una vampiresa hambrienta de sexo, todavía le molestaba más que pensara que era una desaliñada.

Tomando el comentario como una invitación, Adam le desabrochó el cinturón de la bata y procedió a acariciar el camisón por el borde rozándole la clavícula con los nudillos. Anna sintió un pitido en los oídos cuando la miró intensamente a los ojos.

-¿Cómo está Jessica? -rompió por instinto el hechizo.

La cruda realidad lo conseguía casi siempre, según la experiencia, así gimió de alivio, ¿o era de pesar?, cuando él se estiró.

-Llega esta noche a ver la casa.

La expresión de Adam se hizo fría y distante. ¿Quieres decir que no la ha visto todavía?

-Ella confía en mi juicio -dijo Adam con el ceño fruncido ante su tono de crítica.

Lo cierto era que no tenía idea de cómo reaccionaría Jessica ante el viejo Rectorado. No se parecía en nada al tipo de casa que habían acordado, pero por una vez en su vida, Adam había actuado por instinto.

-Pues me parece que es muy ingenua.

-Ella quiere las mismas cosas que yo -dijo Adam disgustado por su tono defensivo.

-¡Qué dulce por su parte! -se burló ella.

-¿Despecho, Anna?

-Vete. Estoy enferma -murmuró ella volviendo la cabeza para recostarse en la almohada.

Se sentía avergonzada de su comentario ácido, pero no pensaba demostrarlo. De repente, la almohada salió de debajo de su cabeza. Se incorporó indignada para ver a Adam con ella en la mano.

-No te preocupes, no le diré que su futuro marido es un lascivo.

-Tu preocupación es innecesaria. Jessica no se enfada por detalles insignificantes. Después de todo, ¿qué significan unos cuantos besos comparado con lo que tenemos Jessica y yo? -dijo con desdén.

-¿Insignif..?

Inspiró y abrió mucho los ojos antes de alcanzar otra almohada y darle contra la cintura con todas sus fuerzas. Adam lanzó un gemido de sorpresa.

-¡Ya! -gritó cuando le quitó la almohada que tenía en la mano

-¡Eres un bruto! —gritó indignada levantándose de la cama.

Esa vez le apuntó a la cabeza, pero él se ladeó con tino y la sujetó antes de echársela encima de los hombros. Soltando la almohada, Anna empezó a darle puñetazos en la espalda mientras agitaba los pies para golpearle en el vientre.

-¡Suéltame! -gritó con furia.

Adam tenía la respiración acelerada; maldijo y se apartó los pliegues de la bata que le estaban tapando los ojos. Los puñetazos que le estaba dando Anna no tenían nada de inofensivos, así que la tiró sin ceremonias a la cama y se arrodilló a ambos lados de ella acorralándola con las dos manos a los lados de la cabeza.

La rabia se fue desvaneciendo lentamente de la cara de Anna al mirarle. Bajo el enfado había una fiera expresión desnuda. Un lento y seductor letargo le recorrió las venas de forma insidiosa. Con nerviosismo y la respiración jadeante se humedeció los labios resecos. Adam siguió el movimiento de su lengua con la vista y Anna pudo notar cómo se le iluminaban los ojos.

-¿Cómo hemos llegado aquí? -preguntó con voz ronca.

Él no se había movido desde que sus miradas se habían encontrado, pero su mirada se había deslizado a lo largo de su forma tendida.

-Me llamaste... insignificante.

-Bueno, pues eso fue una mentira, ¿no crees? Insignificante es lo último que pensaría nadie de ti –deslizó una mano con delicadeza por una de sus mejillas-. Si las circunstancias fueran diferentes...

Su voz profunda estaba cargada de frustración cuando apartó los dedos de su piel.

-¿Diferentes? -repitió ella extrañada por aquella conversación.

-¡Pero no lo son! -bramó él con las facciones tensas-. Yo tengo responsabilidades, compromisos. No puedo permitirme... -Anna estaba literalmente temblando bajo su cuerpo-. Es un error que te culpe a ti. Tú no puedes remediar ser cómo eres, ser lo que eres... Vas por la vida reaccionando a los estímulos sin tener en cuenta las consecuencias.

Sus palabras la asombraron.

-¿Y qué es lo que soy?

-Eres inconvencional, espontánea, imprevisible y... pecaminosamente sensual.

-¿Y eso es malo? -Anna deslizó los dedos hacia su pelo y los enroscó en su nuca-Llevo deseando hacer esto desde siempre -admitió con peligrosa sinceridad.

Si aquello era reaccionar a los estímulos, desde luego era muy recomendable. Anna sintió cómo se le tensaban los músculos del cuello.

-Tú eres una aventura que hubiera recibido con los brazos abiertos en otra época -susurró él con voz profunda deslizando las manos a lo largo de su cuerpo. Sus labios rozaron la comisura de los de ella.

-¿Antes de que perdieras el sentido de la aventura?

Anna tenía problemas para formular las palabras a esas alturas. Cada fibra de su ser pedía a gritos la atención de aquella boca firme y sensual.

-Ahora, yo tengo una familia -murmuró Adam con tensión antes de reposar la cabeza en el seno de ella-. Se lo debo. La estabilidad...

Alzó entonces la cabeza y no pudo apartar los ojos de la evidencia de la excitación en los senos de ella.

-Jessica -murmuró Anna intentando hacer lo correcto.

-Necesitan una madre, una influencia estable. Ben y Tess eran unos padres fantásticos.

-He oído mucho de lo que ellos necesitan. ¿Qué es lo que necesitas tú? -preguntó con reproche.

-Este tipo de pasión se quema tan rápido como a... - Lanzó un gemido cuando ella deslizó una mano por su muslo. Adam se la capturó y la colocó en el lugar en el que no podía confundir sus necesidades. -¡Te necesito a ti! ¿Es eso lo que querías oír? -preguntó con amargura antes de apartarle la mano-. Pues sí y con la misma locura que un adolescente encaprichado. No hay peor tonto que un viejo tonto, ¿verdad?

-Tú no eres viejo.

El tono de rabia y resentimiento había hecho que Anna se pusiera más sobria. No le extrañaba que creyera que ella era una devoradora de hombres. Ella misma no se reconocía últimamente.

-Pero cuando te miro a ti me siento viejo.

-¡No seas estúpido! -se quejó enfadada. Hablaba de los cimientos de su futuro como si estuvieran fijados en cemento. Era evidente que no debía amar a aquella gélida mujer, si no, no la desearía a ella, razonó Anna. Y casarse por una ridícula idea de la familia perfecta era la receta del desastre. ¿Y qué le importaba a ella que aquel hombre arruinara su vida? La respuesta acudió a su mente y sacudió la cabeza en muda negación. No, no podía estar enamorada de él. Si ni siquiera le caía bien.

Adam deslizó la mano bajo su nuca y la besó con dureza y desesperación en los labios.

-Estúpido no empieza ni a describirme -susurró Adam al levantar la cabeza-. No tenía que haber venido aquí. Tu madre no me pidió que te trajera el té, me ofrecí yo. Quería demostrar que podía estar a solas contigo sin... hacer esto -deslizó la mano de su hombro a su cadera-. O quizá que podía hacer esto y después parar.

Anna estaba asustada por la expresión desenfocada de sus ojos.

-¡Es suficiente, Adam!

Uno de los dos tenía que parar aquella situación.

-Te deseo.

-Eso no es bastante ni para empezar.

Adam cerró los ojos y murmuró algo entre los labios apretados. Después de un momento pareció recuperar el control y rodó de medio lado.

-¿Qué estabas diciendo?

-Estaba diciendo que desearme no basta. Yo no quiero experiencias sexuales vacías y a ti no te gustan las aventuras de una noche. ¿No es eso lo que me dijiste?

Anna se dio la vuelta para ver su mirada turbulenta cuando él le abarcó la barbilla con las dos manos.

-¡Estupendo! Es estupendo por tu parte que pongas cara de insultado, pero se supone que no debe importarme que lo único que quieras de mí sea un revolcón rápido. Ya he oído todo acerca de lo que sufres intentando controlar este deseo primario, pero nadie me ha preguntado lo que siento yo. ¿Y crees que me siento halagada? Sólo porque de repente hayas decidido dejar a un lado tus principios mientras dure, ¿piensas que yo quiero hacer lo mismo? -lanzó un sonido de desdén y enfado-. Sólo porque yo no sea tan estrecha o tan convencional como tú, no quiere decir que no tenga mi sentido de la moralidad.

-No estoy hablando de filosofía, Anna. Lo importante es que sé exactamente lo que sientes cada vez que te toco. ¿O me quieres decir que sólo lo siento yo?

-Estoy intentando decirte que no me dedico a aventuras superficiales y vacías que luego dejan un sabor amargo en la boca. Ni tampoco me acuesto con hombres casados o prometidos.

-¿Y cuándo has formulado esa filosofía? ¿En los últimos sesenta segundos? ¿No es un poco tarde para establecer reglas arbitrarias? ¿O es que te excita poner a los hombre al límite? Ese es un juego peligroso, Anna -le advirtió sombrío.

-Sólo te estoy diciendo la verdad -dijo ella pesarosa-. ¿O es que yo planeé ninguno de nuestros encuentros? Simplemente sucedieron. No puedo cambiar mis ideas sólo porque me hagas sentir...

Se detuvo mordiéndose el labio con angustia.

-¿Cómo te hago sentir?

Ella sacudió la cabeza.

-Cuando comparto mi cuerpo quiero que sea con alguien que esté interesado por mí, no con alguien que sea opuesto a todos mis principios. Al menos estamos de acuerdo en que una atracción sexual no es suficiente para construir una relación. Puede que tú te conformes con algo menos, pero yo no.

Los dos estaban tan ensimismados que no oyeron a Beth hasta que estuvo en mitad de la habitación. Miró a la pareja en la cama, abrió mucho los ojos y se retiró.

-Lo siento mucho, Simón, pero será mejor que vuelvas mañana -dijo-. Anna sigue ocupada con el doctor.

-¡No me había sentido tan humillada en toda mi vida! -gimió Anna saliendo de la cama.

-Sigue ocupada con el doctor -repitió Adam incorporándose. El sonido de su carcajada irónica resonó en la habitación-. Este tipo de encuentro podría traerle problemas a un hombre. Desde luego, tu madre tiene un gran sentido de la ironía.

Anna dejó de retorcerse las manos y lo miró con furia.

-Me alegro mucho de que lo encuentres divertido. ¡Deja de reírte! ¿Qué va a pensar Simón?

La cara de Adam se endureció de golpe.

-Simón, por supuesto. ¿Es por él el repentino arrebato de moralidad que te ha entrado? Supongo que un separado no entra en la zona restringida, ¿verdad?

Anna agarró un alfiler de sombrero de su colección y miró con intensidad la punta antes de mirar a Adam.

-Si no quieres tener la cara arañada para explicarle a tu amorcito, cállate.

¡Qué típico de los hombres racionalizar el rechazo y culparlo a otras causas!, pensó con furia.

-Dios santo. Puede que perdieras la capacidad de bailar, pero tienes el temperamento artístico intacto –vio que Anna tensaba la espalda-. Lo siento, me he pasado.

-No esperaba menos de ti en el poco tiempo que te conozco.

-No suelo ser tan bruto.

-Me siento muy privilegiada.

-He procurado evitar lo que me haces sentir...

-¿Y qué es?

-Hambre -dijo con voz desnuda y apasionada, y Anna se estremeció bajo su ardiente mirada cargada de tanto resentimiento como deseo-. La solución es evidente. ¿Quieres compartirla conmigo? Si alimentamos el hambre desaparecerá con la misma rapidez con que ha surgido.

-Déjame que me aclare. Debería acostarme contigo para que puedas casarte con Jessica, ser la perfecta figura paternal y dejar esta insana locura a tus espaldas.

-Yo no lo hubiera dicho de esa manera.

-¡Apuesto a que no!

-Eres tú la que te enorgulleces de no ir con rodeos. Muchos hombres te hubieran engañado para conseguir lo que querían. He intentado ser sincero contigo. Sé realista, Anna.

-¡Estás loco! -La forma en que la había insultado era increíble.

-Créeme, no me enorgullece admitir mi debilidad. ¡De hecho me hubiera gustado no haber puesto nunca los ojos en ti!

-Y la doncella, conquistada por su romántica declaración, cae rendida a sus pies -recitó ella con sarcasmo—. Tienes una forma muy novedosa de declararte a una chica, Adam. Un diez por la originalidad.

-¿Hubieras preferido que me pusiera patético y sentimental?

-¡Qué Dios no lo permita! ¡Eres el hombre más arrogante e insensible que he conocido en toda mi vida! -jadeó furiosa.

-A mí tampoco me caes muy bien tú, pero no estamos hablando de incompatibilidades innegables. El común denominador entre nosotros parece ser la lujuria pura y simple, y te estás engañando si crees que puedes resistirte.

-¿Te consideras tan irresistible?

-No, te considero a ti.

Anna estaba todavía recuperándose de su chocante despedida cuando regresó su madre. Beth cambió la taza por una humeante y miró a su hija con gesto interrogante.

-Supongo que estarás alucinada.

-¿Alucinada?

-Por haberme pillado besándome con alguien que está prometido a otra.

-Bueno, esa parte no la vi, aunque me lo imaginé.

-Ha sido culpa mía -confesó Anna abatida.

-Según Adam no. Dijo que eras enteramente inocente.

Anna abrió mucho los ojos.

-¿Que Adam dijo qué?

-Que eras la víctima inocente o algo así cuando se disculpó por abusar de mi hospitalidad.

-No me lo creo. ¿Y que le dijiste tú?

Aquel hombre era una fuente continua de sorpresas.

-Le aseguré que mi Anna no sabía lo que era ser una víctima y que por mucho que me gustara proteger a mis hijas, ya se había pasado la edad en que era posible. Pero le dejé muy claro que no miraríamos con buenos ojos a nadie que hiciera daño a ninguna de nuestras hijas.

-¡Oh, mamá! -enterró la cara en el pecho maternal con un sollozo -. No sé lo que hubiera hecho sin ti.

-También le dije que tú eras capaz de decidir a quién querías besar. Siempre os hemos dejado libres para subir a vuestros amigos a vuestras habitaciones y no es momento de empezar a cambiar las reglas ahora.

-Siempre has sido una madre muy liberal -respondió Anna con una débil sonrisa-. No creo que Adam sea tan abierto de mente como tú. Me desea y eso le está destrozando. Acabará odiándome si no me odia ya.

-¿Y qué te está produciendo a ti, cariño?

Anna sacudió la cabeza confundida con sus sentimientos.

-Confío en tu juicio, Anna.

Anna alzó la cabeza y las lágrimas le rodaron por las mejillas.

-Pues yo no estoy segura de confiar en él.

Capítulo 5

CUANDO Adam giró la esquina se encontró con una larga fila de coches.

-Este es el tipo de cosas que creía haber dejado atrás en la ciudad -dijo con impaciencia.

Jessica deslizó una uña roja con suavidad por su brazo y sonrió.

-Pobrecito mío.

Una relación que había consistido en excursiones civilizadas al teatro y al cine y veladas íntimas a solas significaba que Jessica no conocía la parte más difícil de la naturaleza de Adam. Y ella procuraba ocultar su desagrado siempre.

La adolescente del asiento trasero vio el gesto posesivo y sonrió a su hermano mayor. Jake, consciente de que su tío lo estaba mirando por el retrovisor le dirigió una mirada de advertencia. Habían decidido que sería mejor la sutileza que la hostilidad abierta para acabar con la fantasmal Jessie.

Los gemelos eran demasiado pequeños para servir de utilidad, pero Jake y Kate estaban decididos a tirar algunos petardos entre los fuegos artificiales.

-¡Tengo que ir! -anunció una vocecita resuelta.

-Yo también -repitió otra voz idéntica.

Kate y Jake se miraron y dijeron al unísono:

-¡Tienen que ir al servicio, tío Adam!

-¿Y qué puedo hacer yo? -dijo Adam cuando una furgoneta paró tras ellos.

-¡No lo sé! -respondió Jake divertido-. Pero será mejor que lo hagas cuanto antes.

-Tendrán que esperar -anunció Jessica como si con eso acabara el problema-. ¿Son eso cámaras de televisión? -había desviado la vista hacia un grupo de gente que había descargado equipo de televisión de la furgoneta de detrás de ellos-. Será mejor que les busques un servicio, cariño.

-Buena idea, Jessie -dio Jake.

-Jessica -le corrigió Adam mientras su prometida se encogía ante el diminutivo que detestaba.

-Se me escapó.

-Pues no dejes que se te escape más -fue la seca advertencia-. No hace falta que vengáis todos -añadió cuando le siguieron todos los ocupantes del coche.

-No vamos a ayudarte -contestó Kate-. Vamos a averiguar por qué están ahí las cámaras. Como todo el mundo.

Los ocupantes de los coches parados ya estaban avanzando por la carretera.

-Los niños son tan curiosos -sonrió con tolerancia Jessica mientras se miraba al espejo de nuevo.

-Jess... Jessica puede ayudarte con los gemelos, ya que no está interesada -observó Kate antes de colocar una gordezuela mano en la de ella-. No te preocupes. Es sólo chocolate -susurró con dulzura cuando Jessica examinó con mal disimulado

horror la mancha oscura en su falda clara

-Sam no quiere ir con ella -anunció Nathan, de la mano de Adam.

-No, no quiero -corroboró su hermano.

Jessica esbozó una breve sonrisa, pero no evitó que el niño desenroscara los dedos de los de ella.

-¡Pobres pequeños! Todo el trauma que sufrieron debe tener su impacto, pero creo que es un error dejar que la disciplina se resienta.

La expresión de Adam permaneció impasible al darse la vuelta y sorprender a su sobrino haciéndole burla a Jessica a sus espaldas. Sin decir nada, le dio la mano.

Cuando se acercaron un poco vieron a un grupo de unos cincuenta manifestantes con trajes de época.

Toda la plaza del pueblo parecía sacada de una escena de Jane Austin y la multitud de espectadores contemplaba fascinada a las mujeres con vestidos de color pastel de cintura alta que pasaban con sus pancartas al lado de hombres en calzones ajustados y cuellos engolados.

-Hacer que la ciudad se paralice en un día de mercado es típico del comportamiento egoísta de este extravagante grupo que se opone por principio al progreso. ¿Qué hay de los trabajos? -dijo alguien por el micrófono.

Un hombre grueso también había proclamado que no tenía nada que ver con los manifestantes.

Una pequeña figura se adelantó del otro lado de un joven que sujetaba el micrófono.

-¡No necesitamos otro supermercado ni otro aparcamiento! Esas casas son un legado cultural -dijo con ansiedad mirando a la cámara.

La brisa agitó los pliegues de la falda de muselina de color lavanda y ella se sujetó el sombrero de cisne con fuerza. El pecho se le agitaba sobre el vestido de corte alto, hecho que no le pasó desapercibido al cámara.

Si perdía alguno de los disfraces que la sociedad de aficionados al teatro les había prestado y que tenía para su próxima producción: Las Huellas del Conquistador, Anna sería mujer muerta.

-Si estuvieran catalogadas...

-El señor Shaw sabe perfectamente que estamos en proceso de que las incluyan en el catálogo histórico.

-No estamos hablando de las grandes mansiones de Bath, sólo de un triste grupo de pequeñas granjas arruinadas.

Lanzó una carcajada desdeñosa y Anna tuvo que contener el fuerte impulso de darle una patada en la espinilla.

-Dígame, señor Shaw, ¿me equivoco si digo que usted tiene un interés personal en que ese supermercado salga adelante?

-Yo estoy interesado en el bien de este pueblo, jovencita, que es más de lo que pueden decir usted y su grupo de alfareros.

-Lo pregunto -siguió Anna con voz alta y clara que llegaba hasta el otro lado de la

plaza-, porque he oído que el contratista al que se lo han adjudicado es su yerno.

-Mi yerno no es constructor.

La respuesta fue bastante firme, pero la mirada del hombre contenía señales de cautela.

-Y usted hubiera declarado cualquier interés conflictivo, supongo. Su yerno es ejecutivo de la firma constructora que ha conseguido este sustancioso contrato. Usted y él han emprendido negocios juntos, según tengo entendido.

Anna dio un paso atrás contenta. El periodista había grabado lo suficiente como para calentar la sangre. Algo le hizo mirar a la derecha; en el perímetro de su visión, su mirada se detuvo. Alto y rubio, el hombre que permanecía apartado de la multitud hubiera destacado incluso en medio de ella. Llevaba a dos angelicales niños de la mano y la estaba mirando. Sus ojos se encontraron y a Anna pareció parársele el corazón.

La sonrisa se desvaneció presta de su cara y tardó un momento en poder apartar la vista. Respondió a una ansiosa pregunta a su lado con un asentimiento de cabeza.

-Estoy bien -mintió.

-Parecías tan rara. Pensé que ibas a desmayarte -confió Ruth Thomson.

-Me pusieron nerviosa las cámaras.

Lo cierto era que prefería miles de cámaras que los ojos de Adam Deacon. ¿Iba a ser siempre así?, se preguntó con debilidad.

-Bueno, pues no se te notaba. Estabas muy natural.

-Creo que los disfraces de época han sido una idea brillante. ¿Quién hubiera pensado que aparecerían tantas cámaras?

La sonrisa de Anna contenía una sombra de ironía. Después de las horas que se había pasado llamando a los medios, lo extraño hubiera sido que no hubiera aparecido ninguna.

-Parece que el señor Shaw ya ha tenido suficiente.

Anna observó cómo el corpulento hombre avanzaba a codazos y se metía en su limusina oficial con chófer.

El conductor avanzó sin dejar de pitar. La gente se apartaba a un lado del vehículo mientras éste ganaba velocidad. Todo pasó con tal rapidez que Anna no podía recordar la secuencia exacta.

Parecía como si Ruth tuviera suficiente tiempo para apartarse, pero ella sabía que tenía artritis en la cadera y eso la hacía ir lenta. Se lanzó hacia adelante con un grito de advertencia. De alguna manera, quedó entre el coche y la figura de gris y lo siguiente que supo fue que salió disparada hacia adelante. Se salvó la cara del impacto de la carrocería con las manos, pero sus rodillas recibieron la mayor parte del golpe.

Hubo mucho ruido y un frenazo chirriante y el coche paró. Anna ignoró las ansiosas voces de preocupación; en lo único que podía pensar era en el disfraz que había prometido devolver intacto.

-Bien... Estoy bien -dijo zafándose de las manos que se extendieron para ayudarla. El dolor de la rodilla cuando desplazó el peso le quitó el aliento. No, otra vez no, suplicó en silencio.

-Me ha salvado la vida -anunció una voz trémula a su izquierda.

Entonces escuchó la familiar voz de Simón a su lado.

-¿Estás herida?

-Es mi rodilla -susurró.

-Ven, déjame….

-¡No!

El pánico la asaltó cuando él la asió por el hombro.

-Simón, no puedo moverme. Yo...

Apretó los dientes y sintió la garganta seca.

-Cariño, no puedes quedarte así.

-Soy doctor. Déjenme pasar, por favor.

-¡Vete, Adam! -susurró cuando sintió que se arrodillaba a su lado.

Anna no se incorporó de su posición a cuatro patas y mantuvo los ojos cerrados.

-Nunca he visto hacer una estupidez de este calibre -su voz grave y furiosa le quitaron todo deseo de abrir los labios.

-Creo que ha sido muy valiente -la defendió un joven desconocido del otro lado-. Y muy rápida.

-Lo último que ella necesita es que la animen -dijo con sarcasmo mientras a ella se le empañaban los ojos de lágrimas-. ¿Puedes moverte?

Su voz se había vuelto más impersonal. Anna sintió sus manos en la nuca.

-¿Crees que estoy a cuatro patas por gusto? -el sarcasmo terminó con un gemido-. Creo que me he hecho daño en la rodilla, la mala. Me duele muchísimo.

-No creo que gritarle vaya a ayudarla en nada.

La expresión de indignación de Simón dejó claro lo que pensaba del doctor.

Adam se dio la vuelta a mirar al poseedor de aquella voz crítica. Vio a un joven agradable de altura normal, vestido de época, que tenía una mano protectora sobre el hombro de Anna.

-Por Dios, Simón. No ensucies esos pantalones. Ya he arruinado yo un traje.

Anna sintió poca gratitud por su intervención. Miró a los lados y lanzó un gemido cuando Simón plantó la otra rodilla en el suelo.

-¿Lo ve? ¡Le está doliendo!

-Gracias por su valiosa información, pero si se aparta a un lado, podré hacer mi propio diagnóstico.

-Sólo tenemos su palabra de que es médico.

Simón estaba rojo de rabia.

-¡No es sólo un doctor! -intervino Jessica con indignación-. Tengo que informarle que fue el jefe de departamento más joven del hospital. Adam, de verdad no creo que debas involucrarte con esta gente. Ya has oído todo tipo de historias acerca de doctores denunciados por negligencia después de atender en accidentes de carretera. Debes considerar tus intereses, cariño. Estoy segura de que la ambulancia llegará enseguida.

-¡Es el interés de mi paciente lo único que me preocupa en este momento,

Jessica! Haz algo útil. Cuida a los gemelos. Y quite esa maldita cámara de mi cara -añadió con suavidad y una sonrisa tan salvaje que los de la prensa se apartaron.

La novia de Adam se puso pálida ante la reprimenda.

-Sólo estaba ofreciendo mi consejo -su alma de relaciones públicas estaba conmocionada de que nadie pudiera hablar a la prensa de aquella manera-. No lo decía en serio -se disculpó por él.

-Anna, voy a levantarte de esa rodilla.

-Me da miedo moverme -admitió ella avergonzada de su cobardía.

Los recuerdos de lo mucho que le había dolido la rodilla la primera vez la tenían paralizada y con las extremidades temblorosas.

«Debe pensar que soy patética», pensó enfadada mientras se le escapaba un sollozo.

-Ya sé que te duele -dijo él con voz consoladora-, pero estarás mucho más cómoda si desplazas el peso de esa rodilla. Ven, Jake. Sujétala por la cintura mientras le doy la vuelta.

Anna sintió el contacto de unas manos competentes.

-Contaremos hasta tres, Anna.

Ella asintió.

La maniobra se realizó con rapidez y Anna quedó sentada en el suelo para poder ver el mundo desde un ángulo más convencional. Al ver todas las caras fijas en ella, se abrazó instintivamente.

-Me siento como una idiota. ¡Y yo no soy tu paciente!

-¡Un truco de publicidad barato! -gritó una voz fuerte-. Mi chófer no es responsable de ninguna manera.

-¡Deshazte de ese pomposo idiota, Jake!

Adam dirigió una fiera mirada de irritación a sus espaldas.

-Un placer -aceptó encantado el joven poniéndose en pie.

-¿Es tu sobrino? -preguntó Anna cuando Adam apartó los voluminosos pliegues del faldón para destaparle la rodilla.

Adam asintió moviendo la mano sobre su pierna tanteando con delicadeza la zona sensible.

-¿Te duele? -preguntó cuando ella parpadeó.

-No demasiado -admitió ella con sinceridad-. Creo que me asaltó el pánico.

-Es comprensible.

Adam alzó la vista y por primera vez desde el accidente, la miró a los ojos. Anna sintió que le asaltaba una cálida oleada de emoción.

-Siento haberte causado tantos problemas -dijo con suavidad-. Y no denunciaré.

-Jessica estaba sólo...

-¿Mirando por tus intereses?

Adam ignoró su sarcasmo.

-No creo que haya ninguna lesión seria, pero será mejor que te hagan radiografías. Esa sirena parece la de la ambulancia.

-Pensaba conseguir algo de drama, pero no tanto.

-Tu traje de época no alcanzó para los zapatos, como veo -dijo tocándole la deportiva.

Anna se tocó el disfraz arruinado con el ceño fruncido.

-Prometí devolver todo el lote en perfectas condiciones. La Sociedad Teatral de Aficionados estrena el próximo sábado.

-Sería más sensato que te preocuparas por tu rodilla.

-Estoy preocupada.

Adam se fijó en cómo tenía apretado el puño que sujetaba la falda.

-Déjame adivinar. ¿Tu fértil imaginación ya ha estado conjurando imágenes de sillas de ruedas e interesantes cojeras? -Adam notó el estremecimiento de su espina dorsal y le puso su chaqueta sobre los hombros-. No quiero anticiparme a los análisis, pero casi podría asegurar que no hay lesión permanente.

Anna esperaba que Adam desapareciera en cuanto llegara la ambulancia, pero para su sorpresa, anunció su intención de acompañarla hasta el hospital.

-Eso no será necesario -dijo con rigidez.

El pánico la asaltó porque lo que deseaba y con desesperación, era que la acompañara.

-No, no hace falta. Yo iré con Anna -anunció Simón con expresión beligerante.

-Gracias, Simón.

Le sonrió con gratitud. No estaba preparada para estar encerrada con Adam en el confinamiento de una pequeña ambulancia.

-No hace falta que me acompañes. No estoy inconsciente.

-Es una cortesía de la casa -dijo Adam con tensión-. Quizá tu amigo... pueda ser de más utilidad si va a contarle a tus padres lo que ha sucedido -lanzó a Jake, que había vuelto a aparecer, las llaves del coche-. Vuelve al hotel. Te veré allí después.

-Jessie tenía una reunión mañana a primera hora; no se pondrá muy contenta.

-Tendrá que conseguir un billete de tren para volver a la ciudad -dijo Adam con impaciencia-. ¿Dónde está ahora, Kate? -le preguntó a su sobrina que acababa de aparecer con los mellizos.

-Los niños no podía esperar por el retrete. Me temo que le ha superado la vergüenza de que se lo hayan hecho encima y se ha vuelto al Land Rover.

-Demasiado tarde -dijo con gracia uno de los querubines-. No se morirá como mami, ¿verdad?

Tenía los redondos ojos clavados en Anna, ahora tendida en la camilla.

-No -aseguró Adam con calma.

Anna notó como el niño aceptaba su palabra como algo indiscutible con la ternura de su edad.

-Volveré enseguida -le dijo Adam a Kate al ver que se le había escapado una lágrima por el rabillo del ojo-. Iremos a casa de la abuela mañana por la mañana. Haced lo que os diga Jake.

-¿Anna? -insistió Simón resuelto a que no lo dejaran a un lado con tanta

facilidad.

-Estaré bien -aseguró ella sonriendo-. Díselo a mis padres, pero procura no asustarles. No te necesito, Adam.

La voz de Anna sonó con claridad en la brisa mientras la llevaban hacia la ambulancia.

-De momento, estás atrapada conmigo, así que ahórrate las palabras.

-¿Es que nunca escuchas a nadie? -preguntó enfadada-. Y si crees que vas a tratarme tú...

-No tengo más deseos de ser tu médico de los que tienes tú de ser mi paciente.

-Supongo que creerás que debería estar agradecida.

-Nunca he tenido tanta fe en los milagros. Ese es más tu campo, ¿no crees?

-Gracias a Dios que no todos los médicos son unos estrechos arrogantes -siseó Anna cuando se cerró la puerta de la ambulancia.

Kate miró a su hermano con una sonrisa especulativa.

-¿Estás pensando lo mismo que yo?

-Cuando Adam está enfadado siempre es más educado -reflexionó Jake con una expresión de puro placer-. ¿Le oíste con ella? Nunca había visto a nadie que se le metiera bajo la piel de esa manera, ¿verdad?

Kate sacudió la cabeza.

-A Jessica nunca le grita. ¿Viste la cara que puso cuando lo hizo?

-Todos esos modales de pedante educación me dan dolores de cabeza -confió Jake con expresión de desagrado-. ¿Quién es ella? -preguntó con curiosidad.

-Es la chica de los cepillos de dientes sin duda. Le reconocí la voz -Kate esbozó una lenta sonrisa-. Quizá sea la respuesta a nuestras plegarias.

-No pongas muchas esperanzas. Parecía un poco joven para Adam.

Kate le dirigió una mirada de desdén a su hermano.

-Ninguna mujer pensaría nunca que Adam es demasiado viejo para ella. Además, estabas demasiado ocupado mirando a su vestido como para fijarte en su cara. ¡Los hombres sois tan asquerosos!

Jake sonrió con picardía.

-Se supone que para eso se ponen esos vestidos. A mí no me pareció el tipo de Adam. Sigo pensando que es demasiado joven para él.

-Y demasiado mayor para ti -dijo Kate con malicia-. El tío Adam es muy atractivo. Tendrías que oír lo que dicen de él las chicas de mi clase. Sinceramente, Jake, él necesitaba alguien con un poco más de... no lo sé... de espíritu para hacerle reír.

-Pues no se estaba riendo -le recordó su hermano-. De hecho, cuando la pilló ese coche, pensé que iba a matar a alguien, probablemente a ella.

-Tú ya sabes lo que quiero decir -respondió Kate con impaciencia-. El nunca se ríe con Jessie y si lo hace, ella le recuerda que tal comportamiento no es propio de un jefe de departamento de un hospital. ¡Esa mujer es de verdad un dolor de parto! ¿La

oíste decir que los internados daban una educación superior? A nosotros ya no nos importa porque estamos a punto de irnos de casa, pero por el bien de los gemelos, debemos conseguir que Adam se libre de ella.

En aquel asunto, los dos hermanos estuvieron de acuerdo por completo.

Dos horas más tarde, Anna estaba en la sala de espera de urgencias esperando a su padre. Tenía la rodilla inmovilizada con una gruesa venda y dos muletas contra el respaldo de la silla de ruedas. Su disfraz llamaba mucho la atención. Hubiera deseado tener algo con que taparse el escote.

Para su alivio, el diagnóstico de Adam había sido correcto. La inflamación desaparecería con rapidez. Sólo le habían recetado descanso y analgésicos.

-Pensé que te habrías ido a casa.

Sintió un nudo en el estómago cuando Adam apareció a su lado. «Pertenece a otra mujer», se dijo a sí misma con firmeza.

-Tengo un taxi fuera.

-Simón habrá pedido a mi padre que venga a buscarme.

-Mientras te estaban examinando, llamé a tus padres para tranquilizarlos y me ofrecí a llevarte.

-Y no se te ocurrió preguntarme, ¿verdad?

-Sabía que dirías que no, sólo por llevar la contraria.

-Podría ser que no me apeteciera tu compañía -sugirió con suavidad.

¡Si él supiera los efectos que le producía su compañía!

-Sufrir es bueno para el alma, según dicen. De todas formas, agarra las muletas que nos vamos -dijo Adam agachándose para levantarla en brazos.

-¿Qué estás haciendo?

-Pensaba que estaba muy claro -dijo con ella en los brazos.

Lo cierto era que suponía una experiencia nueva e increíble sentir la fuerza de sus brazos bajo su cuerpo. No estaba impotente y no necesitaba consuelo, pero... Adam le dirigió una mirada interrogante y contuvo un suspiro trémulo. Anna cerró los ojos; no quería estropear la experiencia sólo porque fuera una ilusión. Él olía de maravilla, cálido, especioso y... muy masculino.

Cuando llegaron al taxi, Adam le dio la dirección mientras la sentaba en la parte trasera.

-No hay sitio para ti.

-Sí, ¿lo ves? Con las piernas elevadas -dijo posándolas sobre su regazo.

Los analgésicos le estaban empezando a hacer efecto y se sintió un poco adormilada por el bamboleo del coche.

-Tu sobrino, Jake, se parece a ti.

Adam parecía cansado, pensó con una oleada de culpabilidad.

-Sí. Jake se parece a su padre y la gente nos solía encontrar parecidos a los dos hermanos.

-Pensaba que era más pequeño.

-Tiene casi diecinueve años. En otoño se irá a la universidad. El año pasado lo

pasó recorriendo Europa con mochila.

-Parece muy competente.

-Sí, es bastante responsable.

Adam frunció el ceño.

-Es natural, dadas las circunstancias.

Adam asintió. No parecía ser consciente de que le estaba acariciando la rodilla sana con movimientos circulares. Anna hubiera deseado no sentir aquellos cosquilleos por toda la piel.

-Es joven. No quiero que se sienta atado con responsabilidades y a Kate le pasa lo mismo. Los gemelos se han vuelto hacia ella como figura sustitutiva de la madre.

-No dudo que Jessica los descargará bastante -observó Anna neutral-. Ése era el plan, ¿verdad?

No pudo evitar el leve tono de escepticismo. La fría voz perfectamente modulada estaba firmemente grabada en su cerebro.

-Jessica lo intenta con todas sus fuerzas, pero los gemelos pueden ser muy desesperantes a veces.

-Son preciosos -dijo ella con calidez recordando sus caras de querubines

-Ben y Tesa estaban entusiasmados empezando de nuevo con los gemelos.

La débil expresión de tristeza que surcó su cara le contrajo a Anna el pecho.

-Te tienen a ti.

Adam le dirigió una mirada de asombro.

-Yo no estoy hecho para ser padre.

-Ya te he dicho una vez que tienes gran potencial. ¿Lo has olvidado?

-Probablemente no haya olvidado nada de lo que tú me has dicho.

Anna reaccionó ante la inesperada confesión con un alud de palabras.

-Nadie nace siendo padre; es algo que la gente aprende sobre la marcha. Mi madre y mi padre habían desistido de tener hijos cuando llegamos nosotras tres. Estás destinado a cometer errores, así que no seas tan duro contigo mismo.

¿Qué era lo que él estaba intentando decir? ¿Por qué recordaba todo lo que ella le había dicho? ¿Podría ser que el impacto que le había causado no fuera tan superficial como él creía?

«Vuelve a la realidad, Anna», se dijo con brutalidad. «Él sólo desea tu cuerpo».

-Eres la última persona en el mundo de la que hubiera esperado ese juicio tan brillante -dijo mirándola con una extraña expresión.

-Ser padre es un trabajo de aficionados. Tu problema es que eres demasiado perfeccionista.

-¿No te sentirías tú un poco preocupada por la perspectiva?

-Nunca he pensado mucho en eso.

-Supongo que nunca habrás pensado mucho en nada -curvó las comisuras de los labios con gesto de desaprobación-. Mira el caos de esta tarde.

-Tienes que saber que en ese caos hubo mucha planificación -contestó enfadada- Y me alegro mucho de cómo salieron las cosas. Excepto por esto.

Deslizó la mirada hacia la venda.

-¿Quieres decir que eso no fue también deliberado?

-Debes pensar que soy una absoluta estúpida -alzó la voz con indignación-. ¡Como si a mí me gustara ese tipo de truco! Cuando estás luchando contra el sistema tienes que pensar cosas que llamen la atención de la gente. Me gustaría que fuera más fácil despertar la conciencia pública.

-Ahórrame los sermones -se inclinó hacia adelante y le puso el dedo en los labios entreabiertos-. ¿Qué ha pasado con tu sentido del humor? Sólo estaba bromeando.

Intensamente consciente de la impresión que su dedo había dejado en su boca, Anna lo miró con sospecha.

-Mi sentido del humor está bien, gracias. Lo que me deja sin habla es el hecho de que tú lo tengas.

-Nunca había conocido a nadie con tanta energía, mental y física —su admiración la desequilibró-. Eres una defensora de causas perdidas.

-Me gusta ganar de vez en cuando.

-¿Aquel era tu Simón? -Adam cambió bruscamente de tema-. Es un perdedor.

-Simón no es ningún perdedor -lo defendió ella con ojos fulminantes-. Tú no lo conoces y tampoco es mío.

-Me dejó venir contigo al hospital, ¿verdad? -preguntó con expresión de desdén-. Conozco a los de su tipo. Se basan en su aspecto juvenil y en esa mirada de impotencia para despertar el instinto maternal de las mujeres.

-Yo no siento nada maternal en lo que a Simón respecta.

El ardor de la mirada furiosa de Adam era satisfactorio.

-O sea que te aferras a la historia de los buenos amigos.

-Conozco a Simón de toda la vida y valoro su amistad. Es amable, estable y no suele hacer juicios precipitados. Sólo porque no sea un cerdo arrogante con un ego súper inflado...

El resto de su frase quedó perdida en el calor de la boca de Adam, que se inclinó y la besó en mitad de los labios.

-Él nunca hubiera soñado en hacer nada tan despreciable -dijo Adam con voz ronca al levantar la cara de la de ella. Se le ocurrió que no mucho tiempo atrás, él mismo podría haber reclamado esa actitud. -Mantenerte a raya se me está escapando de las manos -admitió con amargura.

Los párpados de Anna cayeron con pesadez al intentar mirarlo.

-No, no creo que Simón lo hiciera -dijo con la voz quebrada y el labio tembloroso-. Mi hermana está enamorada de ti.

«Tendré que hacer algo con respecto a este problema de comunicación entre mi boca y mi cerebro», pensó pesarosa.

-¿Cuál de ellas?

Adam le acarició la mejilla con el pulgar.

-No te hagas el listo.

Siguió luchando con todas sus fuerzas contra el poder hipnótico de su mirada.

No iba a dejar que se riera de aquello.

Pero Adam emitió una carcajada con toda su alma.

-No es ninguna broma. Me sorprende que no la entrevistaras para el puesto de esposa y madre; es mucho mejor pieza que Jessica.

-Me halaga que pienses que podría estar interesada, pero Rosalind y yo tenemos una relación estrictamente profesional. Y si hubiera habido algo, yo lo hubiera notado.

-¿Y cómo puedes estar tan seguro?

-¿Ha dicho Lindy que estaba enamorada de mí?

-No, pero...

-¿Qué fue lo que dijo?

-Dijo que te echaba de menos y que estaba teniendo problemas para adaptarse a su nuevo jefe.

-¿Y cómo se puede traducir eso en una confesión de amor?

-Lindy es muy templada y no suele mostrar sus emociones.

-Al contrario que tú -murmuró con sequedad-. Escucha, Lindy es estupenda en su trabajo. Se tarda tiempo en adaptarse a los cambios y quizá Lindy se resista al principio. Es posible que me haya tomado como un jefe modélico -encogió los hombros con desdén-. Tendré que hablar con Steven...

Anna sintió una oleada de alivio.

-No, no interfieras. Lindy es muy independiente. ¿Crees de verdad que ese es el problema?

Había sido bastante horrible sentir celos de su hermana y disgustarse consigo misma por hacerlo. Le daba vergüenza admitir que los celos habían sido la emoción más fuerte entre las dos.

-Yo también sentí una fuerte influencia de alguien en mis primeros tiempos. Si no hubiera sido por su ánimo, hubiera abandonado la medicina muy pronto. Angus Montford fue un maestro y un buen amigo.

-¿Lo fue? -susurró ella con suavidad.

Había una tristeza en la expresión de Adam que la conmovió profundamente. Deseaba creer en su explicación. No quería pensar que su hermana estuviera sufriendo tanto como ella.

-Angus murió hace tres años. Jessica es su hijastra.

Una sensación de impotencia asaltó a Anna. La hijastra de un hombre al que Adam admiraba. Nunca la dejaría por una pasión que sólo contemplaba como locura transitoria.

-¿La conoces desde hace mucho entonces?

-Lo cierto es que no la conocí hasta el funeral. Estaba desolada.

-Y tú la consolaste -Ana se sintió enferma al pensar en la forma de consuelo que habría surgido-. Es raro que no la hubieras conocido antes, si era una hija tan devota.

-No hay nada de raro en ello -explicó Adam con expresión tensa-. En aquel momento, ella era la única persona que había conocido bien a Angus y lo echaba de menos.

-Quizá yo haya sacado conclusiones precipitadas. Estoy segura de que Lindy tiene más sentido común, interesarse por alguien que está ya comprometido. No suele ser la fórmula de la felicidad.

-Muy sutil. Pero no hace falta sutileza a estas alturas de nuestra relación, Anna. No hay duda de eso. Si Lindy ha perdido el corazón, no ha sido por mí. Un hombre siempre sabe cuando una mujer está enamorada de él.

-¿Tú crees?

¿Estaría intentando decirle que sabía lo de ella?

-Yo sé que no amas a tu Simón.

Anna lanzó un suspiro de alivio que se ahogó por una oleada de rabia.

-¡Y también sabes que no amas a tu Jessica!

Le agarró la mano y la apartó de su mejilla. Si él se metía en terrenos pantanosos, ella también podía hacerlo.

-A Jessica le importo lo suficiente como para rechazar una oferta de trabajo en Nueva York, un trabajo que siempre había deseado. Cuando la necesité, la tuve a mi lado.

-Y estás demostrando lo agradecido que estás haciéndome el amor a mí.

Se atragantó con la mano de él apresada todavía entre las suyas, mucho más pequeñas.

-¿No crees que eso mismo me lo he dicho muchas veces? Por Dios bendito, Anna, ¿tienes una idea de lo que pasé cuando te vi bajo ese coche? Sé que es una locura sentir esto -gimió abarcándole la cara con la mano.

Anna sintió un nudo de emoción en la garganta.

-No quiero las sobras, Adam.

-¿Pretendes que rechace a Jessica después de los sacrificios que ha hecho por mí y por los niños?

-¡No espero nada de ti salvo que me dejes en paz!

No fue de extrañar que el resto del trayecto lo hicieran en total silencio. Al llegar a casa de los padres de Anna, una mirada a su perfil la silenció cuando Adam volvió a levantarla en brazos para llevarla a la granja.

Sus padres la recibieron con tanta calidez que sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

-No te puedes imaginar la cantidad de gente que ha estado llamando para preguntar por ti. Eres la heroína local -dijo su madre.

-Espero que se pase pronto.

-Pensaba que querías publicidad -dijo Adam con incredulidad ante su mueca de desagrado.

-Eso es, ponía aquí, hijo -dirigió Charles Lacey a Adam hacia el sofá-. Acabamos de veros a los dos en las noticias locales. Bueno, sobre todo a Anna. Siéntate aquí. Te estamos muy agradecidos por la ayuda.

-No puedo quedarme. Me espera el taxi ahí fuera y he dejado a mi prometida al cargo de mis sobrinos toda la tarde. Ya es hora de incorporarse al trabajo.

-¿Os habéis quedado todos en la Rectoría? -preguntó Beth después de asegurarse de que la herida de su hija no era grave.

-En un hotel. La casa está inhabitable de momento -lo que no añadió fueron las críticas de Jessica-. Los albañiles entran la próxima semana, aunque por suerte, las estructuras están intactas. Cuanto antes podamos entrar a vivir, mejor. Los niños están en casa de mi madre de momento, pero ella no es joven. Es sólo una solución temporal.

Beth asintió con simpatía.

-Bueno, gracias por dedicarle tu tiempo a Anna. Nos lo dijo Simón -intercambió una rápida mirada con su marido que le dejó a Anna inquieta-. Acaba de irse hace un momento. Por fin le convencimos de que se fuera a casa. Pensé que sería lo mejor. A Anna no le gusta que le agobien. Se pone bastante... antipática -prosiguió su madre ignorando el sonido de protesta de su hija-. Pero quizá ya te hayas dado cuenta de eso.

Adam no comentó nada con prudencia.

-Buenas noches, señor, señora Lacey.

Charles le estrechó la mano con vigor.

-Gracias, Adam, querido -dijo Beth con calidez.

Miró con intensidad a su hija para que recordara sus modales.

-Gracias -masculló Anna a regañadientes.

Para su sorpresa, Adam se inclinó con la mano en el respaldo del sofá y le rozó la frente con los labios.

-No te acostumbres a tirarte delante de las ruedas de los coches, ¿de acuerdo?

-No tendría yo muchas esperanzas -oyó a su padre decir mientras salían todos al recibidor-. Ese ha sido siempre el problema de Anna, que nunca piensa antes de actuar.

«Desde luego, me he superado a mí misma», pensó Anna con desmayo. «Esta vez me he enamorado y por mucho que lo piense, el mal ya está hecho».

Capítulo 6

DESPUÉS de dos días de arrastrarse con muletas, Anna estaba a punto de gritar de frustración.

-¿Es sólo la pierna lo que te ha vuelto tan desagradable? -preguntó su madre después de sufrir otro de los arrebatos de su hija-. ¿O es sólo la excusa conveniente?

-¿Qué quieres decir?

Anna sabía que estaba siendo imposible y se sentía culpable por ello, pero no podía evitarlo.

-¿Adam Deacon?

Beth miró con ojos cargados de simpatía hacia su hija, que se había sonrojado con violencia antes de ponerse pálida.

-Adam Deacon no tiene nada que ver conmigo.

Por la expresión de su madre, Anna podría haber negado que sus ojos eran marrones y le hubiera hecho el mismo caso. Beth esbozó una sonrisa y se sacudió la harina de las manos en el mandil.

-Si tú lo dices, cariño. Siempre creí que eras más luchadora.

-¿Luchadora? Por si te has olvidado, madre, Adam es un hombre casi casado.

Tuvo que apretar los dientes para contener un gemido de frustración.

-Casi.

-¡Madre!

-A veces el destino tiene una sincronización fatal, hija.

-¿De verdad que es tan evidente? -preguntó Anna abandonando las apariencias.

-Para él quizá no. ¿He dicho algo raro? -preguntó cuando Anna empezó a temblar con una carcajada histérica.

-Eso es exactamente lo que Adam debió pensar cuando me conoció. Y no le he dado muchos motivos para cambiar de opinión.

Esa tarde, Simón la llevó en coche al pequeño consultorio que tenía alquilado en el pueblo. Al menos podría poner al día con el papeleo, ya que había tenido que cancelar todas las citas de la semana.

Cuando recogió lo que había ido a buscar, lo encontró examinando la sala con curiosidad. Anna se había hecho una pequeña pero creciente clientela, y los médicos locales le enviaban a pacientes que podían beneficiarse de su tratamiento.

-Ya veo que estás enganchada a la música -observó Simón al ver los altavoces empotrados en varias paredes.

-La música y el ambiente correcto son muy importantes -explicó ella con una sonrisa.

-Podría probarlo -dijo Simón flexionando los hombros.

-A ti te lo haría en la casa.

Aquel nuevo Simón no tenía nada que ver con el chico desenfadado y natural de su juventud. Pero ya no era un chico, recordó.

-Será mejor que nos vayamos.

La forma en que la estaba mirando le hacía sentirse incómoda. Y pensar que en otra época hubiera dado el mundo porque Simón la mirara de aquella manera. Con un suspiro empezó a bajar con cuidado los escalones de piedra. Simón la sujetaba por el codo sin dejar de darle consejos y sermoneándola constantemente para que tuviera cuidado. Anna no recibió su preocupación con gratitud. Sólo sentía cada vez más irritación.

-¡Eh, hola! -por un momento, los ojos verdes paralizaron a Anna-. No sé si te acuerdas de nosotros.

-Sí, por supuesto -dijo buscando con la mirada algún rastro de Adam sin encontrarlo-. Este es Simón.

Jake asintió con naturalidad en la dirección de su acompañante, pero sin apartar la atención de Anna. Pero a ella no le ofendió su evidente curiosidad. Había algo muy conmovedor en aquel chico.

-Me llamo Jake -extendió la mano y se rió al ver que ella no tenía ninguna libre-. Estos son Sam y Nathan.

Anna no pestañeó ante la mirada fija de dos pares idénticos de ojos. La única forma de diferenciarlos era una mancha en la camiseta de Nathan.

-Hola, chicos.

-Tío Adam dijo que no te morirías.

-Él es doctor. Arregla a la gente -añadió su gemelo.

-Adam ha ido a la escuela local con Kate -explicó Jake-. Nos sobra una hora libre o así. Pensé en explorar el pueblo, pero estos dos necesitan comer y beber cada veinte minutos más o menos. ¿Sabes dónde venden helados?

Aunque era muy capaz de cuidar de su hermanos, Jake sabía cómo utilizar un poco de inutilidad masculina. Como asesorados, los dos gemelos empezaron a gritar:

-¡Helado! ¡Helado!

-Os diré una cosa. ¿Por qué no os enseño donde están los cafés? Preparan unos helados de chocolate para morir.

La mirada de gratitud de Jake le hizo alegrarse de haberse ofrecido. Se preguntó si Adam habría tenido alguna vez aquella ingenua expresión abierta en su mirada.

-No queremos helado -anunció Sam clavando los talones en el suelo.

-Ella ha dicho que estaban para morir -fue el susurrante comentario.

-Lo siento -dijo Anna a Jake.

-No te preocupes. Están en fase literal. La muerte está siendo una palabra tabú en este momento -explicó-. Ella sólo quería decir que el helado es excelente. Es bastante seguro; nadie se va a morir. Anna vendrá con nosotros -añadió a sus medio convencidos hermanos-. ¿Vendrás?

Hubiera hecho falta un corazón más duro que el de Anna para resistirse.

-¿Simón?

-Yo tengo que volver, cariño -dijo fastidiado por el giro de los acontecimientos-. Te recogeré dentro de una hora.

-No tienes por qué hacerlo.

Ya estaba empezando a fastidiarle aquella falta de independencia.

-No es ninguna molestia.

Anna le ofreció la mejilla cuando se inclinó para besarla, pero Simón la besó en la boca. Se dio la vuelta para encontrar a Jake observándola con una expresión de desaprobación tan parecida a la de su tío que le hizo sonrojarse.

Diez minutos más tarde, cuando todos estaban felizmente instalados en uno de los salones de té, Anna se permitió una de las copas gigantes de helado.

-Tienes un poco de helado en la nariz -dijo Jake con un tono de disculpa.

-Gracias -dijo Anna mientras se lo quitaba con la punta de la servilleta.

-Mejor -aprobó cuando ella le ofreció la cara para que la inspeccionara-. Cuando Jessie vea a este par, seguro que se desmaya.

Miró a sus sucios hermanos con ojos tolerantes.

-¿Está aquí también? -preguntó Anna incapaz de contener el tono de desmayo de su voz.

-No deja a Adam ni a sol ni a sombra -dijo con amargura.

-A la gente le gusta estar junta cuando está enamorada.

Considerando lo carcomida que estaba por los celos, se hubiera dado a sí misma un diez en generosidad.

-¡Enamorada! Tío Adam no está enamorado de ella.

-No creo que a Adam le guste saber que estás hablando de esto conmigo -dijo Anna incómoda.

-Es que me siento responsable. Si no fuera por haberse visto cargado con nosotros, no creo que...

La angustia de la cara del joven provocó un fruncimiento de preocupación en la cara de Anna.

-No debes pensar así -dijo con todo su corazón-. Tu tío Adam es bastante capaz de tomar sus propias decisiones.

¡Incluso aunque sean equivocadas!, añadió en silencio.

-Tú no conoces a Jessica. Se aprovechó de sus dudas de poder darnos un hogar decente y empezó a jugar a atendernos y preocuparse por nosotros. Mamá siempre decía que era la más tenaz de todas -reflexionó con amargura-. Para resumir, tío Adam tuvo una amarga desilusión en la escuela de medicina. No me lo puedo imaginar, pero Adam estaba completamente subyugado por la chica, mujer más exactamente. Se negó a creer a sus amigos cuando le dijeron que sólo estaba jugando con él. Y acabó completamente cínico acerca de cualquier relación. Supongo que no habrá sido un monje, pero todas las mujeres con las que ha estado eran como Jessica, autosuficientes, invulnerables y sobre todo vacías y superficiales.

Anna inspiró con fuerza.

-No creo que debas contarme nada de esto -dijo con ansiedad cubriéndole una mano con la de ella.

La idea de un Adam joven y vulnerable era difícil de asimilar.

-Lo siento, pero a veces es más fácil hablar con una parte desinteresada -Anna sintió que la culpabilidad estaba escrita por toda su cara, porque había estado digiriendo con avidez cada pizca de información-. Y tienes razón, no tengo derecho a descargar contigo.

-No es eso -empezó ella.

Sus palabras quedaron cortadas cuando los dos gemelos consiguieron derramar las bebidas al mismo tiempo en una maniobra que pareció planeada. Se rieron cuando el líquido manchó el mantel blanco. Un par de zapatos de piel muy brillantes aparecieron entre el charco que crecía sin cesar a sus pies.

-Así que aquí estáis.

La fría mirada de Adam captó todo el desastre antes de posarse en las manos de Anna y Jake entrelazadas sobre la mesa.

-Llevamos buscándoos horas. Creo que deberíais mostrar más consideración.

Anna consiguió apartar la mirada de Adam para ver las facciones que acompañaban a la blanda voz. Una voz que conseguía implicar crítica sin una sola alteración de su naturaleza fría.

Las facciones eran las adecuadas para la voz: nada estaba fuera de lugar, nada rompía la envidiable simetría, pero tampoco había nada notable en la cara de la otra mujer. La belleza podía ser insípida y allí tenía a un ejemplo viviente, decidió Anna sin compasión mientras deslizaba la mirada por la esbelta figura impecablemente vestida. Allí tenía a alguien que nunca avergonzaría a Adam con muestras de espontaneidad.

-La verdad es que sólo han sido cinco minutos -corrigió Kate mirando a su reloj antes de salir de detrás de su tío-. Hola -saludó a Anna-. ¿Está mejor tu pierna? No llegué a darte las gracias por ayudarnos por teléfono. Este es un pueblo muy pequeño y ya les dije que estarían comiendo. Siempre están comiendo.

Se agachó hacia sus hermanos pequeños y empezó a limpiar el desastre en silencio.

-Ya es hora de que nos vayamos, querido, si queremos llegar a casa de tu madre esta tarde.

-Siento el desastre -se disculpó Anna conteniendo un estremecimiento al mirar a los gemelos-. El helado fue invitación mía. Es asombroso lo lejos que pueden llegar a derramarlo -añadió con asombro.

-¿Es de verdad Hope Lacey hermana tuya? -la incredulidad de Jessica era insultante-. Cuando Adam me lo dijo no podía creerlo. No tenéis la misma afinidad con la cámara, ¿verdad? -emitió una leve carcajada-. Te vi en las noticias.

Era grosero, pero Anna estaba acostumbrada a aquel comentario.

-¿No son los genes una cosa muy peculiar? Y te recuerdo, que no tenía uno de mis mejores días.

-¿Podrías conseguirme un autógrafo? Lacey esta fuera de nuestro mundo -intervino Jake con un guiño a Anna-. Y no sé cómo estarás en tus mejores días, pero la cámara sacó excelentes tomas de tu escote.

-Le diré que te dedique un mensaje muy personal -dijo Anna devolviéndole el guiño agradecida por su juvenil defensa.

-Espero que ya esté totalmente recuperada, señorita Lacey -dijo sin ninguna calidez Jessica.

Anna estiró la pierna vendada delante de ella.

-Me lo quitarán la próxima semana. Espero que el incidente no le haya causado una mala opinión de nuestro pueblo, señorita...

-Talbot. Jessica Talbot. Llámame Jessica. He oído hablar tanto de ti que es como si ya te conociera bien.

-Jessica -repitió obediente Anna con dolor en las mandíbulas de mantener la sonrisa forzada-. Normalmente es un pueblo muy tranquilo.

-Me sentí muy impresionada Anna, por tu pequeña actuación. Yo también estoy metida en las relaciones públicas.

-La próxima vez que necesite despertar la conciencia social, te pediré consejo.

-¿Entonces, sueles hacer ese tipo de cosas a menudo?

La carcajada de Jessica contenía un indiscutible tono de burla. Anna pensó si se referiría sólo a la manifestación.

-Si vuelvo a sacar mi pancarta, Adam me gritará.

-Con suficiente cuerda, te ahorcarás sola uno de estos día, Anna.

Sam, sintiendo, aunque no lo entendía, la nota de crítica en la voz de su tío, trepó al regazo de Anna.

-A mí me caes bien.

-Y a mí tú, Sam -respondió ella con calidez revolviendo el pelo del niño. Su gemelo apoyó la cabeza en el regazo y sonrió-. Si no hubiera sido por vosotros dos, no hubiera podido devorar un helado gigante.

-¿No es sorprendente, tío Adam? -intervino Kate-. Anna sabe distinguir a los gemelos ya. Algunas personas no lo consiguen nunca.

Miró con inocencia a Jessica y Anna casi empezó a sentir lástima de la mujer.

-He estado intentando implantar algunos conceptos básicos en lo referente a la nutrición, pero una extraña no tiene por qué saberlo...

El comentario fue acompañado de una cínica sonrisa de comprensión que borró la lástima del corazón de Anna.

-Las frutas prohibidas ejercen siempre una fascinación fatal en los niños -comentó Anna con la misma dulzura.

-Algunos adultos tienen el mismo problema.

No había nada ambiguo en el mensaje de que se mantuviera alejada de su fruta.

Anna apretó los dedos y entonces se dio cuenta de que seguía sujetando la mano de Jake. La soltó avergonzada.

-¿Cómo sabías que era golosa, Jessica? -preguntó Jake con una sonrisa.

¡Bien por el muchacho!

-¿Cómo os fue en la escuela? -preguntó Anna para volver a temas más civilizados.

-Las escuelas locales no valen mucho. Tendremos que ampliar nuestros horizontes -habló Jessica con desdén.

-Yo he ido a la escuela local.

Anna ya estaba harta del desdén de la otra mujer.

-Y has acabado en algún tipo de medicina alternativa, según creo -su expresión dejaba muy claro lo bajo que estaba para ella en la escala de la evolución local-. No creo... y aquí estoy hablando por Adam...

-Yo también lo haría. No parece muy articulado hoy.- murmuró Anna

-No querríamos algo así para los niños -continuó Jessica-. El otro día me estaba diciendo lo absurdo que le parece todo ese asunto alternativo, por no decir peligroso.

-Yo prefiero el término complementario -defendió Anna con tensión dirigiendo una mirada asesina a Adam-. Y creo que no es obligatorio que pienses por ti mismo en

la escuela local, pero te animan a hacerlo.

Su enfado había llegado ya al límite y le estaba costando mantener la lengua atada. Menos mal que Adam decidió que era hora de irse o habría descubierto lo contenida que había estado hasta ese momento.

Las manos gordezuelas se engancharon a ella para despedirse. Los gemelos siguieron obedientes a Adam que, aparte de un cortés gesto con la cabeza, apenas había reconocido su presencia. Anna se metió al cuarto de baño para recuperar la compostura mientras esperaba a Simón.

-¡Vaya lo que has tardado! -gruñó Adam. Toda su contención se derramó en un segundo.

-Tardo lo que me apetece. Aunque si hubiera sabido que estabas esperándome, naturalmente habría salido corriendo.

-No te hagas la inocente, Anna. ¿Qué es exactamente lo que pretendes?

-Dame alguna pista, porque no tengo la menor idea de lo que estás hablando.

-Estoy hablando de hacer la pelota a mi sobrino, a mi familia -bramó con expresión de odio-. Intentando excluir a Jessica.

-¿Hacer la pelota? -la rabia asomó a sus ojos brillantes mientras se ponía rígida-. Yo sólo estaba siendo amistosa. No tengo ningún plan siniestro tras mis actos. Si a ellos no les cae bien Jessica, no es mi culpa.

Adam esbozó un gesto de escepticismo.

-¿Y supongo que tampoco le estabas dando la mano? La gente dice que se parece a mí.

-¿Quieres decir que ya que no te tengo a ti, me conformo con una versión más joven? Desde luego tienes una opinión muy inflada de tus encantos, Adam Deacon. Jake parece un chico sensible y cálido, un hecho que me impacta más que un superficial parecido físico. ¡Y para tu información, yo no seduzco a los chicos jóvenes! No será que estabas celoso, ¿verdad?

-Jake es un hombre joven, no un chico. Un joven impresionable

-¿Y que se supone que debo hacer? ¿Cruzar de acera cuando lo vea para ahorrarle mi encanto fatal? Sólo porque tú te pusieras en ridículo a su edad no quiere decir que él sea tan inmaduro...

Se detuvo con expresión horrorizada.

-Lo único que tenías que hacer era preguntar. No había necesidad de sonsacar a Jake.

-¡Yo no he estado sonsacando a Jake! Me cae bien Jake. Además, sólo era una deducción lógica. Un hombre de tu edad que no esté casado o comprometido o es homosexual, lo que tú no eres...

-Me alegro de oír eso -dijo él con sequedad.

-O ha sufrido una desilusión que le ha hecho tener miedo del compromiso. O bien eres un ser vacío y egoísta. Yo pensaría que lo último, pero por tu reacción, estás herido emocionalmente -puso una dramática falsa voz de simpatía-. ¡Pobre viejo Adam! Es un alma sensible realmente. ¿No fue el padre de Jessica el que impidió que te

retiraras en el momento crucial? Porque si no lo hubiera hecho, tú serías el raro ahora, no yo. ¡Hubiera sido una lástima que el sistema hubiera perdido a una de sus cabezas!

«¡Dios, qué malévola estoy siendo!», pensó horrorizada. Ante cualquier otra persona hubiera retirado sus palabras, pero no ante Adam.

-Me sorprende que hayas sobrevivido tanto tiempo sin que te hayan estrangulado -Anna encontró su rabia mucho más inquietante por no alzar la voz-. Deja de producir ondas, Anna. Deja a mi familia fuera de esto.

-Como ya te he dicho, no es culpa mía que a ellos no les caiga bien Jessica -contestó obstinada con una sonrisa provocadora.

Cuanto antes se enterara Adam de que no pensaba permitir que la dejara moralmente a la altura del betún, mejor.

-Esto no es un concurso de popularidad -la defendió él-. Los niños a menudo se resienten de la disciplina.

-No cuando las restricciones y prohibiciones son originadas por el amor.

Se negaba a que le silenciara la frustración que leía en sus ojos. Su percepción de la situación estaba equivocada, ¿es que no lo veía? Jessica no disfrutaba de la compañía de los niños.

-¿Por qué no puedes admitir que estás equivocado, Adam?

Adam colocó las manos en la fina columna de su cuello apenas rozándole la piel. Fue suficiente para enviar una corriente de advertencia a todas sus terminaciones nerviosas.

Anna pudo notar un leve empañamiento de sudor en su frente cuando sus dedos se deslizaron por su espalda para atraerla hacia sí. Las muletas cayeron al suelo sin que ninguno de los dos lo notara.

El calor de su aliento contra sus labios, el especioso aroma masculino, tiraron sus defensas por tierra. El primer contacto fue breve, un ligero roce en la comisura de los labios, el segundo, un leve tirón de su labio inferior. Un sonido de protesta escapó de los labios de Anna, pero no por la caricia, sino por la frustración y la tortura.

-Adam, yo...

Él respondió a su súplica quebrada con un estremecido gemido y cubrió sus labios con fuerza antes de sumergirse sin contención en los húmedos y oscuros huecos de su boca con una ferocidad que la cargó de profundo deleite.

El placer se acabó demasiado pronto.

Recogiendo las muletas que él había alcanzado para ella, Anna no se atrevió a alzar la vista para no ver la expresión de disgusto contra sí mismo que siempre aparecía después de aquellos momentos.

¡Y encima la había besado a la luz del día! Dios sabía cuanta gente los habría visto. Se estremeció al pensarlo.

-¿Estás bien?

Ella alzó la cabeza.

-¡No, no estoy bien! ¡Estúpido, estúpido hombre! ¡Vaya pregunta! - ¿Es que no sabía la agonía que era para ella estar sólo en su compañía?

Adam se pasó los dedos por el pelo rubio.

-Sería mucho más simple si mintieras, al menos una sola vez.

-Vete -rogó con debilidad-. Vete a reñir a tu novia, no a mí. No fue precisamente educada. ¿O es que no te diste cuenta?

Jessica Talbot era una cretina de primera categoría, pero Adam parecía ciego.

-Teniendo en cuenta las circunstancias, se contuvo bastante.

-¿Qué circunstancias?

-Le hablé de ti.

-Eso ya lo noté, pero supongo que hay más, ¿verdad?

-Le dije que me atraías... y mucho. Y que aquel sentimiento era mutuo.

Anna lo miró con la boca abierta de incredulidad.

-¡Hablaste... hablaste de mí con ella!

Se sentía humillada ante la idea.

-Me lo preguntó y se lo conté.

-¿Así de simple?

-Fue muy comprensiva -observó Adam con tono neutral.

-Esto es cada vez más increíble. ¿Y te dio permiso para acostarte conmigo?

-No te pongas histérica.

-Me pongo tan histérica como me dé la gana. Mis modales no son los de Jessica, ni falta que me hace -¿qué mujer podría haber oído aquello de su prometido y permanecer calmada?-. Desde luego has encontrado oro, ¿verdad, Adam? Una esposa comprensiva. ¿Qué más podría desear un hombre?

-¡Yo no quiero una esposa comprensiva!

Anna comprendió por su mirada conmocionada que era la primera vez que se lo admitía a sí mismo y se tragó el borbotón de respuesta que tenía en los labios.

«Sigue estúpido hombre, suéltalo».

-Este no es el momento para discutir de este asunto.- ¡Como si no fuera asunto de ella!

-Ya entiendo -dijo Anna con voz peligrosa-. O sea que Jessica y tú podéis hablar de mí, pero yo no puedo hablar de ella. Ya he oído hablar de situaciones de pérdida, pero esta es malditamente, malditamente... ¡Oh? ¿Dónde estará Simón? Debería estar aquí.

-El fiel Simón.

-Ya puedes quitar ese tono de superioridad de la voz. Al menos puedo pasear con él sin que me asalte.

-Quizá no le provoques a propósito.

-Un poco de oposición podría doblar ese cuello rígido tuyo. Supongo que Jessica creerá que todo lo que dices tú está grabado en piedra. ¡Bueno, pues yo no! Sólo porque seas un brillante cirujano no quiere decir que seas buena persona.

-¿Es eso un hecho?

-Lo es. Me da la impresión de que no mucha gente se te enfrenta cuando dices tonterías.

-¿Y has decidido tú sola rectificar la situación?

-Desde luego, no perdería ni un minuto de mi tiempo en tirar por tierra el mito del endiosado doctor. Ahí está Simón.

-¿Qué es exactamente lo que hay entre vosotros dos? -preguntó Adam mirando con desaprobación a sus espaldas.

-Perdona que te haya hecho esperar, cariño -se acercó jadeante Simón al lado de Anna-. ¡Deacon!

-Tu sincronización es impecable, Simón -dijo Anna con voz cortante-. Le estaba diciendo al doctor que se metiera en sus propios asuntos. Es siempre un placer hablar contigo -dijo agarrando las muletas.

-¡Diablos, Anna! ¿qué le has estado haciendo? -preguntó Simón corriendo tras ella-. Pensé que iba a... Tengo el coche aparcado ahí -terminó colocándole la mano plácidamente en el hombro.

-¡Muy masculino suponer que era culpa mía!

Anna se encogió de hombros para zafarse de su mano.

-No quería decir eso. Sólo que tenía una mirada tan asesina....

-Puede que quieras saber que me preguntó si me acostaba contigo.

-¿Que qué?

-Ya lo sé. Lascivo, ¿verdad?

-¿Lo es?

Simón se detuvo con la llave en la cerradura.

-Yo creo que tú sabes que lo es -dijo un poco triste. La rabia había dado paso a una profunda sensación de infelicidad-. Escucha, no sé lo que pasó entre Rachel y tú, pero no puedo creer que vayas a abandonar tu matrimonio sin luchar. A menos que hayas cambiado por completo.

-Tú no lo entiendes.

Tenía cara de frustración cuando rodeó el coche para abrirle la puerta.

-¿No es esa la prerrogativa de la esposa?

Simón esbozó una sonrisa de nerviosismo mientras se sentaba en el asiento del conductor.

-¿Sabes que Rachel trabajaba en la televisión?

Anna asintió.

-Le ofrecieron un trabajo clave en el otro extremo del país.

-¿Y eso es todo? O sea que no has dejado de amarla ni ella a ti. Es sólo que no quieres mover tu casa.

-No es tan trivial. Ella esperaba que la siguiera como un gatito... ¡Ni siquiera lo discutió conmigo! -dijo con amargura-. ¿Y qué pasa con Emily? Tal y como están las cosas, apenas si ve a su madre.

-¿Y querías que desaprovechara una oportunidad así?

-Por el bien de nuestro matrimonio -dijo con tono injuriado.

-Por el bien de tu orgullo, diría yo -le corrigió Anna con impaciencia-. ¿Cuál era el problema, Simón? ¿Iba a ganar más que tú?

Anna supo por su expresión que había dado en el blanco. El machismo de los hombres le hacía temblar de indignación.

-Pero si tú puedes trabajar donde quieras -Simón era un arquitecto independiente que trabajaba en proyectos por toda Norteamérica-. Si realmente te importa tu matrimonio, creo que deberías ser un poco más flexible. Ya sé que no es asunto mío, pero considerando que estás dispuesto a usarme como una pequeña distracción, creo que tengo cierto derecho a intervenir.

-Tú me importas, Anna.

Apartó los ojos de la franca mirada de Anna.

-Los buenos amigos deberían tener cuidado de no herirse mutuamente -dijo ella con calma.

-¡Si no fuera por el maldito Adam Deacon!

-Adam no tiene nada que ver con esto -defendió ella con voz glacial.

Cuando volvió al trabajo la semana siguiente, Anna intentó ponerse al día trabajando hasta bastante tarde. El viernes, eran casi las ocho de la tarde cuando llegó a casa.

-Es para ti -dijo Beth pasándole el teléfono en cuanto cruzó la puerta.

-¿Quién es? -su madre sacudió la cabeza-. Hola, soy Anna.

Se apoyó contra la pared. Lo único que deseaba en ese momento era un baño, una cena y la cama, en ese orden.

-Señorita Lacey, espero que me perdone por llamarla, pero Jake me ha hablado de usted y estoy desesperada.

-Lo siento, ¿quién...?

-¡Qué estúpida soy! Soy Sara, la abuela de Jake. Iré derecha al grano. Adam había organizado que los niños se reunieran con Jessica en la nueva casa para el fin de semana. Él está en Ámsterdam hasta el martes. No sé cuanto sabrás de la situación, pero seré franca: la culpa es mía.

-Tómese su tiempo, señora Deacon -la tranquilizó Anna al escuchar la angustia en su voz.

-Le dije a Adam con franqueza que la única forma de que Jessica se enterara de en qué iba a meterse era que se encargara de ellos en algún sitio en el que no pudiera zafarse. Este fin de semana. Se suponía que iba a reunirse con ellos esta tarde en la casa. Jake la llamó antes de que saliera para decirle que llevara paracetamol infantil porque los gemelos tenían un poco de fiebre. ¿Y sabes lo que ha hecho esa horrible mujer? Se ha negado a ir allí. Por si acaso se contagia de algo -su voz estaba cargada de disgusto-. ¡Tiene una reunión la semana próxima y no puede permitirse el lujo de estar enferma! ¿Puedes creerlo?

Anna podía y con facilidad.

-O sea que Kate y Jake están solos con los pequeños y usted necesita que alguien los ayude.

-Me siento fatal por pedírtelo. Iría yo misma, pero últimamente no puedo conducir. Me van a hacer un trasplante de cadera y sólo me arriesgo con el transporte público, así que lo más pronto que podría llegar sería mañana por la mañana. Jake es un chico juicioso, pero estoy preocupada por los pequeños. Allí no tienen todavía médico y las condiciones son bastante primitivas, según tengo entendido. Ya sé que esto es una imposición...

-¡Bobadas! -dijo Anna con calidez-. Iré ahora mismo a ver cómo está la situación. La llamaré después para contarle cómo están las cosas.

-Jake dijo que no te importaría. Te estoy tan agradecida...

Anna tardó quince minutos en llegar a la Rectoría. Habían hecho bastante desde la última vez que la había visto: nuevos marcos en las ventanas y habían podado la hiedra hasta un tamaño razonable.

Bordeó la casa y entró por la cocina.

La gran habitación estaba desnuda excepto por los cables que colgaban del techo y las paredes. ¿En qué habría estado pensando Adam al llevarlos allí?

-¡Hola! -gritó avanzando hacia el recibidor, que no estaba en mejor estado que la cocina.

Rodeó una pila de madera apoyada contra la escalera y llamó de nuevo.

-¡Estamos aquí!

Anna se dirigió hacia la habitación de donde procedía la voz. Jake había elegido evidentemente la mejor habitación. Había fuego en la chimenea y los gemelos estaban acurrucados en los sacos sobre dos camas de campaña frente al hogar. Kate estaba sentada entre las dos camas con las piernas cruzadas y al ver a Anna puso una expresión de profundo alivio.

-Gracias a Dios. Creo que están realmente enfermos.

Un vistazo a las caras rojas y sofocadas y Anna supo que no era una falsa alarma.

-¿Dónde está Jake? -preguntó inclinándose para examinar al primer gemelo.

Le desabrochó el saco para que le entrara un poco de aire fresco

-Ha ido a buscar más leña. Mira, ahí llega -dijo al ver a su hermano con la cesta llena de leña-. ¡Iba a ser tan divertido acampar aquí!

-Me sorprende que tu tío lo sugiriera.

-Y a nosotros también -acordó Jake-. Pero supongo que tenía algo en mente. Adam siempre lo tiene. ¿Están mal?

-No soy una experta, pero yo diría que tienen sarampión.

-¡Sarampión! -repitió el chico con alivio-. Pensé que estaban vacunados.

-Probablemente lo estén, pero pueden tenerlo de una forma suave.

-Pues si esta es la suave, no quisiera ver la fuerte. Tendrías que haberlos oído antes de que se quedaran dormidos.

-Hablando de sarampión, ¿has...?

-Sí, lo pasé de bebé. Debes pensar que no tengo recursos, pero no conocíamos a nadie aquí salvo a ti. ¿Te importó que le diera tu número a la abuela? Estaba frenética.

-No, no creo que no tengas recursos y no, no me importó que se lo dieras. La única pregunta es: ¿le pedimos al doctor que venga a verlos aquí o los llevamos antes a la granja?

-Me encantan las mujeres dominantes -dijo Jake con admiración.

-No seas fresco -le riñó su hermana-. ¿No les importará a tus padres la invasión?

-Mi madre adora las crisis -les aseguró Anna-. ¿Está el teléfono conectado?

Jake sacó un móvil del bolsillo.

-Mi aportación a la crisis.

Capítulo 7

ANNA se apoyó contra los talones para aliviar la presión sobre las rodillas. Gatear por el suelo entre trozos de yeso y escayola era una tarea ardua.

-¿Dónde pueden estar?

-Lo mismo estaba preguntándome yo.

Anna se dio la vuelta con un grito de susto y cayó sobre el trasero.

-¡Adam! ¡Dios bendito! ¿Qué estás haciendo aquí? -frunció el ceño con gesto acusador-. Se suponía que no llegarías tan pronto.

-Ya sé donde se suponía que debía estar, pero lo que no sé es por qué estás tú aquí y Jessica y los niños no.

Anna se sintió miserable. Había hecho que pareciera como una intrusa. Era evidente que había vuelto pronto para ver a Jessica.

-¿No te lo contó ella? Tu madre estaba segura de que lo haría.

-¿Mi madre?

Parecía cansado, notó Anna. Tenía la cara pálida y una leve sombra de barba en la mandíbula. Contra la puerta, resaltaba como una poderosa figura. El formal traje oscuro que llevaba estaba un poco arrugado y la corbata floja.

-Será mejor que me cuentes qué es lo que ha pasado aquí

-No hace falta que te alarmes.

-¿Eso crees?

-No sé por donde empezar.

-Lo más lógico es que empieces por el principio. No te quedes ahí a gatas como una idiota, mujer.

-¡No lo soy! -negó con indignación sin dejar de mirarlo fijamente.

-¿El qué, idiota o mujer?

-Jessica no vino.

Una expresión de furia le surcó la cara a Adam.

-¿Por qué diablos nada sale según los planes?

-Verás, Jake le dijo que los gemelos estaban enfermos.

-¿Qué les ha pasado? -interrumpió con ansiedad-. ¿Por qué no me ha llamado

nadie?

-Están bien -le tranquilizó ella-. Tienen sarampión, pero hoy están mucho mejor. Jake pensó que Jessica te lo contaría y ella debió pensar que lo haría él. Cruce de cables.

-¿Quieres decir que están aquí, no con mi madre?

-Sí. Jake ya había salido para aquí y no sabía qué hacer.

Adam la estaba mirando con una expresión extraña y una curva sardónica en los labios.

-Pero tú sí, ¿verdad?

-Tu madre estaba muy preocupada y no podía venir hasta aquí para ayudarlos.

-¿Por qué no?

-¡De verdad! -estaba asombrada ante aquella indiferencia filial-. No puede conducir porque tiene la cadera mal y se tarda horas en el tren. Encima hay que hacer dos cambios, así que le dije que no se preocupara.

-¿Quieres decir que mi pobre madre te contó todo eso por teléfono?

-Jake le dio mi número. No se le ocurrió nadie más. Me los llevé a la granja. Nos sobra mucho sitio y esto no está en condiciones. ¿En qué estabas pensando, Adam? Ni siquiera funcionan las cañerías.

-Los constructores me prometieron que estaría acabada -dijo con una indiferencia que la irritó-. Supongo que tendrás una buena razón para estar gateando por el suelo, ¿no?

-Nathan se olvidó su osito de trapo y no quiero pasar la noche despierta porque no deje de llorar. Sam también un perdió el zapato, aunque eso es menos importante. Los encontraré, aunque me vaya la vida en ello.

-Un poco exagerada, ¿no? ¿Te pasaste toda la noche despierta con ellos?

-Toda no. Y no soy tan estúpida -dijo dolida por su reacción al enterarse de que ella había estado al cargo de los niños-. Ya sé que piensas que soy una inútil,

pero...

-No pienso tal cosa -la contradijo con inusual gentileza -. Pareces agotada.

-Bueno, pues tú también -no hay justicia, pensó Anna. Ella estaba desastrosa y él sexy a muerte-. Y no te quedes ahí mirándome. Ayúdame a encontrar a Alexander.

-¿Quién es Alexander?

-El osito de Nathan.

Le miró con una expresión de desprecio hacia un tutor que no sabía un dato tan importante.

-¿Te pones siempre tan irritable cuando no duermes?

-Depende de la razón por la que no haya dormido -contestó ella con una sonrisa maliciosa.

-¿Has perdido alguna vez el sueño por mí, Anna?

La voz ronca estaba demasiado cerca de su oído y ella se quedó muy rígida.

-Ni lo sueñes, Adam. ¿Qué es esto? ¿Vamos a hacerlo con Anna porque la preciosa Jessica no está disponible?

-No estoy seguro de que mis sueños sean un territorio seguro para explorar -murmuró con extrema sensualidad-. Pero estoy dispuesto si lo estás tú.

-¡Estás prometido! -gritó ella volviendo la cara para mirarlo con rabia-. ¿O se te ha olvidado?

-¿Cómo podría olvidárseme cuando tú no dejas de recordarlo cada cinco minutos? -cerró los ojos y se pasó la mano por la frente-. Tengo que resolver todo esto lo antes posible. ¿Estás segura de que el doctor de aquí no está compinchado con Kate y Jake por no mencionar a mi madre?

Anna le miró preguntándose si se habría vuelto loco.

-¿Te has vuelto paranoico? ¿Para qué iba a querer tu madre que los gemelos tuvieran sarampión?

-Mi madre parece convencida de que no puedo dirigir mi vida sin su sabio consejo. ¿Cuando aprenderá todo el mundo que no me gusta que me dirijan?

-Entiendo que estés decepcionado porque tus planes se hayan arruinado, pero no hace falta que lo descargues conmigo o con los gemelos. No lo han hecho a propósito, los pobres corderitos.

-Decepcionado no empieza ni a describirlo. Tú podrías ponerlo mucho más fácil si...

Anna se estremeció ante el sutil tono sensual.

-¿Me acostara contigo?

-No es eso lo que yo quería decir.

-¡Oh!

-No te piques. No quiere decir que no te desee y con desesperación, pero eso no alteraría la situación. Las cosas son mucho más complejas que eso.

-No estoy picada, estoy aliviada.

Anna estaba profundamente distraída. La ronca entonación con que había pronunciado la palabra desesperación flotaba en sus oídos como música celestial.

-Mentirosa.

-Piensa lo que te parezca, Adam. Eres irresistible, si quieres. Pero mientras tanto, haz algo útil y busca el osito.

Para gran sorpresa suya, Adam la obedeció y cada uno encontró una de las cosas.

-Puedes seguirme a la granja.

-Tendría que ser mucho más atlético, porque he mandado al taxi irse.

-Entonces será mejor que vengas conmigo.

-¿Conduces siempre así?

-Da la casualidad que soy una conductora excelente.

No estaba dispuesta a admitir que su presencia física le estaba agitando más de lo normal.

-No estoy en posición de contradecirte en este momento.

Adam cerró los ojos y ella tomó otra curva cerrada.

-¡Debería haber sabido que eras uno de esos machistas que no soportan que los lleve una mujer!

-¡Tío Adam! -gritaron los gemelos al unísono.

Los dos se tiraron contra él y Kate se quedó manteniendo el juego de tablero que tenía sobre las rodillas. Jake se detuvo con las manos en el teclado.

-¿Has adelantado la vuelta? -preguntó Jake con tranquilidad.

-Deberías dar las gracias -Adam contempló la acogedora escena doméstica con extraña expresión-. ¿Me habéis echado de menos?

Su mirada se posó sobre Anna al hablar para desviarla sólo cuando ella se sonrojó con una tímida sonrisa.

¿A qué diablos está jugando?, se preguntó disgustada.

-Ya hemos abusado mucho -se disculpó cuando Beth entró en la habitación secándose las manos en el mandil.

-Bobadas -dijo con calidez-. Nos alegramos de haber podido ayudar y los niños han sido un encanto.

Se rió cuando uno de los gemelos se soltó de Adam y con un grito de placer agarró el osito que Anna sacó de la espalda.

-He venido con más de lo que pensaba -explicó Anna con nerviosismo-. Sólo pensé... ¡Ah! ¿No habrás pasado tú...?

-¿El sarampión? Sí, ya lo he pasado, Anna. Y me conmueve tu preocupación por mi fertilidad.

-¡Tío Adam! -le regañó Kate con una sonrisa-. Vas a avergonzar a Anna.

-La hija de un granjero tiene un aprendizaje temprano en esos asuntos -dijo Beth con calma-. Hace falta mucho más que eso para que Anna se sonroje -miró a su hija que había desarrollado un profundo interés en el tablero de juego-. Llamó Hope mientras estabas fuera.

-¡Vaya, qué lástima!

Últimamente sentía nostalgia de los viejos tiempos en que estaban las tres juntas.

-Le han dado un papel protagonista en una película -le informó su madre con los ojos brillantes de excitación-. Con Sam Rourke.

Kate lanzó un grito de envidia.

-¿No es un sueño?

-Es maravilloso -dijo Anna.

Sabía que la ambición de su hermana siempre había ido en aquella dirección. Hope había tenido siempre dudas de que alguien viera en ella algo más que su aspecto físico y había rechazado algunos papeles que sólo querían explotar su lado sexy.

-Debe estar muy orgullosa -dijo Adam mientras se quitaba los brazos de Sam del cuello para posarlo en el suelo.

-Estoy orgullosa de todas mis chicas -dijo Beth con calidez-. Bueno, Adam. Espero que no te importe compartir habitación con Jake. Ya no quedan más habitaciones.

Anna se mordió la lengua para no negarse. Dormir bajo el mismo techo con Adam

hacía que todos sus instintos gritaran de protesta.

-Ya hemos abusado mucho de su hospitalidad.

-No creo que estés siendo muy práctico, querido -observó Beth con su amabilidad habitual. Anna tuvo que contener una carcajada al ver a Adam aceptar sin un pestañear aquel paternalismo-. Los niños están mucho mejor, pero no tanto como para viajar. Por la noche les sube bastante la fiebre. Y si no te importa que te lo diga, tú tampoco pareces estar muy en forma.

-Podríamos ir a un hotel...

-No aceptarían niños infecciosos, así que no quiero olí hablar más del asunto.

Adam sólo se mantuvo rígido en una cosa, insistió en ocupar el sitio de Anna en la cama de campaña al lado de los gemelos.

Cansada, pero incapaz de dormir, Anna permaneció despierta escuchando la respiración regular de Kate en el otro extremo de la habitación.

La hospitalidad de sus padres y la atmósfera informal de los niños habían hecho que el resto del día fuera muy agradable. Adam parecía bastante cómodo en el entorno sin pretensiones y más relajado de lo que Anna le había visto nunca en la compañía de los niños.

En ese momento Anna escuchó el grito de un niño. Esperó, pero el llanto no se detuvo, así que decidió ir a investigar.

La puerta de la habitación estaba entornada y Anna se detuvo vacilante. La silueta de Adam era un bulto bien definido entre las sombras. Evitó la cama baja de campaña y se metió tras el biombo que separaba temporalmente la cama de ella, ahora ocupada por los gemelos, de la de él. El soporte de bambú crujió cuando se enredó con su propio camisón que estaba colgado de una esquina.

Los gemelos parecían dormidos. Les tocó la frente y comprobó que no tenían demasiada fiebre. Pero dio un respingo cuando Sam gritó.

-Están los dos dormidos -Anna se llevó la mano a la boca para ahogar un grito-. Pero yo no.

Salió al otro lado del biombo.

-No quería despertarte -susurró con nerviosismo.

-Las buenas intenciones no sirven para nada -dijo Adam con voz ronca.

El sonido de su voz le disparó el corazón, pero fue la ilícita oleada de excitación lo que le hizo darse la vuelta para salir corriendo.

-No te vayas.

-Deberías dormir algo -dijo con ansiedad cuando la figura recostada se incorporó.

-La espalda me está matando encima de esta cosa.

-Te dije que era demasiado pequeña para ti.

-No te pongas tan maternal.

-Baja la voz o los despertarás. Y créeme, te arrepentirás de haberlo hecho.

-Pobre Anna. Debes estar cansada. ¿Te he dado las gracias?

-Te has guardado los buenos modales para mis padres -dijo Anna acercándose más para no tener que alzar la voz.

-Han sido muy amables conmigo. ¿Por qué no eres tú amable conmigo, Anna?

Ella lanzó un sonido de disgusto.

-Duérmete, Adam -una mano en el tobillo le detuvo la partida-. ¡Suéltame, idiota! -susurró con fiereza.

-Me está matando la espalda. ¿Por qué no te compadeces de mí? En plan puramente profesional, por supuesto.

-Pensé que no creías en la medicina alternativa.

La idea de deslizar los dedos por su piel le estaba produciendo ardor por todo el cuerpo.

-Creo que es la oportunidad ideal de convertirme.

-No estoy tan desesperada por encontrar clientes.

-Pero yo sí estoy desesperado por dormir.

La vulnerabilidad rompió una grieta fatal en su coraza.

-Entonces duerme en el sofá. Yo vigilaré a los chicos.

-Ya me siento bastante culpable de haberte quitado una noche de sueño.

¡Una noche! ¡Si él supiera!

-No es culpa mía que no puedas dormirte.

-Yo no estaría tan segura si fuera tú -el tono de su voz le produjo cosquilleos en el estómago-. Tengo que llevar a esta tropa mañana a Hampshire y no dudo que los gemelos se marearán en el viaje como acostumbran. Y el lunes tendré que estar de vuelta con una lista de quirófano tan larga como tu brazo. -Adam le rozó la espinilla con el pulgar. -Ahora que lo pienso, más larga que tu brazo, porque eres muy pequeñita. Si no te compadeces de mí, compadécete de esos pobre pacientes cuando el bisturí me tiemble en la mano.

-¡Por Dios bendito! -dijo ella en exasperada derrota-. Pero no te prometo milagros.

Se arrodilló y tanteó en la oscuridad. Sus dedos fríos entraron en contacto con la piel caliente y se apartó como si se hubiera quemado.

-No puedo ver nada -susurró intentando recomponer su mente turbulenta.

-¿Y qué falta hace? Estoy a tu merced.

Sus palabras conjuraron imágenes muy poco profesionales en su mente. Imágenes de ella a horcajadas sobre su poderoso cuerpo. Sacudió la cabeza para borrar las poderosas ilusiones y se alegró de que la oscuridad velara su fuerte sonrojo.

-Tengo las manos un poco frías -dijo inspirando con fuerza antes de posarlas en la posición correcta en la base de la espina dorsal.

Adam inhaló con fuerza, pero no contestó cuando sus pulgares avanzaron a cada lado de su espina dorsal. Los demás dedos extendidos se movieron sobre los músculos

de su espalda deslizándose con firmeza sobre su cálida piel satinada.

-Estás tenso -murmuró y repitió el lento movimiento de nuevo-. ¿Está bien así?

Arqueó el cuerpo sobre el de él para buscar los nudos con los dedos.

Un sonido gutural de satisfacción fue la única respuesta que recibió. Con más confianza a cada momento, Anna siguió masajeándole la espalda. Las sensaciones táctiles le hicieron sentirse un poco embriagada y enseguida perdió la noción del tiempo. Adam tenía una bonita espalda sin exceso de carne para ocultar los finos músculos.

Sólo cuando el ejercicio empezó a fatigarla se detuvo. La respiración de Adam era lenta y regular y cualquier motivo ulterior que hubiera tenido había sido borrado por el agotamiento. Anna sintió una cálida oleada de ternura que la pilló por sorpresa y le veló los ojos de lágrimas. Cerró los ojos y empezó a ponerse en pie despacio. Pero le rozó la pierna inadvertidamente y se quedó muy rígida.

-Tienes los pies fríos -comentó semi adormilado.

-Duérmete -dijo sin entonación.

-Ven a calentarte los pies.

-No seas estúpido, Adam -susurró con una oleada de pánico. Ya estaba demasiado sensible con su olor y calor como para arriesgarse más-. Duérmete.

-No hasta que te calientes los pies.

Estaba todavía adormilado.

-Despertarás a los niños.

-No. Ven a calentarte los pies.

Alarmada por el creciente volumen de su voz, se decidió al instante y se deslizó bajo la manta. Todo tipo de luces de advertencia brillaron en su cerebro, pero las ignoró. Apoyó sus plantas heladas contra las pantorrillas de Adam. No había sido para hacer mucho más. Se quedaría hasta que Adam se durmiera y entonces se iría.

Adam lanzó un gruñido de contento.

-Eso está mejor -dijo con satisfacción.

Anna contuvo un gemido cuando las patas de metal rechinaron bajo el peso de los dos y enroscó el brazo de forma instintiva sobre el estómago de Adam y él la sujetó por el antebrazo. -Buena chica.

Estaba dormido. Anna estaba casi segura. Permaneció inmóvil esperando a que aflojara el abrazo. Le estaba costando mucho no pensar dónde ni como estaba, pero le resultaba muy difícil.

Adam llevaba unos pantalones cortos de boxeador que dejaban poco a su agitada imaginación. Las firmes y circulares nalgas de él presionaban sus piernas. Si pasaba su pierna izquierda sobre sus muslos, evitaría resbalarse de la estrecha cama. Era una estrategia arriesgada, pero en cuanto se le ocurrió, ya no puedo quitarse la idea de la cabeza. Y no tenía nada que ver con el deseo de saber qué sentiría al rozar su piel velluda con la suave de ella.

¡Cuando por fin lo hizo, la sensación fue maravillosa!

-¿Estás intentando aprovecharte de mí mientras estoy inconsciente?

-¡Adam! ¡Estabas dormido! -le acusó intentando retirar la pierna.

Pero él enganchó el brazo bajo su rodilla y se lo impidió.

-Estoy cansado, no muerto!

-Me estaba cayendo -balbuceó ella-. Esta cama no está hecha para dos personas -inhaló con fuerza-. ¿Qué estás haciendo? -Adam estaba subiendo los dedos por la parte interna de su muslo aprisionado. A Anna se le escapó un débil gemido cuando se deslizaron bajo el dobladillo de su camisón-. Si no dejas de hacer eso, gritaré.

Anna ladeó la cabeza cuando sus dedos le produjeron temblores hasta los pies. Estaba gimiendo y apoyó la cabeza contra su torso para ahogar los gemidos.

-Esto es una tontería -susurró contra su cuello.

Debía alzar la cabeza, pero toda la energía se había escapado de su cuerpo. Una dulce y suave desesperación la sofocaba.

-¿Tontería? ¡Esto es sensacional!

Su respiración regular de antes se había hecho tan jadeante como la de ella.

-Todo el trabajo que he hecho con tu espalda se arruinará. Te estás poniendo tenso de nuevo.

Las vibraciones de la ronca carcajada suave que resonó en su pecho le llegaron hasta la punta de los dedos.

-Yo podría enseñarte... -susurró él con voz ronca.

-Apuesto a que sí. No te atrevas a moverte, Adam Deacon -gimió al sentir que el cuerpo de él se ponía rígido-. Si te das la vuelta...

-¿Si me doy la vuelta qué?

-¿No sabes que los niños siempre se despiertan en el peor momento?

Si era sincera, eso era lo único que evitaba que sucumbiera a aquel placer prohibido.

-¿Tienes una idea de lo que esto me está haciendo? -gimió él después de un corto silencio.

Adam inspiró varias veces para recuperar el control.

-Me iré.

-¿Y esperas que me quede tan tranquilo? -susurró él con voz ronca y apasionada-. Deseo darme la vuelta y sentir tus preciosas piernas delgadas enroscadas alrededor de mi cuerpo. Es una lástima que tus senos estén apretados contra mi espalda. Deseo sentirlos en mis manos, saborearlos. Deseo saborear cada milímetro de tu precioso cuerpo. Quiero oírte suplicarme que te toque. Deseo sentirte húmeda, caliente y sedosa cuando te penetre. Llevo soñando con hacer todas esas cosas desde el primer día que te reíste de mí. No intentes escabullirte ahora o buscaré algún sitio donde estar a solas contigo.

Anna le creía aunque dudaba que hubiera siquiera un armario vacío esa noche en la casa.

-Adam -jadeó deseando suplicarle que le hiciera todas aquellas cosas eróticas-. Me quedaré.

-¡Vaya un anti clímax!

En eso tenía razón.

-Pensé que querías que me quedara.

-Te deseaba a ti. Punto, -gimió cuando ella retiró la pierna-. Quizá sea lo mejor.

-¿Por qué querías que me quedara?

-Quiero ver tu cara por la mañana.

-Pues tengo un aspecto horrible.

Anna no esperaba dormir, pero el agotamiento fue más fuerte que el recuerdo del olor y el tacto del cuerpo de Adam. Acurrucada contra el cuerpo de Adam, se durmió profundamente.

Le despertaron unas tiernas risas infantiles y se tapó más la cabeza con la manta para protegerse de la luz.

-¿Por qué está Anna en tu cama, tío Adam?

«No puedo haberme quedado dormida en su cama», pensó con horror

-Buenos días -dijo Adam mirándola con inocencia cuando ella lo miró con cara de susto.

-¡Está despierta! ¡Está despierta! -corearon las voces infantiles-. ¿Podemos meternos nosotros también?

Anna lanzó un gemido y con un impulsivo movimiento se levantó arrastrando las mantas con ella. -¿Cómo has podido? -dijo mirándole con furia. Comprendió entonces que haberle quitado la ropa de cama había sido un error fatal. Adam tenía el cuerpo más perfecto que había visto en su vida. ¡Hubiera hecho empalidecer de envidia hasta un dios griego!

-¿Y qué podía haber hecho? -respondió agarrando la sábana que Anna le tiró con una sonrisa-. Niños, al baño -la llamada de la naturaleza pudo con la curiosidad de los gemelos-. Admítelo, Anna. Podrías haberte sentido insultada si yo hubiera permanecido inmune.

-No eres más que un libidinoso...

El brillo de sus ojos la asustó.

-Soy un hombre que me he despertado con los brazos llenos de preciosa y sensual feminidad. Y de paso, tienes un aspecto muy pasable por la mañana. ¿Que esperas que haga?

-¿Cualquier mujer lo hubiera hecho entonces? -interrumpió Anna con el orgullo herido.

-¿Intentando sonsacar? -sugirió Adam levantándose con un fluido movimiento que le produjo un nudo en el estómago.

Dios, cuánto le gustaba mirarle... tocarle también, añadió la voz de la sinceridad.

-Si necesitas que te asegure que eres atractivo, aquí hay un grave problema de comunicación. Pensé que había dejado muy claro el tema anoche. No me halaga que te aprovecharas de la situación.

-Al contrario, me comporté con penoso decoro. Pero esta mañana disfruté viéndote pegada a mi cuerpo y desde luego, eché un vistazo bajo las sábanas -en sus ojos apareció un brillo diabólico-. Sólo soy un hombre débil y no me encontraba en

estado de hacer nada acerca de la situación anoche.

—Eso no es lo que yo recuerdo -dijo ella con sequedad-. De todas formas, pareces haberte recuperado esta mañana.

-¿Lo has notado?

-Para nada -respondió ella maldiciendo el sonrojo que sintió en las mejillas.

-No puedo permitir que ese insulto a mi masculinidad pase sin desafío, dulzura.

-¡Adam! -le advirtió ella.

-Ven a calentar... tus pies, cariño.

Estaba burlándose de ella y Anna lo sabía, pero no pudo evitar un cosquilleo de excitación en la boca del estómago.

-Esto no es divertido -siseó-. Los gemelos nos han visto. ¿Qué pensarán?

-Los gemelos todavía están en la edad de la inocencia.

-No te pongas tan superior -dijo ella plantándose las manos en las caderas, lo que provocó que se le cayera la manta al suelo-. Los gemelos pueden contarlo y los demás no serán tan inocentes.

-¿Quiere eso decir que tus padres me pedirán que te haga una mujer honrada?

-Ponte serio, Adam. Si al menos no me hubiera quedado dormida... -gimió sentándose con las piernas cruzadas y tapándose los hombros con la manta-. Esto es tan... humillante.

-Creo que estás haciendo un drama de una cosa sin importancia. No hemos hecho nada, a menos que te aprovecharas de mí cuando estaba dormido, claro.

-¡No seas ridículo! -le dirigió una mirada mortífera.

-Pensaba que era yo el que carecía de sentido del humor. ¿No estás exagerando un poco?

Si hubiera sido otra persona, Anna hubiera disfrutado de lo absurdo de la situación, pero con Adam...

-De todas formas, ¿por qué te metiste en la cama conmigo?

-¡Si me lo pediste tú!

Adam se dio una palmada en la frente.

-¿Quieres decir que eso es lo único que hace falta? Cuando pienso en todo el tiempo que he perdido estos años... todas esas cenas románticas y flores...

-¡Cállate! Yo no he recibido ninguna cena romántica ni ninguna flor.

-¿Quiere decir que te...?

-Me metí en la cama contigo para que no despertaras a los gemelos y porque me dabas pena. Estabas muy cansado.

-¿O sea que fue un caso de caridad?

-No lo encontrarías tan divertido si se entera Jessica.

Una expresión especulativa brilló en sus ojos y se echó con un movimiento grácil en la cama de campaña.

-¿Crees que es probable?

Metió las manos bajo la cabeza y se quedó mirando al techo. No parecía preocupado en absoluto.

-¿Qué es lo que os pasa a vosotros dos? ¿Es vuestra vida sexual tan aburrida que necesita conquistas exteriores?

-¿Estás planeando ser mi conquista?

Con una sonrisa maliciosa, Anna plantó el pie en los pies de la cama y apoyó todo su peso en la frágil estructura consiguiendo que él resbalara al suelo con un vuelco ridículo. El silencio sería la forma más digna de salida, decidió corriendo hasta la puerta antes de que él tuviera oportunidad de defenderse.

Capítulo 8

SIMÓN llegó cuando estaban todos alrededor de la enorme mesa de la cocina desayunando. Cuando vio a los huéspedes puso cara de alucinado..

-Siento interrumpir, pero necesito hablar con Anna.

-Siéntate y desayuna con nosotros -le invitó su padre-. Anna apenas ha probado bocado.

Anna había esperado que su falta de apetito pasara inadvertida. Estaba segura de que los gemelos comentarían con inocencia lo que habían visto y tenía los nervios a flor de piel.

Kate ya la había mirado con gesto especulativo cuando había vuelto a la habitación.

-La verdad es que es bastante urgente y me gustaría ver a Anna a solas.

-He terminado -anunció Anna con rapidez-. Vamos a dar una vuelta por el jardín -dijo apartando la silla.

-¡Estupendo!

Simón le dirigió una mirada de agradecimiento.

-Disculpadme todos.

No pudo evitar dirigir la mirada hacia Adam, que estaba sentado entre los gemelos, cada uno con un cojín bajo el trasero. Había perdido su aspecto profesional y llevaba unos vaqueros y una camiseta negra. El negro resaltaba su pelo rubio y piel morena y los vaqueros se amoldaban a sus caderas y muslos de una manera que le secaba la garganta.

Adam no la estaba mirando, pero como si intuyera que ella tenía la vista clavada en él, ladeó la cabeza hacia ella. Su mirada era tan fría y hostil que Anna se estremeció.

¿Cómo se atrevía a condenarla?, pensó con furia.

Intentó apartar a Adam de sus pensamientos mientras conducía a Simón al jardín vallado de hierbas aromáticas que era el orgullo de su madre. Simón emanaba tensión por todos los poros de su cuerpo.

-¿Y bien?

-He estado pensando en lo que dijiste... acerca de mi matrimonio. Y tenías razón.

-¿Puedo ayudarte en algo?

-Esperaba que dijeras eso.

Simón capturó sus manos entre las de él.

-El asunto es, Anna, que este fin de semana es el cumpleaños de la pequeña Emily. Quería darle una sorpresa. A las dos.

-Parece un buen comienzo -dijo ella sin entender para qué necesitaba su ayuda.

-Mi madre se ha ido a Escocia a quedarse con la tía May. Son sus vacaciones anuales. Ha buscado a alguien para el estanco y yo me quedo en la casa en su ausencia. Es por motivos de seguridad. El seguro insiste.

-¿Quieres que te cuide la casa? ¿Eso es todo?

-Entonces, ¿lo harás? -esbozó una sonrisa radiante y le dio un abrazo de oso-. ¡Eres un ángel!

-Simón, ya he tenido un accidente hace poco como para que me rompas ahora las costillas.

-Perdona, ¿crees que estoy haciendo lo correcto?

-Estoy segura.

Fue recompensada con una sonrisa que le recordó al chico que había sido en otro tiempo.

-En cuanto a lo otro -empezó con torpeza-. Odio que creas que te he estado utilizando... Siempre te he encontrado muy atractiva...

-Olvídalo. Yo ya lo he olvidado.

Lo vio alejarse y deseó que sus problemas tuvieran tan fácil solución.

-¿No entra Simón?

-Hoy no. Tiene muchas cosas que hacer -dijo agarrando el plato limpio que le pasaba su madre. En vez de guardarlo en el armario, se lo quedó mirando largo rato.

-Jake ha ido al pueblo a buscar los periódicos del domingo. Es un chico encantador -añadió con la mirada clavada en su hija.

-¿Qué? Ah, sí.

-Igual que su tío.

La atención de Anna se agudizó ante la cara demasiado inocente de su madre

-Sólo de apariencia. Como tú has dicho, Jake es adorable.

-Espero que no dispares sus hormonas diciéndoselo -le recomendó su madre con sequedad.

-¡Mira quién va a hablar! -explotó beligerante-. No se puede decir que tú seas el ejemplo del control precisamente.

-Creo que subiré a ayudar a Kate a hacer las maletas-dijo Beth como si no hubiera pasado nada-. Perdona, Adam, querido -murmuró al pasar a su lado.

-¿Se ha ido el chico amante?

-Si te refieres a Simón, sí.

Por alguna inexplicable razón, Adam estaba furioso, notó al ver cómo le palpitaba

la mandíbula.

-No es adecuado para ti.

-¿Y qué te hace pensar en que tu juicio sea ley? Suponiendo que fuera asunto tuyo, para empezar.

-Estoy haciendo que sea asunto mío.

Anna estaba enfadada y confundida, pero aún así, podía reconocer los celos en cuanto los veía.

-¿Qué es lo que pasa, Adam? ¿Tú me deseas, pero no quieres que nadie más lo haga?

-Sí, te deseo -dijo con rabia y frustración.

-Como una fuente de alivio -le acusó ella con amargura-, antes de dedicarte a algo serio, como casarte con Jessica.

-Jessica es irrelevante en esta conversación.

-Yo no diría tanto.

Adam se acercó y posó las manos en sus hombros. Anna las sintió tan opresivas como el amor que escondía en su corazón.

-¿Qué es exactamente lo que te está ofreciendo Simón? Es un hombre casado.

-De momento.

-¿Y qué diría si se enterara de que te has despertado en mi cama, en mis brazos?

Deslizó las manos para abarcar su cara.

-Supongo que se reiría. Después de todo, sólo fue una broma, ¿verdad?

Con la expresión dura y distante, Adam se quedó pálido. Toda su emoción parecía concentrada en los ojos. Quizá hubiera ido demasiado lejos al querer infligirle parte de la miseria que sentía ella.

-¿Es esto una broma? – preguntó besándola

«Una gran broma», pensó ella aturdida cuando Adam alzó los labios de su boca inflamada.

-¿Y esto? -insistió con la boca implacable. Con fatal sutileza, consiguió una apasionada respuesta por parte de ella. Cuando su cabeza se alzó, Anna miró fascinada su expresión de triunfo—. Pues no parece que te estés riendo.

Anna parpadeó para apartar el velo de lágrimas que le empañaron los ojos. ¡Cómo podía ser tan cruel!

-No creo que hayas demostrado nada que los dos no sepamos. Lo único que has demostrado es lo que ya sé, que te importo un comino. ¡Sólo querías hacerme daño! ¿Estás satisfecho?

Vio una expresión de asombro en su cara al abandonar apresurada la cocina.

Anna tiró la carta a la papelera nada más leerla. Era un invitación formal a cenar para ella y para sus padres de Adam.

Miró los dos dibujos infantiles que había guardado y se secó las lágrimas de los ojos.

Al menos, como sus padres estaban fuera, tenía fácil la excusa. Sacó la carta de la papelera para anotar el número de teléfono impreso en el membrete. Llamaría para dejar un mensaje cuando estuviera segura de que él no estaría.

¡Cenar con Adam! Debería haberse imaginado que rehusaría. Se puso la cazadora y corrió hasta el coche para irse al trabajo. Agitó la mano al granjero que cuidaba de su granja mientras sus padres estaban ausentes en una exhibición en el West End.

-Yo me encargaré de ordeñar esta tarde, Joe.

-Muy bien, Anna.

Esa tarde, cuando acabó de ordeñar y estaba a punto de disfrutar de un largo baño lujurioso, sonó el timbre de la puerta. ¿Quién podría ser?, se preguntó mirando con anhelo el agua caliente perfumada.

-Buenas tardes.

Anna se quedó mirando con asombro. Jessica era la última persona que esperaba encontrar a su puerta.

-¿Puedo pasar?

Anna recuperó los modales.

-Por supuesto, por favor -dijo agitada en contraste con la frialdad de la otra mujer-. Pasa al salón.

La otra mujer la siguió al acogedor salón y miró a su alrededor con una sonrisa de superioridad. Anna tenía la cabeza en un torbellino. ¿Qué estaba haciendo aquella mujer allí?

-¿Están tus padres en casa?

-No, no volverán hasta el sábado por la noche. Han ido de vacaciones a Londres. Todavía siguen intentando mantener el romance vivo.

-Me alegro de que estés sola. ¿Puedo ser sincera?

-¿Te has dado cuenta de que la gente siempre dice eso cuando está a punto de decir algo desagradable? -murmuró Anna apoyándose en el brazo del sofá. Vio que la otra mujer estaba mirando su mono de trabajo con expresión horrorizada-. He estado ordeñando. Vacas -añadió precipitada ante la mirada de incomprensión de Jessica.

-Me preguntaba qué sería ese olor. ¿Puedo ir directa al grano?

-Me encantaría que lo hicieras.

«Cuanto antes sueltes lo que sea, antes me libraré de ti», pensó. No eran sólo los celos los que hacían que aquella mujer le resultara desagradable.

-Acerca de esa invitación a cenar.

-Tengo tantas...

Los labios de color escarlata se apretaron.

-La de Adam.

-Ah, esa. La verdad es que...

-Te negarás, por supuesto.

Anna, que había estado a punto de hacerlo, dio marcha atrás. ¿Se le estaba

pasando algo?

-¿Por supuesto?

-Creo que sería lo mejor para todos que lo hicieras.

-¿Lo mejor para quién? -preguntó Anna clavando con firmeza los talones en el suelo.

¿Quién se creía que era aquella Reina de Saba?

-Para todos los implicados. Sé que Adam está agradecido a tus padres por sacarle del apuro y no podía por menos que enviar esa invitación, pero, francamente, por lo que me cuenta, sería bastante embarazoso para él que acudieras tú.

-¿Y qué es exactamente lo que Adam te cuenta? -preguntó Anna con peligrosa calma.

-Bueno, para ser franca...

-Creo que de eso ya me has advertido. Suéltalo -la advirtió con rudeza.

-Adam encuentra el hecho de que te estés lanzando a sus brazos bastante desagradable.

¿Él ha dicho eso?

-Desde luego lo daba a entender -confirmó Jessica con sonrisa de lástima-. Adam es un hombre muy atractivo. Muchas mujeres se sienten atraídas por él. No deberías sentirte tan mal por eso. Sé que pudo haber encontrado en ti una... novedad para empezar. Me lo contó. Sólo he creído que una palabra de cautela te podrá ahorrar mucho dolor más adelante.

-Me conmueve tu preocupación -Anna pretendía borrar al instante la imagen de víctima del amor-. Por supuesto, el interés personal no tiene nada que ver. ¿O sea que Adam dejó muy claro que ya no se siente atraído por mí?

La risa de desdén de Jessica le atacó los nervios a Anna.

-Me enorgullezco de conocer a Adam muy bien.

-Desde luego que te enorgulleces -explotó Anna levantándose. Se quedó de pie con las manos en las caderas y los ojos brillantes de furia-. ¿Te pidió Adam que vinieras aquí? ¿O ha sido idea tuya? ¿Estás segura de que no te sientes en lo más mínimo amenazada por mí?

-Si hubiera sido tu hermana Hope, podría haber tenido motivos -observó Jessica deslizando una mirada desdeñosa sobre Anna-. Pero tú no eres el tipo de mujer que él se toma en serio.

-Si hubiera sido mi hermana Hope, ya te habría arrastrado sobre esa alfombra. Tiene un carácter diabólico -en ese momento le hubiera encantado ser Hope y borrarle aquella desdeñosa sonrisa de la cara-. Déjame decirte una cosa, señorita Talbot. A mí no me dice nadie lo que tengo que hacer, ¡y mucho menos tú! Cualquiera creería que tienes miedo de la competencia.

Jessica se sonrojó bajo la espesa capa de maquillaje.

-Sólo quería evitar que te pusieras en ridículo. Adam nunca tomaría a alguien como tú en serio. Es demasiado consciente de su posición y sus responsabilidades.

¡Qué increíble snob era aquella mujer!, pensó Anna con incredulidad. Si pudiera

hacer las cosas a su manera, borraría todo impulso humano decente, arruinaría su relación con los niños y reforzaría su tendencia a tomarse la vida demasiado en serio. ¿Podía dejar que pasara eso sin luchar?, pensó desairada.

-Si realmente piensas eso, ¿por qué estás aquí?

-Adam es demasiado caballero para decirte que te alejes de él. Papá siempre decía que era uno de esos caballeros naturales.

-Puede ser un caballero contigo, Jessica, pero es un hombre conmigo -¿qué estaba haciendo luchando por él como un gato de callejón?-. ¿Y de todas formas, por qué quieres casarte con él? Es evidente que no puedes soportar a los niños.

-Los niños están bien con una niñera o en un internado. Adam se aburrirá pronto de ellos y comprenderá que es la solución ideal. Él y yo hacemos la pareja ideal. Papá siempre quiso que estuviéramos juntos.

-Eso lo comprendió Adam con un poco de ayuda por su parte, supongo -comentó Anna con disgusto—. Y si tu papá quería que estuvieseis juntos, ¿por qué no os presentó antes de morirse? Si tu padre quería a Adam, lo único que hubiera querido era protegerlo de ti.

Anna comprendía ahora el papel que aquella venenosa mujer había jugado en el sentido de la responsabilidad de Adam.

-Mi padrastro era un tonto, pero eso quedará entre tú y yo. Yo tengo alguna influencia sobre Adam -continuó con una sonrisa triunfal-. Y cuando sea su esposa, aún tendré más. A Adam le gusta que las cosas discurran con tranquilidad; tenemos el mismo estilo de vida. Y yo me voy a dedicar a él.

-No creo que Adam, con todos sus defectos, se merezca eso -reflexionó Anna despacio con una mirada de desprecio.

-¡Por Dios bendito! No te pongas más patética de lo que ya estás -explotó Jessica con expresión de disgusto-. Toda esa actuación maternal con los niños es nauseabunda y no engaña a nadie. Ya vi ese video. No parecías tan maternal entonces.

-¿Qué video? -preguntó Anna asombrada.

-Hazte la inocente si quieres -dijo Jessica con tono desagradable-. No sé lo que pretendías al dárselo. Sobre todo cuando ya no puedes bailar más, ¿verdad?

-¿Adam tiene un video mío bailando? -preguntó Anna conmocionada.

Anna estaba aturdida.

El video que había mencionado Jessica era una coreografía de danza contemporánea que había creado para ella un joven coreógrafo. Sólo la había bailado una vez antes del accidente y había sido una exhibición privada para la compañía. Jason la había grabado y les había enviado la copia a sus padres. ¿Cómo la había conseguido Adam?

-Era una historia de amor -dijo con debilidad.

Desde luego, no era el lago de los cisnes, pero no era pornográfica en absoluto. Era una simple historia sensible con un nivel que la había hecho crecer emocional, física y profesionalmente. Siempre sentiría pesar de no poder volver a interpretarla.

-Creo que será mejor que te vayas ahora -dijo cuadrando los hombros y

mirándola fijamente.

-¿Quieres decir que aceptarás la invitación?

-Con mucho placer -el encuentro la había sacado del letargo en el que se había permitido sucumbir-. No iba a asistir, pero tú me has dado una perspectiva muy diferente de la situación. Iba a quedarme sentada y actuar como la típica heroína de una novela rosa esperando a que el héroe recuperara el sentido y acudiera rendido a sus pies. Me has recordado que yo no encajo nada bien en los clásicos papeles románticos. Mi técnica nunca fue lo bastante depurada. La interpretación apasionada siempre fue mi fuerte.

Lanzó una carcajada ante la confusión de la cara de la otra mujer.

-Lo que estoy intentando decirte, Jessica, es que vas a tener pelea. Yo amo a Adam y tú no. Aunque él no sienta lo mismo por mí, lo que está claro es que no necesita a gente como tú en su vida.

-Te arrepentirás de esto -dijo Jessica claramente irritada por la declaración de guerra-. ¿Es que no tienes orgullo? -preguntó mientras Anna la acompañaba a la puerta.

-Tú llegaste aquí confiando en hacer mella en mis dudas y falta de autoestima, pero verás, no me siento inferior a ti. Amo a Adam y tú no, tú sólo quieres el tipo de vida y la posición social que podría darte.

-¿Entonces sabes de qué familia viene? -preguntó Jessica con una sonrisa sarcástica-. Debería haberlo imaginado. Pero no creas que me rendiré sin luchar.

Anna cerró la puerta y se apoyó contra la sólida madera. Se fue resbalando hasta quedar sentada en el suelo apoyando la barbilla en las rodillas.

Bueno, para lo bueno o para lo malo, había dejado claras sus intenciones. Jessica no sabía cuánto de lo que había dicho era farol, pero le había sentado de maravilla despojarse de aquel ridículo papel de víctima. ¿Qué habría querido decir con aquel comentario acerca de su familia? Bueno, no importaba. Tenía cosas más importantes que hacer, como elegir el vestido para la noche siguiente.

Seda de color nácar fue lo que escogió por fin, un simple vestido que resaltaba sus finas y sutiles curvas. En el cuello se colgó una sencilla gargantilla de oro y al abrocharlo, notó que le estaban temblando las manos.

-Inspira con fuerza -dijo mirándose al espejo antes de lanzar una carcajada-. Primer síntoma de locura. Hablar contigo misma y responderte.

Dio un paso atrás para admirar la gargantilla contra la piel y asintió con satisfacción. Era el toque perfecto. El escote del vestido resaltaba la delicada estructura de su cuello y sus hombros y acentuaba la suave curva de sus senos. Se alisó la falda mientras se ponía unos zapatos de salón de color crema.

«Bueno, será mejor que quede impresionado», pensó volviendo a pintarse los labios. Cuando sonó el timbre de la puerta recogió el chal de chifon y el bolso de la rama y corrió abajo.

Con el corazón desbocado miró por el panel de cristal alto y vio el brillo del pelo rubio.

-Hola, Adam.

-El mensaje en mi contestador no era una broma, verdad?

Adam no parecía exactamente seducido por su sensual belleza, pero Anna intentó que eso no la alejara de su propósito, aunque no sabía muy bien cual era.

-Por supuesto que no.

Esbozó una sonrisa radiante que no disminuyó el brillo de sospecha de los ojos de Adam, que iba vestido muy parecido a la primera vez que lo había visto. Estaba más atractivo de lo que ningún hombre tenía derecho a estar.

-Siento que mis padres no puedan acudir.

-¿Lo sientes?

-Bueno, si vas a empezar a ponerte pedante -dijo Anna totalmente exasperada por su falta de colaboración en su gran escena de seducción-. No lo siento. O al menos no lo sentía.

Adam apretó los labios y el humor apareció en sus ojos.

-Estaba casi seguro de que lo cancelarías. Si no recuerdas mal, no nos despedimos en muy buenos términos la última vez. Y ahora recibo una cálida bienvenida. Eres una mujer muy confusa, Anna Lacey.

-Hay gente que no se conforma con nada. ¿Has escuchado alguno de esos cuentos del Camino de Damasco?.

-Suena interesante. Ya me lo contarás más tarde -echó un vistazo a su reloj-. He reservado una mesa para las ocho -de repente se inclinó hacia adelante y rozó las puntas sedosas de su pelo corto-. ¿Te pones brillo? -era evidente que estaba fascinado por los detalles de su aspecto-. Vamos -dijo de forma abrupta.

Considerando que Anna tenía todas las intenciones de caldear aquella relación, se sintió completamente decepcionada por aquel breve comentario. Se desplomó en la tapicería de cuero del asiento del coche e inhaló para recuperar el aliento.

-¿He cerrado la puerta? -preguntó.

-Sí, estoy seguro ¿Te he mencionado que estás increíblemente guapa esta noche?

-Pues la verdad es que no.

-Si rectifico ahora, ¿me perdonas?

-Lo pensaré. Cuando una chica se toma tantas molestias espera un poco de reconocimiento, ¿sabes? He tardado horas, bueno, mucho tiempo, en arreglarme así. Sinceramente no sé como Hope puede tener siempre ese glamour. Aunque claro, ella tiene mejores ingredientes básicos con los que trabajar.

-Probablemente, pero ella a mí no me produce deseos de despojarla de la ropa y revolverle el pelo.

-Entonces debes ser de los pocos hombres por debajo de los noventa a los que no les pasa.

La idea de Adam fantaseando con ella fue más que suficiente para ponerle los

nervios a flor de piel. Y ella que había esperado controlar la situación. ¡Qué ingenuidad!

El restaurante del exclusivo hotel tenía un cálido e íntimo ambiente. La chimenea estaba encendida a pesar de la estación y los ventanales franceses estaba abiertos a la terraza donde la gente cenaba al aire libre.

-Nunca había estado aquí antes -comentó Anna después que el camarero les tomara nota-. Es muy bonito. No puedo soportar esos sitios donde está tan oscuro que apenas puedes ver la comida.

-Creo que las luces tenues son para producir un ambiente romántico.

-Me gustan las velas -dijo ella con voz ronca estirando la mano hacia las llamas.

-Me alegra oírlo -Adam le atrapó la mano y le besó en la palma abierta con eróticos labios entreabiertos-. A mí también me gusta ver lo que estoy haciendo -insinuó con tono sensual.

-Lo has hecho ahora. No conseguiré comer nada -dijo ella con una débil sonrisa.

-¿Por qué?

-Porque tengo un nudo aquí.

Se tocó la base de la garganta donde brillaba la gargantilla de oro.

Adam le soltó la mano para rozar la zona indicada. Con una expresión de fascinación le palpó la vena azulada en el punto en que el corazón palpitaba desbocado.

-Me gustaría besarte ahí, y ahí, y ahí...

Su dedo descendió lentamente hasta reposar en el hueco entre sus senos.

-Adam -susurró ella suplicante.

-Me gusta cuando dices mi nombre -susurró con voz erótica.

-Señor, señora.

Se separaron cuando el discreto camarero les sirvió la cena.

Como había previsto, Anna no pudo hacer honor a la comida.

-¿Cómo están los gemelos? -preguntó Anna para introducir alguna normalidad en los procedimientos.

-Hiperactivos, pero ahora no quiero hablar de ellos. Dime, ¿aceptaste venir porque te gustan mis niños?

-No.

-Entonces, ¿por qué? ¿Qué revelación te hizo cambiar de idea? ¿O es algún plan para llevarme al límite?

-Me sentía mal sin verte -dijo sin la calma que había planeado-. ¡Dios, lo estoy haciendo todo mal! -exclamó mirando hacia la salida.

-Cálmate.

-Creo que estoy intentando decir que sí, que estoy preparada para comprometerme. Dijiste que la mejor forma de vencer una obsesión es enfrentarte a ella.

Adam pareció irritado.

-¿Y si me hubiera equivocado?

-¿Tú? ¿El gran Adam Deacon equivocado? Eso sería una contradicción.

-¿Y si consiguiera el efecto opuesto?

Anna esbozó una débil sonrisa. Eso era lo que ella esperaba. Adam tenía que ver que la horrible y depredadora Jessica no era la mujer adecuada para él. Tenía que dejarle ver que ella lo amaba sin parecer posesiva. Un equilibrio delicado.

Anna no creía que fuera una coincidencia que Adam hubiera elegido a Jessica. Ella no le conocía lo suficiente como para entrometerse en la parte de sí mismo que él quería mantener privada, así que una declaración demasiado directa le haría salir corriendo.

-¿Es esa tu forma de decirme que has cambiado de idea? ¿Que ya no quieres que seamos amantes?

-¿Cómo puedes preguntarme eso? -dijo él con incredulidad-. Desde luego, Anna, cuando bajas las barreras lo haces en serio.

-¿Voy demasiado rápida para ti? -la fiera mirada le hizo morderse la lengua-. ¡Ah!

-¿Qué te pasa?

-Me he mordido la lengua.

-No te preocupes. Yo te la besaré para que se cure.

-¿Qué estás haciendo? -preguntó ella alarmada cuando Adam se levantó y tiró de ella por el brazo.

La servilleta se le cayó al suelo cuando prácticamente la arrastró de la mesa.

-Te llevo a mi habitación. Perdona, ¿te he mencionado que había reservado una habitación aquí?

-No.

-¿Voy demasiado rápido para ti?

Su tono meloso estaba cargado de sarcasmo.

-El ascensor... - balbuceó ella cuando pasaron por delante.

-Si te meto en un ascensor, te haré el amor ahí mismo y aunque me gustaría prefiero más espacio para maniobrar.

-Las escaleras estarán bien -jadeó ella con una sonrisa nerviosa.

Aquello era lo que quería, ¿no? Jadeó para poder seguirle el apresurado paso.

Capítulo 9

VAYA, es preciosa! -dijo Anna animada mirando a su alrededor.

-Maravillosa -susurró Adam quitándose la americana antes de la corbata para encender una de las lamparillas de mesa.

-¿Has estado aquí antes?

-Ven aquí, Anna.

Su voz era profunda y caliente y le desintegró las entrañas.

Anna se quitó los zapatos de tacón alto y avanzó por la espesa moqueta.

-Apenas he cenado nada -contempló la figura inmóvil con una ambigua sensación de trepidación y anhelo-. ¿Qué pensará la gente?

-Pensarán que te he arrastrado aquí arriba porque no podía esperar un segundo

más para hacerte el amor con pasión. Y antes de que lo menciones, creo que el decoro es insípido y no pienso ver la televisión.

-¡Yo no iba a decir eso! -gritó ella indignada.

-No estabas tan nerviosa abajo.

¡Dios! ¿Habría puesto muy altas sus expectativas? ¿Y si esperaba encontrarse a una experta seductora?

-Yo no he... recientemente... Creo que debería decirte... Oh, diablos -gimió retorciéndose la manos.

-¿Estás intentando decirme que eres virgen? -bromeó él para despejar un poco la tensión.

-Técnicamente no.

-¿Qué quiere decir eso? -preguntó Adam con voz estrangulada.

Estaba alucinado, pero a la vez sentía un ansioso placer primitivo en ser el primero.

-Creo que te podría sorprender.

-No me sorprendo con facilidad.

-Cuando estaba en la danza tuve un amigo. Era bailarín, bastante famoso ahora. Entramos los dos en la compañía al mismo tiempo y empezamos a salir juntos -le dirigió una mirada de desafío-. Una noche estábamos en una fiesta y todo el mundo estaba emparejado. Acabamos en la cama juntos. Él había bebido demasiado y a mí me gustaba mucho.

Cerró los ojos antes de continuar. No quería parecer que se estaba justificando.

-Si quieres saberlo, creo que sentía curiosidad. Quiero decir que todo el mundo hablaba de sexo y yo quería saber qué era lo que me estaba perdiendo. O sea que no soy virgen, o al menos no lo creo.

-¿No lo sabes con seguridad? -preguntó Adam mirándola fascinado.

-Bueno, las cosas salieron desastrosas. Fue culpa mía. Lo estropeé todo.

-¿Y cómo lo estropeaste?

-Me reí a carcajadas. Supongo que estaba histérica. Y en el peor momento. No pude evitarlo. Todo me parecía tan ridículo. Después no volvió ni a hablarme, lo que es bastante difícil cuando tienes que bailar como pareja de una persona. Pensé que sería mejor advertirte que no estoy del todo desflorada.

Hubo un largo silencio.

-¿Por qué tienes los ojos cerrados?

-Porque me da mucha vergüenza.

-¿Siempre tienes que decir la verdad, Anna?

-No, siempre no -admitió ella con sinceridad-. Supongo que estás decepcionado. Pues la gente tendrá que aprender en algún momento u otro, ¿no? -terminó con desafío.

-Eso es indiscutible. Lo que me sorprende es que estés dispuesta a pasar por, ¿cómo lo diría? por una experiencia tan ridícula de nuevo.

-No quedé emocionalmente dañada ni nada parecido. Sólo decidí poner la pasión

que me sobrara en la danza. Me gustaría creer que aprendí algo de ello, pero no lo se con seguridad. El que te guste alguien no es suficiente, ¿verdad?

-¿Yo no te gusto?

A pesar de su tono casual, Anna notó que le palpitaba un músculo del mentón.

-Sólo a veces -se chupó los labios resecos-. Sin embargo, nunca me resultas indiferente.

-¿Y eso es bueno?

Adam se acercó a ella tanto que no pudo evitar notar la urgencia de su excitación.

-No a las dos de la mañana, cuando no puedo dormir -murmuró ella con voz susurrante dejando caer la cabeza cuando los dientes de él le mordisquearon en la base del cuello.

Un profundo gemido vibró en la garganta de Adam

-La pregunta es -dijo él alzando la cabeza-, ¿podrás pasar tu prueba o te reirás de mis esfuerzos?

-¿Quieres decir que la risa está prohibida?

Anna abrió mucho los ojos cuando la dobló por la cintura y la giró en un círculo completo.

-Eres increíblemente ágil -la levantó del suelo y la llevó a la cama-. Eso tiene infinitas posibilidades -comentó mientras la tiraba a la cama sin ceremonias.

Anna cayó riéndose, pero preguntándose si hablaría en serio.

-Eso tendremos que pararlo -dijo Adam al unirse a ella.

El beso era algo elemental igual que la ligera expresión de la cara de Adam. Cuando alzó la cabeza, ella lo miró sin aliento. Anna sentía los labios inflamados y todo el cuerpo tembloroso y anhelante por su contacto.

-No te estás riendo.

Adam tuvo que hacer un gran esfuerzo de control para no despojarla de la ropa y tomar lo que le estaba ofreciendo. Se había sentido muy conmovido por su confesión. Ella no se guardaba nunca nada. Nunca había conocido a nadie como ella. Su oscuro secreto sólo había servido para acentuar lo inocente y vulnerable que realmente era. Su apariencia autosuficiente podría confundir a la gente a veces. Adam estaba decidido a enseñarle lo que era hacer el amor.

-No estoy segura de estar respirando siquiera.

Anna tocó su torso. El olor de él era salvajemente excitante. Todo en Adam era excitante y le hizo lanzar un suspiro tembloroso.

-Sí, si estás. ¿Lo ves? -posó una mano sobre su seno y enroscó los dedos donde la tela se estiraba. Anna arqueó la espalda cuando él le chupó un pezón a través de la tela-. Creo que estás demasiado vestida -su lengua rodeó el círculo mojado de tela dejado por su boca y ella enterró los dedos en su pelo-. ¿La quitamos?

-Sí, por favor.

El vestido se deslizó sobre sus muslos y ella se retiró un poco cuando él tiró hacia arriba para sacárselo por los brazos. La prenda chocó contra la pared opuesta

con el crujido de la seda.

-¡Dios santo! -bramó él agitado.

Anna estaba sentada y él arrodillado y lo único que tenía que hacer era estirarse. Tócame, gritaban los ojos de ella. ¡Tócame! Todo el cuerpo femenino vibraba de aguda necesidad.

-¿Sabes que cuando te ríes se te alza la comisura del labio así? -le rozó la boca con el pulgar—. Nunca olvidaré la forma en que me sonreías la primera vez que te vi. Lo he intentado. Te estabas riendo de mí con tus ojos, esos ojos tan bonitos -gimió-. No podía creer que nadie pudiera estar tan increíblemente sensual sin realmente intentarlo. Pensé: ¿quién diablos se cree que es? ¿Por qué está tan satisfecha de sí misma cuando yo estoy desquiciado?

-Quería que te rieras conmigo, Adam, pero lo único que hiciste fue mirarme por encima del hombro.

A Adam le aletearon las fosas nasales cuando ella estiró los brazos hacia él. El gesto fue tan grácil como todos lo que ella hacía y le inspiró un ciego deseo erótico. Movió las manos hacia sus caderas y enganchó los dedos en la cinturilla de sus bragas, un sedoso y diminuto pedazo de tela a juego con el sujetador de encaje, que era lo único que llevaba puesto. Anna se inclinó hacia adelante y enroscó los brazos alrededor de su cuello.

-Deseaba hacer esto entonces -jadeó él atrayéndola hacia sí hasta que sus senos rozaron contra su torso. La besó entonces con fiera desesperación dejándola sin resuello-. Quiero apretar cada pulgada de tu cuerpo -deslizó la mirada hacia sus senos. Los pezones eran visibles bajo el encaje transparente y Adam lanzó un bramido antes de enterrar la cabeza para saborear la lustrosa y suave piel-. Saborear cada pulgada de ti.

Anna se sintió ahogar en una pesada ola de delicia sensual. Sus manos habilidosas se movían en arabescos sobre su espalda mientras los labios en sus senos la volvían frenética.

-A mí también me gustaría saborearte -murmuró ella con timidez.

-No necesitas permiso -le aseguró Adam moviendo los dedos hacia los botones de la camisa-. Puedes hacer lo que te apetezca.

Una punzada de excitación le recorrió el cuerpo tembloroso.

-Déjame hacerlo a mí.

Los botones se deslizaron al instante bajo sus dedos y cuando apartó la tela se le contrajeron los músculos del estómago. ¡Dios, qué bello era! Deslizó la camisa por sus hombros y se apretó contra él abandonándose a la lujuriosa sensación de la piel contra la piel. Parpadeó cuando la hebilla de su cinturón se le clavó en el vientre.

-Deja que me quite esto -dijo Adam rodando al borde de la cama.

De espaldas a ella se quitó los pantalones y los calzoncillos. Su espalda y sus nalgas eran firmes y tensas. Los músculos que se deslizaban con suavidad hacia sus muslos se flexionaron y abultaron cuando dio un par de pasos antes de darse la vuelta hacia ella.

Preparada como había estado a ver la flagrante imagen de un hombre en el culmen de su pasión primaria, verlo la dejó sin aliento. ¿Podría ser que las dimensiones de ella no fueran tan normales como pensaba o sería él?

-No creo que sea posible -jadeó mirándolo con fascinación-. Puede que yo no sea adecuada para la ocasión.

-¿Confías en mí? -preguntó Adam reuniéndose con ella. Un especioso aroma emanó de su cuerpo caliente y los ojos le brillaron con ternura.

-Sí -dijo ella sin tener que pensarlo.

El placer y la salvaje satisfacción de su respuesta sincera se leyeron con claridad en la cara de él.

-Tócame -pidió cruzándose de brazos por encima de ella.

Anna deslizó los dedos por su torso, donde los músculos estaban claramente delineados, para bajarlos hacia su plano vientre.

-Muy bien, dulzura. No te pares...

Su ronca súplica animó su tentativa exploración. Con el labio inferior entre los dientes, Anna soltaba suaves gemidos cuando él respondía a sus masajes. Cuando Adam le capturó la mano y la apartó a un lado, ella lanzó un gemido de protesta que él ahogó con la boca. Cuando Adam descendió hacia su cuerpo, descubrió con la boca y las manos todos sus puntos vulnerables. Le dijo con palabras y gestos lo preciosa y deseable que la encontraba. Cuando avanzó hacia la suave curva de su vientre y ella pensaba que ya había experimentado todas las sensaciones placenteras posibles, comprobó que se había equivocado.

-Creo que podemos prescindir de esto.

Las bragas sedosas se deslizaron por sus muslos y Adam se arrodilló entre sus piernas para despojarla lentamente de las medias.

-Por favor, Adam, por favor.

-Todavía no.

Sus manos se estaban moviendo por la suave y sedosa piel de sus muslos. Anna gimió cuando él paladeó la suave piel de la cara interna de su muslo. Los últimos atisbos de control la abandonaron cuando su lengua se movió más arriba, siguiendo el camino que habían trazado sus dedos que ya habían llegado al húmedo corazón de su frustración.

Anna estaba jadeando su nombre mientras su cuerpo se arqueaba de lado a lado.

La tortura se detuvo inesperadamente.

-Te necesito, Adam -medio sollozó ella.

-Yo también te necesito -aseguró él con firmeza. Entonces se arrodilló entre sus piernas abiertas y la levantó sin esfuerzo hasta sentarla en sus rodillas. Anna sintió el empuje de su deseo contra su bajo vientre y se apretó a él febril para aumentar el contacto. Se aferró con determinación a sus hombros para sujetarse.

-Eso es.

Alterando el ángulo de su cuerpo, Adam la penetró lentamente y ella se abrió como una flor al sol. Una serie de contenidas sacudidas la dejaron ansiosa por

aumentar la presión que le producía un placer tan delicioso.

-¿Es esto lo que quieres?

Los músculos de Adam se inflaron al empujar más adentro en la receptiva humedad del corazón femenino.

-¡Sí! -gritó Anna triunfal.

Sus manos se aferraron a las musculosas nalgas de él y sus piernas se enroscaron alrededor de su espalda cuando se movieron los dos como si fueran uno.

El repentino espasmo de placer fue salvaje. Anna perdió toda coordinación cuando las oleadas la sacudieron. Su alivio siguió enseguida al de ella y juntos cayeron en la cama fresca bajo sus cuerpos ardientes.

-¿A dónde crees que vas?

Anna se detuvo a medio camino de salir de la cama.

-Tengo que irme -dijo con suavidad inclinándose para besarle en el hombro.

-No puedes -dijo él con tono decidido. Se estiró hacia ella y Anna se apartó, convencida de que si cedía a su caricia sería incapaz de irse.

-Debo irme, Adam. Son las cinco y media...

-¡Las cinco y media!

Adam se incorporó y se pasó los dedos por el pelo.

-Prometí ordeñar esta mañana -admitió ella con pesar-, aunque no me apetece nada.

-¿No puedes quedarte un poco más? —Anna sacudió la cabeza con desgana.

-No puedo.

Con un encogimiento de hombros, Adam lo aceptó y se dejó caer en la cama con las manos bajo la cabeza. Anna recogió su ropa y se la puso un poco turbada por su mirada fija en ella.

-Puedes utilizar mi cepillo de dientes, si quieres.

-No, ya usaré el mío en casa.

-Tengo que volver a Londres esta mañana y hay algunas cosas...

-¡Que tengas buen viaje! -le interrumpió ella-. Llámame si quieres.

¿Eso era todo? ¿eso era todo lo que tenía que decirle? ¡Dios, qué idiota había sido! Podía notar por sus ojos que temía que le montara una escena.

¿Y qué esperaba? Él nunca había mencionado el amor. Jessica no iba a desaparecer porque él no quería que lo hiciera. A Adam le iba bien de aquella manera, pero a ella no.

«Por lo menos lo he intentado. Nunca me hubiera perdonado a mí misma no haberlo hecho. No quiero una aventura contigo, Adam», se lamentó en silencio. «Es demasiado poco y a la vez demasiado para mí».

-¿ Y comeremos juntos ?

Adam tenía las facciones tensas.

-Como quieras.

-Creo que deberíamos aclarar a donde iremos desde aquí. Tengo que decirte algunas cosas. Anoche...

-¡No! -gritó con voz aguda por el pánico. ¿Querría nombrarla oficialmente como la otra? Ella no quería saber dónde encajaba en su vida si no tenía un sitio en su corazón-. No creo que tengamos que ir a ninguna parte.

-¡Anna!

Ella ignoró su llamada y cerró la puerta a sus espaldas.

-En este momento parecemos barcos que se cruzan en la noche -dijo Charles Lacey al bajar la maleta de su hija al piso inferior.

Anna sonrió y le abrió la puerta principal.

-No estaré mucho tiempo fuera -dijo mientras se acercaban al coche.

-¿Cuánto?

-Bueno, la señora Morgan volverá la próxima semana, pero no estoy segura de cuando volverá Simón.

-¿Has estado durmiendo bien mientras hemos estado fuera? -preguntó rozándole la mejilla con su mano callosa.

Anna se sintió a punto de derramar las lágrimas que llevaba conteniendo todo el día.

-Estoy bien -mintió con una sonrisa.

-Gracias por mantener el fuerte hasta hoy. Tu madre intentó llamar para decirte que llegaríamos tarde.

-Debí desconectar el teléfono sin darme cuenta.

Se le estaba empezando a dar bien lo de la mentira, pensó dolida al besar a su padre. Lo había tenido que hacer porque no era capaz de soportar todavía ninguna comunicación con Adam. Y podía que nunca fuera capaz. Condujo ensimismada en sus pensamientos. No se arrepentía de lo de la noche anterior; había sido una experiencia que atesoraría para siempre porque la había impulsado el verdadero amor. Había sido una estupidez pensar que Adam podría sentir lo mismo. Al menos estar a solas en casa de Simón le daría tiempo para pensar sin tener que poner cara animada ante sus padres.

Eran las seis de la mañana cuando escuchó unos fuertes golpes en la puerta del estanco. Apenas se había dormido una hora antes. Con el cerebro abotargado intentó concentrarse. Si no salía enseguida se despertaría media calle.

Atándose el cinturón de la bata bajó la escalera hasta la tienda. Incluso a través del cristal glaseado de la puerta supo quién estaba fuera.

-¡Vete, Adam! -gritó cuando Adam volvió a dar otro golpe-. No pienso abrir esta puerta.

-Bien. No me importa mantener la conversación a volumen alto. Ya veo las cortinas correrse en algunas casas. Estoy seguro de que los vecinos lo encontrarán

fascinante.

-Con un poco de suerte alguien llamará a la policía -siseó ella corriendo el cierre.

-¿Entonces es verdad?

Ella parpadeó y dio un paso atrás cuando Adam entró con la cara lívida de rabia.

-Podría confirmarlo o negarlo si me dijeras el qué es verdad.

Él le dirigió una mirada de desdén.

-Cuando tu padre me dijo que estabas aquí, apenas pude creerlo.

-Mi padre raramente miente.

Anna estaba intentando pensar a qué venía aquella rabia. ¡Y pensar que ella lo había calificado de frío y sin emociones!

Aquel comentario pareció inflamarlo aún más.

-Ni siquiera vas a negarlo. ¡Dios, qué estúpido he sido! Un ciego idiota. Yo creía... -se detuvo y la miró con odio-. ¿Dónde está él entonces? ¿Escondido bajo la cama?

¡Pensaba que estaba allí con Simón! Se había imaginado... Anna sacudió la cabeza con incredulidad. No sólo estaba enfadado, sino que estaba loco.

-Adam, Simón no está... ¿Me escucharás y dejarás de pasearte como un poseso? Vas a tirar algo.

-¿Escucharte?

-A menos que quieras ponerte en ridículo por completo.

Ella misma estaba empezando a enfadarse. La satisfacción primera al verlo celoso se estaba disipando con rapidez. O sea que estaba allí exudando condena sobre su supuesto lío con Simón cuando él tenía a Jessica esperándole en casa

-Es un poco tarde para eso, ¿no crees? -prosiguió él-. ¿Sabe él que tiene que darme las gracias a mí por esta nueva Anna liberada sexualmente? ¿O se lo digo yo? ¿Le has dicho las mismas cosas que me dijiste a mí? ¡Dios mío, nunca hubiera imaginado que fueras tan barata! ¡Y pensar que había llegado a imaginar que lo de la otra noche significó algo para ti!

¿Barata ella? Sintió una punzada de rabia.

-¿Como te atreves a llamarme barata? ¡Al menos yo no voy a casarme con otra persona. El único que engaña aquí eres tú, Adam.

-No, yo no engaño a nadie. ¿Hubieras respondido a mis llamadas si hubieras sabido que estoy libre como tu precioso Simón? Y mucho mejor pieza que él. Te lo hubiera dicho esta mañana si hubieras esperado.

-No sería una fulana barata como yo la que te haría romper una pareja celestial, ¿no crees?

-Digamos sólo que di demasiado por sentado -dijo con frío desdén-, Y pensar que había creído...

Emitió un sonido de disgusto contra sí mismo.

-¿Habías creído que podía merecer la pena para ti? ¿Y se supone que debo estar consumida por el remordimiento? -preguntó ella con frialdad-. He perdido la mejor pieza del siglo. Bueno, pues puede que te interese saber que no estoy arriba en la cama con Simón ni con nadie. Simón está en Canadá intentando arreglar su matrimonio y yo

estoy cuidando la casa. He intentando decírtelo -musitó cuando vio que él se ponía pálido-. Pero estabas tan ansioso por culparme que ni siquiera me has escuchado. ¡No, Adam! -levantó la mano cuando él abrió los labios para hablar-. Ahora es mi turno. Tú ya has dicho lo tuyo y ha sido muy instructivo. Para tu información, no ocuparía el lugar de Jessica ni aunque fueras el último hombre del planeta. ¡Creo que eres un aburrido, arrogante y estrecho de mente!

La rabia se quemó y Anna sintió deseos de llorar. Sólo deseaba arrojarse a sus brazos, y llorar como un bebé. Pero en vez de hacerlo, se cuadró de hombros y alzó la barbilla con desafío.

-Creo que sólo me resta despedirme. Ya has dicho suficiente -dijo Adam con austeridad.

Si hubiera sentido algo, no apareció en su gesto cuando se retiró en silencio hacia la puerta. Una ráfaga de emoción la hubiera hecho echar marcha atrás.

Bien, pensó Anna al cerrar la puerta. «Estoy mejor sin ti».

Entonces, a pesar de sus propias palabras, rompió a llorar con desconsuelo.

Capítulo 10

AYÚDAME a prender esto, mamá.

Anna se sacó los números de tela de los dientes y se lo dio a su madre junto con los alfileres que tenía en la mano.

-Date la vuelta entonces -Beth agarró el largo «66» y lo prendió al tutu rosa que llevaba su hija-. Ya está -se apartó para ver el efecto del tutu rosa con medias blancas y botas de fútbol y calcetines de rayas amarillas-. Muy llamativo, pero poco aerodinámico.

-No estoy en esto para ganar, mamá, sólo para sacar montones de precioso dinero.

-¡Es tan triste que los hospitales necesiten de la caridad para salir a flote!

-Ya discutiremos de política en otro momento, mamá, pero mientras estoy aquí parada, hay docenas de niños que se beneficiarán de esta maratón. Hemos conseguido mucha publicidad.

-Todo el mundo ha trabajado muy duro -afirmó Beth.

-Este traje me ha recordado el video que me hizo Jason —dijo Anna casualmente-. No lo he podido encontrar por ninguna parte. ¿No sabrás tú...?

-Estará por cualquier parte. Creo que ya deberías ir a la línea de salida, querida.

-Mamá -dijo Anna con tono de advertencia.

-Bueno, se lo dejé a Adam. Parecía interesado en tu baile. Pensé que podía gustarle verlo.

-¿Y no se te ocurrió que yo podía no querer que él lo viera?

-La verdad es que no -dijo Beth con desafío-. Creo que él podría estar muy bien para ti. Es bastante encantador.

-Él sería el primero en estar de acuerdo contigo -dijo Anna a sus espaldas mientras se acercaba a la línea de salida.

Estaba muy orgullosa de haber tardado sólo dos semanas en haber olvidado a aquel hombre. Él ya pertenecía al pasado, pensó convencida.

Los corredores serios ya habían empezado la carrera. Anna estaba a atrapada entre un octogenario y un hombre de mediana edad vestido sólo con un pañal. El ambiente era suficiente para elevar el ánimo a la gente más lóbrega, aunque ella no necesitaba ánimos.

-La primera milla es la peor -comentó un conejo de pascua al llegar a la primera colina.

-Eso es lo que necesitas, un ilimitado optimismo -se rió Anna sin aliento-. ¿Cómo puedes respirar con ese pellejo? -preguntó cuando media milla más tarde el conejo seguía a su lado.

Miró el disfraz y se preguntó cómo podría ver siquiera el pobre idiota.

-Puede que necesite reanimación -observó la voz ahogada.

-Podrías quitarte la cabeza -sugirió Anna.

-Más tarde.

Anna se encogió de hombros y ofreció la lata de colecta a los espectadores que se alineaban a lo largo de la ruta. Aceptó el zumo que le ofrecieron en el banco siguiente y una vez más se encontró al conejo a su lado.

-¿Has hecho esto antes? -gritó.

Aquel hombre parecía tener problemas.

-¿No. ¿Y tú?

-Dos medios maratones y un maratón entero, pero no estoy muy en forma para hacer nada de eso ahora.

-¡En forma! ¿Quieres decir que te entrenas para estas cosas?

Anna estaba empezando a sentirse preocupada por el conejo. El entusiasmo estaba muy bien, pero con aquel calor y el disfraz, si no estaba muy en forma, podía verse en verdaderos problemas.

-¿No te has entrenado tú?

-Fue una decisión de última hora.

El conejo jadeaba con fuerza.

-Deberías haber tomado líquidos.

-No puedo beber con esto puesto.

-¡Anna! -dos monjas con barbas pasaron y le dieron una palmada en el trasero-.

¡Precioso disfraz, guapa!

-¿Amigos?

-Son jugadores de rugby, a uno de ellos le doy masajes.

-Puede que yo necesite uno en cuanto esto se acabe.

-Siempre puedes abandonar.

-¿Y perder el dinero de mi patrocinador? Yo también estoy corriendo para comprar ese escáner. No esperes por mí. Ya llegaré allí. Recuerda la fábula de la liebre y la tortuga.

-Creo que estás con el disfraz equivocado para esa fábula.

Las siguientes millas pasaron en relativo silencio aparte de los jadeos. Anna acababa de decidir que no estaba en suficiente forma como para mantener aquel ritmo, cuando el conejo se plantó delante de ella y se cayó a sus pies con dramatismo.

-¡Oh, no! -gimió ella deteniéndose para arrodillarse ante la figura caída-. Te quitaré esto ahora mismo. Llamad a los de primeros auxilios -gritó a un pequeño grupo que se había arremolinado a su alrededor-. Creo que esto está atascado -jadeó forcejeando con la cabeza del conejo.

«Espero que ese pobre hombre pueda respirar ahí dentro!»

La espesa tela de piel le hacía imposible encontrarle el pulso. La cabeza salió de repente y Anna cayó hacia atrás del impulso.

-¿Te encuentras bi...? ¡Rata! -insultó para asombro de los que se habían parado a ayudar.

Se puso rígida de rabia. ¿Sería aquello una broma macabra?

-Conejo, Anna. Conejo -le corrigió Adam Deacon con firmeza.

Ni siquiera tenía la respiración alterada. De hecho, parecía estar en mejores condiciones que ella.

-Ha sido una buena actuación -gritó ella airada-. Es un consuelo que parezcas un completo idiota.

-Estaba esperando que lo notaras. Espera, Anna. ¡Espera por mí!

Por mucho que intentó despegarse, él no se separó de ella.

-Eso está bien. Toma fluidos -la animó cuando se llevó la cantimplora a los labios.

Con un gemido de frustración, lanzó la taza medio llena a su cabeza.

-¿Es que no entiendes una indirecta? No te quiero.

-Sí, sí me quieres, pero no voy a irme hasta que lo admitas.

-¿Estás loco?

-Sólo desesperado. Esta era la única forma que se me ocurrió para que hablaras conmigo. Sabía que nunca abandonarías la carrera una vez empezada.

-¿Soy tan previsible?

¿Qué diablos estaba haciendo allí? No podía querer decir lo que sus palabras habían sugerido. Anna no se podía permitir el lujo de la esperanza.

-Tienes algo que me pertenece -le dirigió una mirada fría-. Mi madre no tenía derecho a prestártelo. Es privado.

«Ya lo he olvidado. Lo estoy consiguiendo. Esto es una histeria», pensó confusa.

«¿A quién estoy engañando?»

Anna casi se cayó cuando Adam estiró la mano. Pero la ignoró igual que su expresión injuriada. No era el momento de estrecharle la mano. Sólo verle era una tortura.

-¡Te lo contó Beth!

-Me lo contó Jessica.

-¡Jessica!

-Confidencias de chicas -comentó Anna con sarcasmo-. Ya sabes lo que es.

-Me alegra decir que no lo sé.

-Me interesaría saber lo que pensaste de mi actuación -prosiguió Anna jadeante.

-Eso es un bonito cambio. Hasta ahora te has negado a escuchar todo lo que he querido decirte. ¿Cuándo ha sido la última vez que has contestado al teléfono? Tu madre se ha quedado ya sin excusas.

-Mi madre y tú os tenéis un aprecio mutuo, así que habla con ella.

-No comprendí lo mucho que habías perdido hasta que vi esa cinta. Y el hecho de que puedas ponerte un traje de baile como una broma, me impresiona. Eres toda una mujer, Anna.

No había duda de la sinceridad de sus palabras.

-¿A qué viene esta pantomima?

-Pensé que estarías contenta de verme dispuesto a hacer el ridículo por ti, por no mencionar por una buena causa.

-¿Has hecho todo esto para impresionarme? ¿Todo este... este circo?

-Sólo estoy entrando en el espíritu del asunto. Para ser sincero, no podía haberme puesto más en ridículo que lo que me puse aquella mañana. Además aquí no podrás huir de mí.

-Eres un tonto, Adam.

Adam se estaba disculpando. Eso no lo podía creer, pero si quería decir algo, iba a tener que hacerlo con total claridad.

-Odio que me digan lo que tengo que hacer, Anna.

-¡No me digas!

-Por Dios bendito. Deja que termine, mujer. Pensé que estaba haciendo lo correcto cuando me prometí a Jessica. El hecho de que toda mi familia dejara claro que no estaban de acuerdo me hizo meterme más de cabeza. No quería admitir que teman razón. Incluso aunque no te hubiera conocido a ti, no creo que lo hubiera llevado a término -confesó-. ¡Me sentía un auténtico canalla! Pensaba que Jessica era la que estaba dispuesta a hacer sacrificios y yo se los iba a imponer. Fue culpa mía apresurarme con el compromiso. Después de la muerte de Ben y Tesa debería haber reflexionado, pero no lo hice. Angus significaba mucho para mí y aunque parezca una tontería, sentía que lo iba a traicionar a él. ¡Por Dios bendito, Anna! Si no reduces la marcha, no llegarás a la línea de meta nunca.

-A mí tampoco me gusta que me digan lo que tengo que hacer -el brazo que la asió por la cintura la detuvo en seco-. ¿Cómo te atreves?

El firme beso silenció su protesta y cuando la levantó del suelo, provocó una oleada de aplausos entre los espectadores.

-¡Adam, la gente nos está mirando!

-Déjalos.

-Pensé que tenías que tener cuidado con tu reputación.

-Tendré la reputación de ser el tonto mayor de la historia si te dejo ir. Te quiero, Anna.

-Pensé que estabas enamorado de Jessica.

-Nunca -intervino él con impaciencia-. Tú lo sabías y Jessica también. Le había dicho mucho antes de que pasáramos la noche juntos que lo nuestro se había acabado. Te lo iba a decir también a ti, pero no me dejaste.

Ella se sonrojó al recordar como había intentado seducirlo.

-Casarse con alguien a quien no se ama es algo horrible.

-Soy un hombre reformado -anunció él-. Pero si te sirve de consuelo, no fueron mis ojos azules lo que cautivó a Jessica. Jugó con mi gratitud hacia su padrastro desde el principio y yo estaba demasiado ciego como para verlo. Se enfadó una vez lo suficiente como para decir que Angus nunca le había importado nada. De hecho, se puso furiosa de que dejara la mitad de su fortuna a una asociación de investigación médica. Yo soy el director de esa asociación y ella debió pensar que yo podría hacer lo que quisiera con ese fondo. En cuanto al trabajo que sacrificó, lo cierto fue que la rechazaron -apretó los labios con cinismo-. Jessica es increíblemente ambiciosa y cuando le dieron el trabajo que llevaba persiguiendo dos años a otra persona, decidió dedicar todas sus energías a pescarme a mí. Puede que suene altanero, pero explica por qué fue tan comprensiva cuando le dije lo que sentía por ti.

-Son verdes -le corrigió Anna-. Tus ojos son verdes.

Anna estaba intentando asimilar aquellas revelaciones. La visita de Jessica a su casa había sido pura malicia. No podía tener a Adam y no quería que lo tuviera nadie más.

-Te has dado cuenta -dijo Adam con una sonrisa de satisfacción.

-Con la furia con que me miraste, hubiera sido difícil no haberlo notado. Me dijiste cosas horribles, Adam.

-Estaba seguro de que habías dejado mi cama para meterte con otro. Normalmente soy muy pacífico.

-No confiaste en mí.

Adam se quitó los guantes y le alzó la barbilla.

-Me estaba aferrando a un hierro al rojo esa mañana, Anna. Nunca había cuestionado mi integridad hasta que apareciste tú. Aprender que el amor es más fuerte que el orgullo fue una dura lección.

-¿Y qué pasó con nuestra noche juntos? Agoté todas las definiciones del diccionario para el amor y tú no dijiste una sola palabra.

-Pensaba que lo decías por el arrebato de la pasión.

-No, lo decía de verdad.

-No estaba seguro. Por eso esperé. No quería que interpretaras mal mis palabras, pero no pude competir con las vacas.

-Yo pensaba que sólo querías una aventura, Adam. En lo que a mí respectaba, ibas a casarte con Jessica. Y no tenía derecho a pedirte nada que no quisieras dar libremente. Pero amarte me pareció tan perfecto. No podía dejar que te casaras con Jessica sin demostrarte lo mucho que te amaba. Pensé que había cometido un error terrible porque tú no sentías lo mismo. No quería ser tu amante.

Adam le llamó un nombre muy rudo y le apretó con fuerza los brazos.

-Si realmente me amaras, no serías tan rudo.

-No creo que el matrimonio contigo vaya a ser una balsa de aceite.

-¿Es eso una propuesta?

-He aceptado el consejo de mi familia...

-Adam, no me casaré contigo sólo porque les caiga bien a los niños.

Una nube empañó su alegría.

-Kate me dice que ni ella ni Jake son niños. Mi querida Anna, incluso si los niños te odiaran, me importaría un comino aunque la vida puede ser más fácil si no te odian. Todavía no me has dado una respuesta. ¿Es por la familia ya hecha?

-De ninguna manera. Son más fáciles de tratar que tú.

-¡Entonces dime que sí, Anna! Di: te quiero, Adam y me casaré contigo.

-Eso se llama coacción -se burló ella.

-Estas dos semanas han sido un puro infierno, Anna y no pienso dejarte ir hasta saber que eres mía.

-Me he sentido tan miserable -gimió ella rodeándole el cuello con los brazos-. Eres el único hombre al que he seducido y amado en toda mi vida.

Los ojos castaños brillaron al alzar la cara.

-Y tú eres la única mujer por la que me he vestido de conejo. Y no es la primera vez que me pongo en ridículo. Me había jurado no repetir la experiencia desde aquella horrible mañana. Sólo que hay algo contagioso en tu ímpetu. Has hecho que mire al mundo con tu ojos y, ¿sabes una cosa? Realmente no es un sitio tan malo siempre que estés tú en él.

-No me digas esas cosas. Me vas a hacer llorar.

Adam miró sus pestañas húmedas con tierno asombro.

-Nunca entenderé a las mujeres.

-Eso es evidente o no te hubieras prometido a Jessica. Cuando me advirtió de que me mantuviera al margen...

-¿Advertirte?

-Me hizo un visita que si hubiera sido Hope, hubiera acabado arrastrada por la alfombra. Tiene un temperamento que le hace ir directa a los puños.

-¿En qué tipo de familia voy a meterme? -sus ojos se inflamaron de pasión cuando Anna se rió al mirarlo-. ¡Dios, cuánto deseo hacerte el amor!

-En ese caso podría ser buena idea acabar esta carrera.

Un rato después, llegaron a la meta con las manos enlazadas.

-No ha sido tu mejor tiempo, Anna -bromearon algunos organizadores sin dejar de mirar a Adam con curiosidad.

-Me temo que ha sido culpa mía -Adam sonrió más al verla sonrojarse-. Necesitaba una enfermera.

-¡Ah, ahí estás Adam!

Una voz familiar, desvió la atención de Anna.

-¡Madre! ¿Qué estás haciendo aquí?

La voz de Adam contenía un tono de resignación al volverse para mirar a la alta y elegante mujer ante la que la multitud se apartaba.

Anna la miró fijamente. Aquella no podía ser la frágil dama que había hablado con ella por teléfono. Podía ser mayor, pero parecía rebosante de salud.

-He venido a verte competir, cariño. Siempre iba a veros a Ben y a ti en el día de los deportes.

-Supongo que serás demasiado mayor para escuchar por los agujeros de las cerraduras.

-Nunca he hecho algo tan vulgar, Adam. ¿No vas a presentarme a tu encantadora amiga? Creo que ya hemos hablado antes. ¿Eres Anna? Me moría de ganas de conocer a la mujer que podía hacer disfrazarse de conejo al serio de mi hijo.

-¿Cómo has…?

Su madre le dirigió una sonrisa de superioridad.

-Cuando una tiene un hijo tan misterioso y poco cooperador tiene que tener sus recursos. -Anna sonrió con timidez.

-¿Señora Deacon?

La mirada de la señora estaba clavada en la mano de ella en la de Adam. Anna intentó desenlazar los dedos, pero Adam se lo impidió.

-Soy la señora Arnold, pero puedes llamarme Sara. ¿O madre? -dirigió una mirada retadora en dirección a su hijo-. No me mires con esa cara. ¿Puedes culparme de que sienta alivio de verte con alguien agradable después de esa arpía? Y considerando lo poco que te gusta demostrar tus sentimientos en público, ir de la mano debe ser una declaración de amor. ¿No le encuentras un poco reservado? -le preguntó a Anna con curiosidad-. Iba a decir cerrado, pero... -sonrió cuando Adam se encogió de hombros con resignación. Los chicos no quisieron cambiarse el apellido cuando me casé con Gerald -le explicó a Anna.

-Anna está un poco sorprendida porque esperaba encontrarse con una anciana de pelo gris. Creo que hiciste una actuación merecedora del Oscar por teléfono. -Estaba muy preocupada en ese momento. No puedes culparme de haberme aprovechado de las circunstancias.

-Eso ya lo hace él mismo -comentó Anna.

-Y además tengo el pelo gris, Adam. Y tengo setenta y cinco. Tenía cuarenta años cuando nació Adam, Anna; era un niño muy travieso. Me sentiré muy aliviada cuando siente la cabeza. No ha hecho otra cosa que preocuparme durante estos treinta y cinco años.

-¿Cómo has llegado hasta aquí, madre? ¿En autobús? ¿O decidiste traer el Rolls con chofer? Mi madre, Anna, es la viuda de Gerald Arnold. De Congelados Arnold.

Anna tenía la cabeza en un torbellino. Aquella cadena alimentaria era una empresa gigantesca.

-¿Quiere eso decir que eres rico?

-Mi padrastro nos dejó a Ben ya mí un buen montón de acciones -admitió con cierta vergüenza.

-Y Adam y los niños heredarán el resto cuando yo me muera.

-Como podrás ver, eso podría ser en cualquier momento -comentó Adam con sarcasmo-. Me hiere el orgullo tener que admitir que Jessica estaba más enamorada de mi dinero que de mí. Tenía ya muchas ideas de cómo gastarse mi fortuna. Por eso estaba tan deseosa de aceptar la molestia de los niños, por no mencionar el hecho de que yo estaba enamorado de otra persona. ¡No sabes el alivio que sentí cuando comprendí que ella no quería ni mi cuerpo ni mi mente, sino mi cuenta corriente! Intentaré convencer a Anna de que perdone tus maquinaciones. Sólo una mujer sin corazón explotaría la enfermedad de sus nietos.

-Eso ha sido muy rudo -dijo Anna al ver a la madre de Adam alejarse apoyada en su bastón.

-Cuando llegues a conocer a mi madre comprenderás que la sutileza no funciona con ella. Créeme. Ven a sentarte ahí.

La condujo a uno de los bancos que bordeaban la zona de meta.

-Quiero que no te quede ninguna duda acerca de Jessica -dijo con gravedad mirándola con tal ternura que Anna creyó que el mundo explotaría de puro júbilo—. La única razón por la que duramos tanto fue porque nunca descubrimos nada el uno del otro. Nuestra relación fue siempre superficial y egoísta. Yo había dejado de creer en el amor hacía tiempo. Pensaba que Ben y Tesa eran excepciones. Entonces apareciste tú y trastocaste mi mundo por completo. Me sentí perdido en cuanto clavé los ojos en ti. Pensaba que a Jessica le importaba de verdad y no quería humillarla. Esperaba que ella tirara la toalla cuando las cosas se pusieran mal. Aquel fin de semana estaba planeado para conseguirlo. Sabía que Jessica cambiaría a los niños por la comodidad.

-Eso es despreciable.

-Gracias. Fue muy frustrante descubrir que todos mis planes no habían servido de nada. Después, ella dejó escapar que estaba muy interesada en mis asuntos financieros. Y entonces, todo me encajó -esbozó una sonrisa cínica-. En ese momento no me costó nada decir adiós.

-¿Y por qué no me contaste lo del dinero?

-Supuse que querrías que lo donara todo a alguna asociación benéfica -esbozó una sonrisa-. Para ser sincero, Anna, no lo suelo pensar mucho. Yo no estoy al nivel de mi padrastro, pero soy financieramente estable. Gerald era un hombre estupendo, pero a mí no me gusta la ostentación tanto como a él. ¿No me irás a decir que tienes alguna objeción en casarte con un hombre rico?

-¿Y si la tuviera? ¿Lo darías todo? -Adam captó el brillo de sus ojos al relajarse

y cedió a la tentación de sus labios entreabiertos.

-Creo que eres una de esas mujeres que podrían cambiar a un hombre.

-No eres perfecto, pero el caso es que me gustas como eres -ella nunca había sido muy buena en ocultar sus sentimientos y era un enorme alivio dejar que su amor brillara-. He pasado las dos semanas más miserables de mi vida, Adam -le dijo con franqueza-. ¿Se te ocurre alguna terapia para ayudarme a superar el trauma?

Adam se levantó ante el reto y la beso con pasión.

-¡Uau! -exclamó ella jadeante cuando él alzó la cabeza pocos minutos después.

-¡Uau! -bromeó él deslizando un dedo por su barbilla.

-¿Alquilaste este disfraz?

Él asintió y pareció confuso.

-Has perdido la cabeza.

-Eso pasó hace dos semanas, pero ahora ya me he acostumbrado a la idea.

Kim Lawrence - Serie Las Trillizas Lacey 1 - Salvaje y ardiente (Harequín by Mariquiña)